

LA VIDA ERRANTE

Guy de Maupassant

I

CANSANCIO

He salido de París y aun de Francia porque acabó por fastidiarme demasiado la torre Eiffel.

No solamente se la veía desde cualquier lado, sino que se la encontraba por todas partes, construida de todas las materias conocidas, expuesta en todos los escaparates, pesadilla inevitable y abrumadora.

Pero no fue ella únicamente lo que me dio un irresistible deseo de vivir solo durante algún tiempo, sino todo lo que se hacía en su derredor, dentro, encima y en las cercanías.

¿Cómo se habrán atrevido los periódicos a hablarnos de arquitectura nueva con motivo de ese armazón metálico? Porque la arquitectura, la menos comprendida y más olvidada de las artes de hoy, es quizá también la más estética, misteriosa y nutrida de ideas.

Ha tenido el privilegio de simbolizar, por decirlo así, a través de los siglos, cada época, y de resumir en un corto número de monumentos típicos, la manera de pensar, de sentir y de soñar de una raza y de una civilización.

Algunos templos y algunas iglesias, algunos palacios y algunos castillos, contienen casi toda la historia de arte a través del mundo, expresan a nuestros ojos, mejor que libros, por la armonía de sus líneas y el encanto de su ornamentación, toda la gracia y magnificencia de una época.

Pero yo me pregunto qué se deducirá de nuestra generación si algún trastorno próximo derriba esa elevada y flaca pirámide de escalas de hierro, esqueleto falto de gracia y gigante, cuya base parece hecha para soportar un enorme monumento ciclópeo, y que se termina por un ridículo y débil perfil de la chimenea de fábrica.

Es un problema resuelto, dice. Sea – ¡pero a nada conducía! – y yo prefiero entonces a esa concepción inoportuna, intentar de nuevo la construcción de la torre de Babel, a la que se dedicaron en la duodécima centuria los arquitectos de la linterna de Pisa.

La idea de construir esa gentil torre de ocho pisos de columnas de mármol, inclinada cual si estuviera siempre para caerse, de probar a la posteridad maravillada que el centro de gravedad no es sino una preocupación de ingeniero, y que los monumentos pueden prescindir de él, ser admirables de todos modos y atraer, después de siete siglos, más visitantes sorprendidos que la torre Eiffel atraerá dentro de siete meses, constituye ciertamente un problema – puesto que problema existe – más original que el de esta gigante torre construida para ojos de indios.

No se me oculta que otra versión pretende que la linterna se ha inclinado sola. ¿Quién lo sabe? El lindo monumento guarda siempre su secreto discutido e impenetrable.

Poco me importa, por lo demás, la torre Eiffel. No fue más que el faro de una *kermesse* internacional, según la expresión consagrada, cuyo recuerdo me asediará como una pesadilla, como la visión realizada del horrible espectáculo que puede proporcionar al hombre disgustado la multitud que se divierte.

Me guardaré bien de criticar esa colosal empresa política, la Exposición Universal, que ha mostrado al mundo, en el preciso momento de hacerlo, la fuerza, la vitalidad, la actividad y la riqueza inextinguibles de ese sorprendente país que se llama Francia.

Se ha proporcionado un gran placer, una gran diversión y un ejemplo no menos grande a los pueblos y a los *burgueses*. Se han divertido con toda su alma. Bien hecho. Todos se han portado perfectamente.

Yo he comprobado, desde el primer día, que no soy de naturaleza apta para semejantes placeres.

Después de haber visitado con profunda admiración la galería de máquinas y los fantásticos descubrimientos de la Ciencia, de la Mecánica, de la Física y de la Química modernas; después de haber observado que la danza del vientre sólo es divertida en los países donde se agita desnuda esa parte del cuerpo, y que las demás danzas árabes carecen de los ksours blancos de Argelia, he pensado que, en definitiva, el ir allá de vez en cuando sería molesto, pero distraído, de lo cual se podría descansar en otra parte, en casa o en la de los amigos.

Pero no se me había ocurrido lo que iba a ser de París invadido por el universo.

Desde el amanecer, las calles están llenas y las aceras llevan muchedumbres cual engrosados torrentes. Todo eso va a la Exposición, o vuelve o torna de nuevo. En los paseos, se mantienen los coches como vagones de un tren indefinido. Ni uno está vacío. No hay cochero que consienta en llevaros a otra parte que a la Exposición, o a su cochera cuando va a relevar. Nada de cupés en los círculos. Todos están trabajando para el curioso extranjero; nada tampoco de mesas en las fondas, ni de amigos que coman en su casa o que acepten comer en la vuestra.

Cuando se les convida, aceptan a condición de banquetear en la torre Eiffel. Esto es más alegre. Y todos, como si obedecieran a una consigna, os convidan allí todos los días de la semana, bien a almorzar, bien a comer.

En aquel calor, en aquel polvo, en aquel mal olor, en aquella mansedumbre de populacho alegre y en transpiración, en aquellos papeles manchados de grasa que vuelan y se arrastran por todas partes, en aquel olor a salchichería y a vino, esparcido por los bancos, en aquel aliento de trescientas mil bocas que despiden el aliento de sus alimentos, en aquel codearse, en aquel roce, en la mezcla de toda aquella carne

recalentada, en aquel sudor confundido de todos los pueblos que siembran sus pulgas en los asientos y por los caminos, encontraba yo muy legítimo que se fuera a comer una vez o dos, con disgusto y curiosidad, el guiso de cantina de los bodegoneros aéreos, pero me asombraba que se pudiera comer, todas las tardes, en aquella mugre y entre aquella gritería, como lo hacía la buena sociedad, la sociedad delicada, la sociedad escogida, la sociedad fina y modosa que, de ordinario, siente náusea en presencia del pueblo que sufre y padece la fatiga humana.

Esto prueba, por lo demás, de una manera cumplida, el triunfo completo de la democracia.

Ya no hay castas, ni razas, ni epidermis aristocráticas. Ya no existen entre nosotros más que gentes ricas y gentes pobres. Ninguna otra clasificación puede diferenciar los grados de la sociedad contemporánea.

Otra aristocracia de orden distinto se establece, que acaba de triunfar por unanimidad en esta Exposición Universal, la aristocracia de la ciencia o más bien dicho, de la industria científica.

Las artes desaparecen; su mismo sentido se borra en el espíritu de la nación, que ha visto sin protestar el horripilante decorado de la cúpula central y de algunas construcciones próximas.

El moderno gusto italiano nos invade, y el contagio es tal, que los rincones reservados a los artistas en este gran bazar popular y *burgués* que se acaba de cerrar tenían aspecto de reclamos y de instalaciones de feria.

Yo no protestaría en modo alguno contra el advenimiento y el reinado de los *sabios científicos*, si la naturaleza de su obra y de sus descubrimientos no me obligase a observar que son, ante todo, sabios comerciantes.

Tal vez no sea culpa suya. Pero dijérase que el espíritu humano se aprisiona entre dos murallas que no se franquearán ya: la industria y la venta.

En el comienzo de las civilizaciones, se precipitó el alma del hombre hacia el arte. Parecería que entonces le dijo una divinidad celosa: “Te prohíbo que piense más en estas cosas. Piensa únicamente en tu vida de animal, y yo te permitiré multitud de descubrimientos.”

He aquí, en efecto, que hoy parece hallarse extinta la emoción seductora y poderosa de los siglos artistas, mientras que espíritus de otro orden distinto surgen inventando máquinas de todas clases, sorprendentes aparatos, mecánicas tan complicadas como los cuerpos vivos, o combinando sustancias y obteniendo resultados admirables y maravillosos. Todo ello para servir a las necesidades físicas del hombre, o para matarle.

Las concepciones ideales, así como la ciencia pura y desinteresada, la de Galileo, de Newton, de Pascal, nos parecen prohibidas, en tanto que nuestra imaginación se ofrece cada vez más excitable por el deseo de especular con los descubrimientos útiles a la existencia.

Ahora bien, el genio de aquél que de un salto de su pensamiento se ha elevado desde la caída de una manzana a la gran ley que rige los mundos, no parece nacido de un germen más divino que el penetrante espíritu del inventor americano, del milagroso fabricante de campanillas, de portavoces y de aparatos luminosos.

¿No es este el vicio secreto del alma moderna, el sello de su inferioridad en un triunfo?

Quizás esté yo completamente equivocado. De todos modos, estas cosas que nos interesan, no nos apasionan como las antiguas formas del pensamiento, a nosotros, esclavos impresionables de un sueño de delicada belleza, que persigue y estropea nuestra vida.

Comprendí que me sería grato el ver otra vez Florencia, y me marché.

II

LA NOCHE

Salidos del puerto de Cannes a las tres de la mañana, pudimos recoger todavía un resto de las débiles brisas que los golfos exhalan hacia el mar durante la noche. Después un ligero viento empujó al *yacht* cubierto de tela, en dirección de la costa italiana.

Es un barco de veinte toneladas, blanco, con un hilo dorado que le rodea como un débil *bramante* en un costado de cisne. Sus velas, de tela fina y nueva, bajo el sol de agosto que despide llamas sobre las aguas, semejan alas de plateada seda, desplegadas en el firmamento azul. Sus tres foques vuelan hacia delante, triángulos ligeros que redondea el soplo del viento, y la gran mesana permanece muelle bajo la flecha aguda que dirige al cielo su brillante punta, a dieciocho metros sobre el puente. En la parte de popa, la última vela, la latina, parece estar durmiendo.

Y pronto dormita todo el mundo sobre el puente. Es una tarde de estío, sobre el Mediterráneo. Ha caído la última brisa. El feroz sol llena los cielos y hace de la mar una superficie blanda y azulada, inmóvil y sin sacudidas, dormida también, bajo brillante espuma que parece el sudor del agua.

A pesar de las tiendas que he mandado colocar para resguardarme, es tal el calor bajo la tela, que me voy al salón a echarme en un diván.

Siempre hace fresco dentro. El barco es profundo, está construido para navegar en los mares del Norte, y soportar los temporales. Pueden vivir con alguna estrechez, tripulación y pasajeros, en esta pequeña vivienda flotante, y sentarse siete comensales alrededor de la mesa del salón.

La parte interior es de pino barnizado, del norte, con encuadramientos de teca, y aclarado por los cobres de las cerraduras, de los herrajes, de los candeleros, por todos los cobres amarillos y alegres, que son el lujo de los *yachts*.

¡Qué extraño es este cambio, después del clamoreo de París! Ya no oigo nada, pero nada, absolutamente nada. Cada cuarto de hora, el marinero que dormita en la *barra*, tose y escupe. El reloj colgado en el muro de madera, produce un ruido que parece formidable en aquel silencio del cielo y de la mar.

¡Y este insignificante *tic tac*, único perturbador del inmenso reposo de los elementos, me causa de improviso la sorprendente sensación de las soledades sin límites donde los murmullos de los mundos, ahogados a algunos metros de sus superficies, se tornan imperceptibles en medio del silencio universal!

Parece que algo de esa calma eterna del espacio, descende, se esparce por el mar inmóvil, en este caluroso día de verano. Es algo que agobia, algo irresistible, adormecedor, que anonada como el contacto del vacío infinito. Toda voluntad desfallece, todo pensamiento se detiene, el sueño se apodera del cuerpo y del alma.

Cuando me desperté, anocheecía. Algunos soplos de brisa crepuscular, muy inesperados por cierto, nos empujaron aún hasta que se puso el sol.

Estábamos bastante cerca de las costas, frente a una ciudad, San Remo, sin esperanza de arribar a ella. Otros pueblos o pequeñas ciudades se extienden al pie de la elevada montaña gris, cual montones de ropa blanca puesta a secar en

las playas. Humeaban algunas neblinas en las pendientes de los Alpes, borrando los valles y arrastrándose hacia las cumbres, cuyas crestas dibujaban una inmensa línea, dentellada en un cielo de rosa y lila.

Y la noche cayó sobre nosotros, desapareció la montaña, se encendieron luces al ras del agua en toda la longitud de la inmensa costa.

Un buen olor a cocina salió del interior del *yacht*, mezclándose agradablemente con el fresco y saludable ambiente del aura del mar.

Cuando hubimos comido, me tendí en el puente. Aquel tranquilo día de navegación había limpiado mi espíritu como una esponja pasada por un vidrio empañado; y surgían en tropel recuerdos dentro de mi cerebro, recuerdos de la vida que yo acababa de dejar, de las personas conocidas, observadas o queridas.

Nada hace viajar tanto al espíritu y vagabundear a la fantasía, como estar solo en el agua y bajo el cielo de una clara noche. Me sentía excitado, vibrante, cual si hubiera bebido vinos fuertes, respirando éter o amado a una mujer.

Una ligera frescura nocturna humedecía la piel con imperceptible baño de salada bruma. El delicioso escalofrío de aquel débil descenso de la temperatura del aire corría por los miembros, entraba en los pulmones y beneficiaba al cuerpo y al espíritu en su inmovilidad.

¿Son más felices o más desgraciados aquellos que reciben sus sensaciones en toda la superficie de su carne, tanto como en los ojos, en la boca en el olfato o en el oído?

Es una facultad rara y temible tal vez esta excitabilidad nerviosa y enfermiza de la epidermis y de todos los órganos que torna en emoción las menores impresiones físicas, y que según las temperaturas de la brisa, los olores del suelo y el color del día, impone sufrimientos, tristezas o alegrías.

No poder entrar en la sala de un teatro porque el contacto de las personas agita de un modo inexplicable todo el organismo; no poder penetrar en una sala de baile porque la vulgar alegría y el movimiento giratorio de los vales irrita como un insulto, sentirse triste hasta llorar o alegre sin razón según el decorado, los cortinajes y la descomposición de la luz en una casa, y hallar a veces, mediante percepciones particulares, satisfacciones físicas que nada puede revelar a las gentes de organismo grosero; ¿es una felicidad o una desgracia?

Lo ignoro; pero si el sistema nervioso no es sensible hasta el dolor o hasta el éxtasis, sólo nos comunica conmociones medias y satisfacciones vulgares.

Aquella bruma del mar me acariciaba como una felicidad. Se extendía por el cielo y yo miraba con delicia las estrellas envueltas en nubes, algo pálidas en el sombrío y blancuzco firmamento. Las costas habían desaparecido tras aquel vapor que flotaba en las aguas y servía de nimbo a los astros.

Se hubiera dicho que una mano sobrenatural acababa de envolver al mundo en finísimas nubes de algodón para algún viaje desconocido.

Y de repente, a través de aquella sombra nevosa, cruzó el mar una lejana música venida no se sabe de dónde. Creí que alguna orquesta aérea erraba por el espacio para darme un concierto. Los sonidos debilitados, pero claros, de subyugadora sonoridad, esparcían en la dulce noche rumor de ópera.

Cierta voz habló cerca de mí:

– Toma – decía un marino –, hoy es domingo, y la música de San Remo suena en el jardín público.

Yo escuchaba, de tal modo sorprendido, que me creía juguete de un bello ensueño. Escuché largo rato con inefable admiración el nocturno canto que volvía a través del espacio.

Pero he aquí que en medio de un fragmento se hinchó, se aumentó y pareció correr hacia nosotros. Esto fue de un efecto

tan fantástico y sorprendente, que me enderecé para escuchar. Cierto, se tornaba más distinto y fuerte de segundo en segundo. Llegaba hasta mi; pero ¿cómo? ¿Sobre que falso fantasma iba a presentarse? Venía tan rápido, que, a pesar mío, miraba yo en la sombra con espantados ojos, y de repente me sentí envuelto en un soplo cálido y perfumado de salvajes aromas, que se esparcían como una ola impregnada del fuerte olor de los mirtos, de la hierbabuena, del toronjil, de las siemprevivas, de los lentisco, de las alhucemas y de los tomillos, quemados en la montaña por el sol del estío.

Era el viento de tierra que se levantaba cargado con los ambientes de la costa, y que llevaba a lo largo, mezclándola también con el olor de las plantas agrestes, aquella vagabunda armonía.

Me quedé jadeante, tan embriagado de sensaciones, que la turbación de esta embriaguez hizo delirar a mis sentidos. En verdad que yo no sabía a la sazón si aspiraba música, o si oía perfumes, o si dormía en las estrellas.

Aquella brisa de flores nos empujó hacia alta mar, evaporándose durante la noche. Se debilitó entonces poco a poco la música y se calló después, mientras que el barco se alejaba entre las brumas.

Yo no podía dormir, y me preguntaba cómo un poeta modernista, de la escuela llamada simbólica, habría expresado la confusa vibración nerviosa que acababa de embargarme, y que me parece, francamente hablando, intraducible. Cierto: algunos de esos laboriosos traductores de la multiforme sensibilidad artística, habrían salido del paso con honor, diciendo en eufónicos versos, llenos de sonoridades intencionadas, incomprensibles y perceptibles, sin embargo, esa inefable mezcla de sonidos perfumados, de bruma estrellada y de brisa marina, que siembra música en la noche.

¿Acaso no acababa yo de sentir hasta la médula este verso misterios del gran Baudelaire?

Les parfums, les couleurs et le son se réondent.

Y no solamente se corresponden en la naturaleza, sino que se corresponden en nosotros y se confunden a veces “en una tenebrosa y profunda unidad”, como dice el mismo poeta, mediante repercusiones de un órgano sobre otro.

Por lo demás, este fenómeno es desconocido desde el punto de vista médico. Se ha escrito este mismo año gran número de artículos designándole con estas palabras: la audición coloreada.

Se ha probado que en las naturalezas muy nerviosas y sobreexcitadas, cuando un sentido experimenta un choque que le conmueve demasiado violentamente el trastorno de esta impresión se comunica como una onda a los sentidos próximos, los cuales lo traducen a su manera. Así, la música despierta en ciertos seres visiones de colores. Es, pues, esto, una especie de contagio de sensibilidad, transformada según la función normal de cada aparato cerebral atacado.

Por ello puede explicarse el célebre soneto de Arturo Rimbaud, que refiere los matices de las vocales, verdadera declaración de fe adoptada por la escuela simbólica.

¿Tiene razón? ¿Carece de ella? Para el picapedrero y hasta para muchos de nuestros grandes hombres, ese poeta es un loco o un visionario. Para otros, ha descubierto y expresado una verdad absoluta, bien que esos exploradores de inaprensibles percepciones deban siempre diferir un poco en la opinión sobre los matices y las imágenes que pueden evocar en nosotros las misteriosas vibraciones de dos vocales o de una orquesta.

Si está reconocido por la ciencia – del día – que las notas de música, obrando sobre ciertos organismos, hacen aparecer coloraciones; si la nota sol puede ser roja, y el fa lila o verde, ¿por qué no habían de provocar también estos mismos sonidos

sabores en la boca y olores en el olfato? ¿Por qué los delicados algo histéricos no habían de gustar todas las cosas con todos sus sentidos a un tiempo, y por qué asimismo los simbólicos no habían de revelar deliciosas sensibilidades a los seres de su raza, poetas incurables y privilegiados? Esta es una simple cuestión de patología artística más bien que de verdadera estética.

¿No es posible efectivamente que algunos de esos escritores interesantes, neurópatas por seducción, lleguen a tal excitabilidad que cada impresión recibida produzca en ellos una especie de concierto de todas las facultades perceptivas?

¿Y no es precisamente esto lo que expresa su extraña poesía de sonidos que, pareciendo ininteligible, trata de cantar la escala entera de las sensaciones y de notar por el parecido de las palabras, mucho más que por su trabazón racional y su significación conocida, sentidos intraducibles, que son oscuros para nosotros y claros para ellos?

Porque los artistas están al cabo de sus recursos, buscan lo inédito, lo desconocido emociones, imágenes, todo. Desde la antigüedad se han cogido todas las flores de su campo. Y he aquí que, en su impotencia, sienten confusamente que podrían haber tal vez para el hombre cierto ensanchamiento del alma y de la sensación. Pero la inteligencia tiene cinco barreras entreabiertas y encadenadas que se llaman cinco sentidos, y estas cinco barreras son las que los hombres enamorados de un arte nuevo sacuden hoy con toda su fuerza.

La inteligencia, ciega y laboriosa incógnita, no puede saber nada, comprender nada, descubrir nada si no por los sentidos, los cuales son sus únicos proveedores, los únicos intermediarios entre la Naturaleza universal y ella. La inteligencia no trabaja más que sobre los datos suministrados por ellos, los cuales no pueden recogerlos por si mismos sino según sus cualidades, su sensibilidad, su fuerza y su finura.

El valor del pensamiento depende, pues, evidentemente, de una manera directa, del valor de los órganos, y su extensión está limitada por su número.

El Sr. Taine ha tratado y desarrollado magistralmente esta idea.

Los sentidos son en número de cinco, no más que cinco. Ellos nos revelan, interpretándolas, algunas propiedades de la materia circundante, que puede, que debe producir un número ilimitado de otros fenómenos que somos incapaces de percibir.

Supongamos que el hombre hubiese sido creado sin oídos; viviría casi lo mismo, pero el Universo estaría mudo para él; no tendría la menor idea del ruido ni de la música, que son vibraciones transformadas.

Pero si hubiera recibido el don de otros órganos, poderosos y delicados, dotados también de la propiedad de metamorfosear en percepciones nerviosas los actos y atributos de todo lo inexplorado que nos rodea, cuánto más variado sería el dominio de nuestro saber y de nuestras emociones.

En este impenetrable dominio trata de entrar cada artista, atormentado, violentado, agotando el mecanismo de su pensamiento. ¿No han sido aniquilados por el mismo esfuerzo para derribar esa barrera material que aprisiona la inteligencia humana, lo que sucumben por el cerebro a la investigación de la muerte, Heine, Baudelaire, Balzac, Byron, vagabundo inconsolable de la desgracia de ser un gran poeta, Musset, Jules de Goncourt y tantos otros?

Sí, nuestros órganos son los que alimentan al genio artista y lo gobiernan. El oído engendra al músico, como el ojo al pintor. Todos concurren en las sensaciones del poeta. En el novelista domina generalmente la visión; domina de tal modo que es fácil reconocer, en la lectura de toda obra trabajada y sincera, las cualidades y propiedades físicas de la mirada del autor. El ensanchamiento del detalle, su importancia o nimiedad, su usurpación en el plan y su naturaleza especial

indican con certeza todos los grados y deferencias de miopías. La coordinación del conjunto, la proporción de las línea y perspectivas preferidas a la observación detallada, el olvido mismo de las circunstancias pequeñas que son a menudo la característica de una persona o de un medio, ¿denuncian la mirada extendida, pero cobarde, de un présbita?

III

LA COSTA ITALIANA

Todo el cielo está velado de nubes. el naciente día desciende a través de esas brumas levantadas durante la noche, que extiende su sombría muralla más espesa en algunas partes, casi blanca en otras, entre la aurora y nosotros.

Se teme vagamente, con cierto encogimiento de corazón, que cubran el espacio hasta la noche, y los ojos se alzan sin cesar hacia ellas con agonía de impaciencia, en una especie de muda plegaria.

Pero se adivina, en los espacios claros que separan sus masas más opacas, que el astro ilumina sobre ellas el azul firmamento y su nevosa superficie. Brota la esperanza y se aguarda.

Poco a poco palidecen, se aminoran parecen fundirse. Se nota que el sol las quema, las corroe, las aniquila con sus ardores, y que el inmenso techo de nubes, demasiado débil, cede, se dobla, se abre y cruje bajo un enorme peso de luz.

Un punto se ilumina en medio de ellas, brilla un resplandor, se abre una brecha, se desliza un rayo oblicuo y largo, y cae ensanchándose. Pareciera que el fuego prende en aquel agujero del cielo. Es una boca que se abre, se agranda, se abrasa, con labios incendiados, y escupe sobre las olas una cascada de dorada claridad.

Entonces, en mil sitios a la vez, se rasga la bóveda de sombras, se hace jirones y deja pasar por innumerables

aberturas brillantes flechas que se esparcen en lluvia sobre las aguas, sembrando en el horizonte la radiante alegría del sol.

El aire ha sido refrenado por la noche; un soplo de viento, no más que un soplo, acaricia la mar y hace que se estremezca apenas su azulada piel de moaré. Ante nosotros, sobre un cono de rocas, ancho y elevado, que parece surgir de las ondas y se apoya en la costa, trepa una puntiaguda ciudad, teñida de rosa por los hombres, como el horizonte por la victoriosa aurora. Algunas casas azules semejan preciosas manchas. Se diría que es la mansión elegida por una princesa de *las Mil y una noches*.

Es Puerto Mauricio.

Cuando se le ha visto así, no hay que arribar a él.

Yo bajé, sin embargo.

El interior es una ruina. Las casas parecen desmenuzadas a lo largo de las calles. Un lado de la ciudad, desmoronado hacia la orilla, quizá a consecuencia de un temblor de tierra, ofrece, en toda la altura de la roca que las sostiene, paredes enyesadas y derruidas, mitades de antiguas viviendas, abiertas al viento norte. Y la pintura, tan linda de lejos, cuando se armonizaba con el naciente día, no es ya sobre aquellos restos, sobre aquellas ruinas, más que un horrible abigarramiento de color tostado por el sol y lavado por las lluvias.

Y a lo largo de las callejas tortuosas crujías cubiertas de piedras y de polvo, flota un olor incalificable, tan fuerte, tan tenaz, tan penetrante, que me vuelvo a bordo del *yacht*, con los ojos manchadas y sublevado el corazón.

Tal ciudad es, sin embargo, una capital de provincia. Se dijera, al poner el pie en esta tierra italiana, que es un trapo de miseria.

Frontera al otro lado del mismo golfo, está Oneglia, muy sucia también, muy fétida, aunque de aspecto menos siniestramente pobre y más vivo.

Bajo la puerta cochera del Colegio Real, abierta de par en par en estos días de vacaciones, una mujer, silenciosa, remienda un colchón.

Estamos en el puerto de Savone.

Un grupo de inmensas chimeneas de fábricas y de fundiciones, que alimentan cada día cuatro o cinco grandes vapores ingleses cargados de carbón, despiden al cielo, por sus gigantes bocas, tortuosas espirales de humo, que caen en seguida sobre la ciudad en una lluvia negra de hollín, el cual es llevado por la brisa de barrio en barrio, como una nieve infernal.

No vayáis a ese puerto, barqueros que gustáis de conservar sin mancha las blancas velas de vuestras embarcaciones.

Savone es gentil, sin embargo, muy italiana, con calles estrechas, distraídas, llenas de agitados vendedores, de frutos extendidos por el suelo, de rojos tomates, de redondas calabazas, de uvas negras o doradas, y transparentes cual si hubiesen bebido luz, de verdes plantas esparcidas a la casualidad, y cuyas hojas, sembradas a granel sobre los empedrados, parecen una invasión de la ciudad por los jardines.

Al volver a bordo del *yacht*, veo de repente, a lo largo del muelle, en una góndola napolitana, sobre una inmensa mesa que ocupa todo el puente, algo extraño, como un festín de asesinos.

Sangrientos, de un rojo de degollación, cubriendo el barco entero de un color, y, al primer golpe de vista, de una emoción de matanza, de carnicería, se extienden, ante treinta marineros de tez morena, sesenta o cien pedazos de rojas sandías partidas.

Si dijera que aquellos alegres hombres comen a dos carrillos de la ensangrentada bestia, como las fieras en las jaulas. Es una fiesta. Han invitado a las tripulaciones vecinas. Reina el contento. Las encarnadas gorras sobre las cabezas, son menos rojas que la carne del fruto.

Cuando se hizo completamente de noche, me volví a la ciudad.

Un rumor de música que me atraía, me indujo a cruzarla por completo. Encontré una avenida, que seguían en grupos la burguesía y el pueblo, lentamente yendo hacia aquel concierto nocturno, que da dos o tres veces por semana la orquesta municipal.

Esas orquestas sobre esta tierra de la música, valen, aun en las ciudades pequeñas, tanto como las de nuestros buenos teatros. Me acordé de la que había oído yo la otra noche desde el puente de mi barco, y cuyo recuerdo me quedaba como el de una de las más dulces caricias que jamás me haya producido alguna sensación.

La avenida desembocaba en una plaza que iba a perderse en la playa, y allí, en la sombra apenas alumbrada por los mecheros separados y amarillos de los faroles, tocaba aquella orquesta no sé qué a la orilla del mar.

Las olas, algo pesadas, aunque el viento fuerte se había calmado de repente, llevaban a lo largo de la orilla su ruido monótono y regular que rimaba el vivo canto de los instrumentos; y el firmamento, de color violeta, un violeta casi reluciente, dorado por miles y miles de astros, dejaba caer sobre nosotros una noche sombría y ligera, que cubría con sus transparentes tinieblas la silenciosa multitud: multitud que apenas hablaba, caminando despacio en torno del círculo de músicos o sentada en los bancos del paseo, sobre grandes piedras.

Toda esta flota de vírgenes y talismanes está alineada a lo largo de los muelles, volviendo hacia el centro de los estanques

sus desiguales y puntiagudas narices. Luego aparecen clasificados por compañías poderosos vapores de hierro, estrechos y altos, con formas colosales y delicadas. Hay, además, en medio de estos peregrinos del mar, blancos navíos, grandes bricks, vestidos como los árabes, con un brillante traje, sobre el cual se desliza el sol.

Si nada es tan lindo como la entrada de este puerto, nada hay tan sucio como la entrada de la ciudad. El bulevar del muelle es una lágrima de inmundicias, y las estrechas y originales calles, encerradas como corredores entre dos líneas tortuosas de casas desmesuradamente altas, revuelven incesantemente el estómago con sus pestilentes emanaciones.

Se experimenta en Génova lo mismo que en Florencia, y más aún en Venecia, la impresión de una aristócrata ciudad caída en manos del populacho.

Allá surge el pensamiento de los rudos señores que peleaban o traficaban en el mar, y que, después, con el dinero de sus conquistas, de sus capturas o de su comercio, mandaban construir los asombrosos palacios de mármol que todavía bordean las calles principales.

Cuando se penetra en estas magníficas viviendas, odiosamente embadurnadas por los descendientes de aquellos grandes ciudadanos de las más orgullosa de las repúblicas, y se compara su estilo, los patios, los jardines, los pórticos, las galerías interiores, todo el decorado y soberbio orden, con la opulenta barbarie de los más hermosos hoteles del París moderno, con esos palacios de millonarios que no saben tocar más que al dinero, que son impotentes para concebir, para desear una cosa bella y nueva, y para hacer nacer con su oro, se comprende entonces que la verdadera distinción de la inteligencia, que los sentidos de la rara belleza de las menores formas, de la perfección de las proporciones y de las líneas, han desaparecido de nuestra democratizada sociedad, mezcla

de ricos hacendados sin gusto y de gentes improvisadas sin tradiciones.

Es hasta una observación curiosa de hacer la de la vulgaridad del palacete moderno. Entrad en los viejos palacios de Génova, allí veréis una sucesión de patios de honor con galerías y columnatas y escaleras de mármol increíblemente hermosos, todos diversamente dibujados y concebidos por verdaderos artistas para hombres de mirada instruida y difícil de contentar.

Entrad en los antiguos castillos de Francia, allí encontraréis los mismos esfuerzos hacia la incesante renovación del estilo y del ornato.

Entrad luego en las más ricas viviendas del París actual, allí admiraréis curiosos objetos antiguos cuidadosamente catalogados, denominados, expuestos bajo cristal según su valor conocido, pagado, afirmado por peritos; pero ni una sola vez quedaréis sorprendidos por la originalidad y nueva invención de las diferentes partes de la vivienda misma.

El arquitecto tiene el encargo de construir una hermosa casa de varios millones, y cobra el cinco o el diez por ciento sobre los gastos, según la cantidad de trabajo artístico que debe introducir en su plano.

El decorador, con diferentes condiciones, está encargado de adornarla. Como estos industriales no ignoran la incompetencia nativa de sus clientes, ni se atreverían a proponerles lo desconocido, se contentan con hacer poco más o menos lo mismo que han hecho ya para otros.

Cuando se ha visitado en Génova esas antiguas y nobles viviendas, admirado algunos cuadros y sobre todo tres maravillas de ese gran maestro que se llama Van Dyck, ya no queda que ver más que el Campo Santo, cementerio moderno, museo de escultura fúnebre la más extraña, la más sorprendente, la más macabra y la más cómica tal vez, que hay en el mundo. En toda la longitud de un inmenso cuadrilátero de

galerías, gigante claustro abierto sobre un prado que las tumbas de los pobres cubren con la nieve de sus blancas lápidas, se desfila ante una sucesión de *burgueses* de mármol que lloran a sus difuntos.

¡Qué misterio! la ejecución de estos personajes revela un oficio notable, un verdadero talento de obreros de arte. La naturaleza de los vestidos, de las casacas, de los pantalones, se muestra allí mediante procederes de facturas pasmosos. Yo vi un traje de moré, indicado en las claras soluciones de continuidad de la tela, de una verosimilitud increíble; y nada es más irresistiblemente grotesco, monstruosamente ordinario, indignamente común, que esas gentes que lloran a parientes queridos.

¿Quién tiene la culpa? El escultor, que no ha visto en la fisonomía de sus modelos mas que la vulgaridad del *burgués* moderno; que no sabe ya encontrar ese reflejo superior de humanidad, descubierto tan bien por los pintores flamencos cuando expresan como maestros artistas los tipos más populares y más feos de su raza. Al *burgués* tal vez a quién la baja civilización democrática ha hecho rodar como rueda el guijarro de los mares, borrando su carácter distintivo, y que ha perdido en este roce los últimos signos de originalidad de que cada clase social parecía estar dotada en otros tiempos por la naturaleza.

Los genoveses se muestran muy orgullosos de este sorprendente museo que desorienta la razón.

Desde el puerto de Génova hasta la punta de Porto-Fino hay un rosario de ciudades, un engranaje de casas sobre las playas, ente lo azul del mar y lo verde de la montaña. La brisa del Sudeste nos obliga a bordear. Es débil, pero con soplos bruscos que inclina el *yacht* y lo lanzan de pronto hacia

adelante, con dos guirnaldas de espuma que hierven en la proa como baba de bestia marina. Luego cesa el viento y se calma el buque, recobrando su tranquilo camino, que según está el oleaje, ora lo aleja de la costa italiana, ora lo aproxima a ella. A cosa de las dos, el patrón, que consultaba el horizonte con los gemelos para conocer en el velamen desplegado y en las amuras tomadas por los barcos que se veían, la fuerza y dirección de las corrientes de aire en aquellos parajes, en que cada golfo da un viento tempestuosos o ligero y donde los cambios de temporal son rápidos como un ataque de nervios de mujer, me dijo bruscamente:

- Señor, hay que quitar el botalón; los dos bergantines goletas que están delante de nosotros acaban de recoger sus velas altas. Allá abajo sopla fuerte.

Se dio la orden, y la larga tela hinchada descendió del mástil, se deslizó colgante y blanda, palpitante todavía como un pájaro al cual se mata, a lo largo de la mesana que comenzaba a presentar la ráfaga anunciada y próxima.

No había olas. Algunas leves ondas se ofrecían únicamente de sitio en sitio; pero de pronto, a lo lejos, ante nosotros, vi el agua enteramente blanca, blanca como si hubieran extendido una sábana por encima.

Aquello venía, se aceraba, acudía, y cuando esta línea de algodón estuvo solo a unos cientos de metros de nosotros, todo el velamen del *yacht* recibió una gran sacudida del viento, que parecía galopar por la superficie de la mar bramadora y furiosa, desplumando el costado como una mano desplumaría el vientre de un cisne. Y todo aquel plumón arrancado del agua, aquella epidermis de espuma, daba vueltas, volaba, se desparramaba a impulsos del ataque invisible y silbante de la borrasca. Nosotros también, tendidos de lado, invadida la cubierta por el encrespado oleaje que subía al puente, tendidos los obenques, crujiente la arboladura, partimos con loca carrera, invadidos por un vértigo, por una furia de velocidad. Y es, en verdad, una

embriaguez única, imposible de imaginar, el tener en ambas manos, con todos los músculos en tensión, desde la rodilla hasta el cuello, la larga barra de hierro que conduce a través de las ráfagas, a esta bestia apresurada e inerte, dócil y sin vida, hecha de tela y madera.

Este furor del aire no duró más que unos tres cuartos de hora, y de repente, cuando el Mediterráneo hubo reobrado su hermoso tinte azul, me pareció (tan dulce se tornó súbitamente la atmósfera) que el humor de los cielos se apaciguaba. Aquello era un cólera que decaía, el fin de una mañana ruda, y la alegre sonrisa del sol se esparció ampliamente por el espacio.

Nos aproximábamos al cabo, cuando observé en un extremo, al pie de la escarpada costa, en un agujero sin acceso, una iglesia y tres casas. ¿Quién vive allí, Dios mío? ¿Qué pueden hacer aquellas gentes? ¿Cómo se comunican con las otras, sino por una de las dos canoas colocadas sobre la estrecha playa?

Ya se dobló la punta. La costa continúa hasta Porto-Venere, a la entrada del golfo de la Spezzia. Toda esta parte de la ribera italiana es incomparablemente seductora.

En una bahía ancha y profunda, abierta ante nosotros, se distingue a Santa Margarita, Rapallo, Chiavari. Más allá está Sestri-Levante.

El yacht había cambiado de dirección deslizándose entre dos cables de rocas, y al extremo del cabo, que acabábamos apenas de volver, se descubre de pronto una garganta oculta, casi imposible de descubrir, llena de árboles, de abetos, de olivos, de castaños. Toda una pequeña ciudad, Porto-Fino, se desarrolla en media luna alrededor de aquel calmoso estanque.

Atravesamos lentamente el angosto paso que une con el mar a ese encantador puerto natural, y penetramos en aquel cerco de casas, coronado por un bosque de poderosa y fresca

verdura, reflejados ambos en el espejo de agua tranquila donde parecen dormir algunas barcas de pescadores.

Una de ellas viene a nosotros ocupada por un viejo. Este nos saluda, nos da la bienvenida, indica el fondeadero, coge una amarra para llevarla a tierra, vuelve a ofrecer sus servicios, sus consejos, todo lo que queramos pedirle, y nos hace al fin los honores de aquella cabaña de pesca. Es el patrón del puerto.

Tal vez nunca haya sentido yo una impresión de beatitud comparable a la de la entrada en esta verde caleta, ni un sentimiento de reposo, de tranquilidad, de calma de la agitación vana en que lucha la vida, más fuerte y consolador que aquel que se apoderó de mí cuando el ruido del ancla que caía dijo a todo mi ser encantado que nos quedábamos allí.

Hace ocho días que estoy remando. El yacht permanece inmóvil en medio de la minúscula y tranquila rada, y yo voy a errar en mi canoa, a lo largo de las costas, en las grutas donde gruñe la mar en el fondo de invisibles agujeros y alrededor de los islotes extraños y desligados que ella moja con sus besos sin fin en cada una de sus palpitaciones, y sobre los escollos a flor de agua que ostentan crines de hierbas marinas. Me gustan ver flotar debajo de mí, en las ondulaciones de la insensible ola, esas largas plantas rojas o verdes donde se mezclan, donde se ocultan, donde se deslizan las inmensas familias apenas nacidas de los tiernos pececillos. Se dijera que son semillas de agujas de planta que viven y nadan.

Cuando levanto los ojos hasta las rocas de la orilla, veo allí grupos de muchachos desnudos, con cuerpos tostados, que se asombran de este vagabundo.

Son innumerables también, como otra progenitura de la mar, como una tribu de jóvenes tritones nacidos ayer, que trepan por las orillas del granito a fin de aspirar un poco el aire del espacio. Se encuentran ocultos en todas las hendiduras, se encuentran en pie sobre las puntas, dibujando en el cielo italiano sus lindas y débiles formas de estatuillas de bronce.

Otros, sentados, con las piernas colgando, al borde de las enormes piedras, descansan entre dos remolinos.

Hemos salido de Porto-Fino para Santa Margarita, la cual no es un puerto, sino un fondo de golfo algo resguardado por un muelle.

Aquí es la tierra tan cautivadora que casi hace olvidar la mar. La ciudad está al abrigo del ángulo hueco de dos montañas. Las separa un valle que va hacia Génova. Sobre estas dos costas, innumerables caminos abiertos entre dos paredes de piedras, cuya altura es aproximadamente la de un metro; se cruzan, suben y bajan, van y vienen, estrechos, pedregosos, en cuesta y en escalera, y separan innumerables campos, o más bien jardines de olivos e higueras, rodeado de rojos pámpanos.

A través de las quemadas hojas de las vides empingorotadas en los árboles, se distinguen, muy lejos, el azulado mar, rojos cabos, blancas ciudades, bosques de abetos sobre las pendientes, y grandes cumbres de granito gris. Delante de las casas que se encuentran de trecho en trecho, hacen encaje las mujeres. En todo este país apenas se ve una puerta, donde no estén sentados dos o tres de estas obreras, trabajando en la hereditaria tarea, y manejando con sus ligeros dedos los numerosos hilos blancos o negros de donde penden, danzando con interminable saltar, cortos pedazos de madera nueva. Estas mujeres son frecuentemente lindas, buenas mozas y de orgulloso aspecto, pero descuidadas, sin aliño de coquetería. Muchas conservan aún huellas de la sangre sarracena.

Cierto día, en la esquina de una calle de la aldea, pasó junto a mí una de ellas y me dejó la emoción de la belleza más sorprendente que tal vez haya encontrado yo en mi vida.

Bajo un pesado haz de cabellos oscuros que se esparcían por la frente en desdeñoso desorden, presentaba un rostro ovalado y moreno de mujer oriental, de hija de los moros, cuyo

aspecto conservaba; pero el sol de las florentinas le había dado un cutis con resplandores de oro. Los ojos, ¡qué ojos!, rasgados, y de una negrura impenetrable, parecían deslizar una caricia, al abrigo de unas cejas tan tupidas y grandes, como jamás he visto otras. Y la carne alrededor de aquellos ojos daba una sombra tan extraña, que si yo no hubiera visto en plena luz aquella mujer, habría sospechado en ella el artificio de las mundanas.

Cuando se hallan vestidas de harapos criaturas semejantes, ¡lástima que no pudiera uno cogerlas y llevárselas, aunque sólo fuera para adornarlas, decirlas que son hermosas y admirarlas! ¡Qué importa que no comprendan el misterio de nuestra exaltación, toscas como todos los ídolos, hechiceras como ellas solas, hechas solamente para ser amadas por corazones que deliran y festejadas con palabras dignas de su hermosura!

Si yo pudiera elegir, sin embargo, entre la más hermosa de las criaturas vivientes y la mujer pintada por el Tiziano, que ocho días más tarde volví a ver en la sala de la tribuna, en Florencia, elegiría la mujer pintada por el Tiziano.

Florencia, que me atrae como la ciudad donde más me hubiera gustado vivir en otro tiempo, que tiene para mis ojos y para mi corazón un encanto inefable, me atrae todavía casi sensualmente por aquella imagen de mujer acostada, prodigioso ensueño de atractivo carnal. Cuando pienso en esta ciudad tan llena de maravillas, donde se entra al fin de los días encorvado de tanto ver, como un cazador de tanto andar, se me ofrece luminoso, de repente, en medio de los recuerdos que brotan, el inmenso lienzo donde reposa aquella gran mujer de impúdico gesto, desnuda y rubia, despierta y tranquila.

Después de ella, después de esta evocación de todo el poder seductor del cuerpo humano, surgen dulces y púdicas las vírgenes, las de Rafael en primer término, la Virgen del Gran Duque, la Virgen de la silla, otras más, las de los primitivos, de

rasgos inocentes, de cabellos pálidos, ideales y místicos, y las de los materialistas, llenas de salud.

Cuando se pasea uno sólo por esta ciudad única, sino por todo este país, la Toscana, donde los hombres del Renacimiento han producido obras maestras a manos llenas, se pregunta uno con asombro lo que fue el alma exaltada y fecunda, embriagada de hermosura, locamente creadora, de esas generaciones sacudidas por un delirio artista. En las iglesias de las ciudades pequeñas, donde se va para ver cosas, que no son indicadas al común de los visitantes, se descubre en las paredes, en el fondo de los coros, pinturas inestimables de esos grandes maestros modestísimos, que no vendían sus lienzos en las Américas, todavía inexploradas, y se iban pobres, sin esperanza de fortuna, trabajando por el arte cual piadosos obreros.

Y esta fuerte taza no ha dejado nada inferior. El mismo reflejo de imperecedera hermosura aparecido bajo el pincel de los pintores y bajo el cincel de los escultores, se agranda en líneas de piedra sobre las fachadas de los monumentos. Las iglesias y sus capillas están llenas de esculturas de Lucca della Robbia, de Donatello, de Miguel Ángel; sus puertas de bronce son obra de Bonannus o de Juan de Bolonia.

Cuando se llega a la pieza della Signoria, frente a la loggia dei Lanzi, se ven, juntos bajo el mismo pórtico el Robo de las Sabinas y a Hércules matando al Centauro Nessus, de Juan de Bolonia; Perseo con la cabeza de Medusa, de Benvenuto Cellini; Judit y Holofernes, de Donatello, Albergaba también, hace algunos años, el David, de Miguel Ángel.

Pero cuanto más embriagado se siente uno, cuanto más reducido por el encanto de este viaje en un bosque de obras de arte, más invadido se encuentra por un extraño sentimiento de malestar que se mezcla pronto con la alegría de ver. Procede del asombroso contraste de las gentes modernas, tan vulgares,

tan ignorantes de lo que miran, con los lugares que habitan. Se siente que el alma delicada, altiva y refinada del antiguo pueblo desaparecido que cubrió este suelo de obras de arte, no agita ya las cabezas con sombreros redondos de color de chocolate, ni anima los indiferentes ojos, ni exalta los vulgares deseos de este pueblo sin ensueños.

Al volver a la costa, me detuve en Pisa para ver otra vez la plaza de la Cúpula.

¿Quién podría explicar jamás el penetrante y triste encanto de ciertas ciudades casi difuntas?

Pisa es una de ellas. Apenas se ha entrado, siéntese en el alma melancólica languidez, un deseo impotente de marchar y de quedarse, una indolente gana de huir y de gustar indefinidamente la dulzura sombría de su atmósfera, de su cielo, de sus casas, de sus calles, habitadas por el más tranquilo, sombrío y silencioso de los pueblos.

La vida parece salida de ella como el mar que se ha alejado, entrando en su puerto, en otro tiempo soberano, extendiendo una la aura y haciendo brotar un bosque entre la nueva orilla y la ciudad abandonada.

El Arno la atraviesa con sus amarillentas aguas que se deslizan ondulando dulcemente entre dos altas murallas que soportan los dos principales paseos, bordados de casas amarillentas también, de hoteles y de algunos palacios modestos.

Sola, construida sobre el muelle mismo, cortando su línea sinuosa, proyecta precisamente sobre el agua su perfil de relicario la capilla de Santa María della Spina perteneciente al estilo francés del siglo XIII. Dijérase, al verla así a la orilla del río, que es el lindo lavadero gótico de la Virgen, a donde los ángeles vienen a lavar, de noche, todos los usados oropeles de las mandonas.

Pero por la calle de Santa María se va a la plaza de la Cúpula.

Para los hombres que cultivan aún la hermosura y el poder místicos de los monumentos, seguramente no existe nada en la tierra más sorprendente y conmovedor que esta ancha y hermosa plaza, cercada de elevadas murallas que aprisionan, en sus actitudes tan diversas, la Cúpula, el Campo Santo, el Baptisterio y la Torre inclinada.

Cuando se llega al límite de este desierto campo salvaje, encerrado entre viejas murallas, y donde surgen repentinamente ante los ojos esos cuatro inmensos seres de mármol, tan inesperados por su perfil, color, gracia armoniosa, y soberbia, se queda uno lleno de asombro y turbado por la admiración como ante el más raro y grandioso espectáculo que el arte humano pueda ofrecer a la mirada.

Pero pronto es la Cúpula lo que atrae y conserva toda la atención por su inefable armonía, por el irresistible poder de sus proporciones y por la magnificencia de su fachada.

Es una basílica del siglo XI, de estilo toscano, toda de mármol blanco con incrustaciones negras y de color. No se siente, en presencia de esta perfección de la arquitectura romanoitaliana, el asombro que imponen al alma ciertas catedrales góticas por su elevación atrevida, por la elegancia de sus torres y campanarios; por el encaje de piedra que las envuelve y por la gigante desproporción de su altura respecto de la base.

Pero permanece uno tan sorprendido y cautivado por las irreprochables proporciones, por el encanto intraducible de las líneas, de las formas y de la fachada adornada abajo con pilastras unidas por arcadas, y arriba con cuatro galerías de columnistas más pequeñas de piso en piso, que la seducción de este monumento queda en nosotros como la de un poema admirable, como una emoción nuevamente descubierta.

De nada sirve el describir estas cosas, hay que verlas, y verlas bajo su cielo, bajo aquel cielo clásico, de un azul especial, donde las nubes, lentas y agrupadas en el horizonte,

en plateadas masas, parecen copiadas por la naturaleza sobre los cuadros de los pintores toscanos. Estos artistas eran realistas impregnados de la atmósfera italiana; y aquellos que los han imitado bajo el sol de Francia son únicamente falsos obreros del arte.

Detrás de la catedral, la pequeña torre, eternamente inclinada, como si estuviera para caerse, molesta irónicamente el sentido del equilibrio que llevamos en nosotros, y enfrente de ella el Baptisterio redondea su alta cúpula cómica ante la puerta del Campo Santo.

En este antiguo cementerio cuyos frescos están considerados como pinturas de capital interés, se extiende un claustro delicioso, de una belleza penetrante y triste, en medio del cual ocultan dos antiguos tilos, bajo su ropaje de verdura, tal cantidad de madera muerta, que producen con los soplos del viento un extraño ruido como de huesos que se chocan.

Pasan los días. El estío toca a su fin. Quiero visitar todavía un país lejano, donde otros hombres han dejado recuerdos más vagos, pero eternos también. Estos son en verdad los únicos que han sabido dotar a su patria de una exposición universal que será visitada durante toda la serie de los siglos.

IV

SICILIA

Existe en Francia el convencimiento de que Sicilia es un país salvaje, difícil y aun peligroso de visitar. De cuando en cuando algún viajero que pasa por audaz, se aventura a ir hasta Palermo, y vuelve declarando que es una ciudad muy interesante. Y he aquí todo. ¿En qué son interesante Palermo y la Sicilia entera? No se sabe con exactitud entre nosotros. En realidad no hay en ello más que una cuestión de moda. Esta isla, perla del Mediterráneo, no está en el número de las comarcas que suelen recorrerse por ser de buen gusto el conocerlas, que forman parte, como Italia, de la educación de un hombre instruido.

Por dos razones, sin embargo, debiera la Sicilia atraer viajeros, pues sus bellezas naturales y sus bellezas artísticas son tan particulares como notables. Se sabe cuán fértil es esta tierra llamada el granero de Italia, que todos los pueblos invadieron y poseyeron unos después de otros, tan violento fue su deseo de poseerla, que hizo batirse y morir a muchos hombres, cual hermosa mujer ardientemente deseada. Es, tanto como España, el país de las naranjas; el aire de su florido suelo es, en primavera, un constante perfume, y ella enciende todas las noches, encima de los mares, el monstruoso fanal del Etna,

el volcán más grande de toda Europa. Pero lo que hace de ella, sobre todo, una tierra indispensable de ver y única en el mundo, es la circunstancia de ser, de un extremo a otro, un museo de arquitectura.

La arquitectura está muerta en este siglo artista todavía, a pesar de todo, pero que parece haber perdido el don de crear belleza con piedras, el misterioso secreto de la seducción por las líneas, el sentido estético en los monumentos. Parece que no comprendemos, que no sabemos ya que la sola proporción de una pared puede infundir en el espíritu la misma sensación de alegría artística, la misma emoción secreta y profunda que una obra maestra de Rembrandt, de Velázquez o de Veronese.

Sicilia ha tenido la dicha de ser poseída sucesivamente por pueblos fecundos, llegados unas veces del Norte y otras del Mediodía, los cuales han cubierto el territorio con obras infinitamente diversas en que se mezclan, por modo inesperado y encantador, las más contrarias influencias. De aquí ha nacido un arte especial, desconocido en otras partes donde domina la influencia árabe, en medio de los recuerdos griegos y hasta egipcios, donde la severidad del estilo gótico, traído por los normandos, está mitigada por la ciencia admirable de la ornamentación y del decorado bizantino.

Y es una felicidad deliciosísima el buscar en estos exquisitos monumentos la huella especial de cada arte, el discernir, ora el detalle venido de Egipto, como la ojiva lanceolada que trajeron los árabes, las bóvedas en relieve, o más bien en pechina, que se parecen a las estalactitas de las grutas marinas, ora el puro adorno bizantino o los preciosos frisos góticos que despiertan el recuerdo de las elevadas catedrales de los países fríos, en esas iglesias algo bajas, construidas también por príncipes normandos.

Cuando se han visto todos esos monumentos que tiene, aunque perteneciendo a épocas y gérmenes diferentes, idéntico carácter, idéntica naturaleza, puede decirse que no son ni

góticos, ni árabes, ni bizantinos, sino sicilianos; puede afirmarse que existe un arte siciliano y un estilo siciliano siempre fácil de reconocer, y que es seguramente el más encantador, variado, coloreado y lleno de imaginación de todos los estilos de la arquitectura.

Igualmente se encuentran en Sicilia las muestras más completas y magníficas de la arquitectura griega antigua, en medio de paisajes incomprensiblemente hermosos.

La travesía más fácil es la de Nápoles a Palermo. Sorpréndese uno, al salir del barco, con el movimiento y la alegría de esta gran ciudad, llena de tiendas y de ruido, menos agitada que Nápoles, aunque tan llena de vida. En primer lugar, detiéndose uno ante la primera carreta que se ve. Estas carretas, pequeñas cajas cuadradas sostenidas por ruedas amarillas, están adornadas con pinturas sencillas y raras que representan hechos históricos y particulares, aventuras de todas clases, combates, encuentros de soberanos; pero sobre todo, las batallas de Napoleón I y de las Cruzadas. Una singular hendidura de madera y hierro las sostiene sobre el eje; y los rayos de sus ruedas están trabajados del mismo modo. La bestia que tira de ellas, lleva un penacho sobre la cabeza y otro en medio del lomo, estando enjaezada con un arnés de lindos colores; cada trozo de cuero está adornado con una especie de lana roja y menudos cascabeles. Estos coches pintados pasan por las calles, vistosos y variados; atraen las miradas y la atención, paseándose como jeroglíficos cuya solución se busca incesantemente.

La forma de Palermo es muy particular. La ciudad, acostada en medio de un vasto circo de montañas desnudas, de un gris azul, matizado a veces de rojo, se halla dividida en cuatro partes por dos grandes calles rectas que se cortan en cruz por la mitad. Desde esta encrucijada, se ve por tres lados, la montañas, allá abajo, al fin de aquellos inmensos corredores de casas; y, por el cuarto, se ve la mar, una mancha azul, de un

azul claro, que parece estar siempre muy cerca, como si la ciudad hubiese caído dentro de ella.

Un deseo mortificaba mi espíritu en aquel día de llegada. Quise ver la capilla Palatina que, según me habían dicho, era la maravilla de las maravillas.

La capilla Palatina, la más hermosa del mundo, la más sorprendente alhaja religiosa soñada por el pensamiento humano y ejecutada por manos de artista, está encerrada en la pesada construcción del Palacio Real, antigua fortaleza construida por los normandos.

Esta capilla no tiene parte exterior. Se entra en el palacio, donde se admira desde luego, por su elegancia, el patio interior rodeado de columnas. Una hermosa escalera de tramos rectos ofrece una perspectiva de admirable efecto. Frente a la puerta de entrada, otra puerta que horada la pared del palacio y da al campo, abre, de pronto, un horizonte estrecho y profundo, pareciendo arrojar al espíritu en países infinitos y en ensueños ilimitados, por aquel agujero cimbrado que se apodera de la mirada y la arrastra irresistiblemente hacia la cumbre azul del monte, visto allá abajo, muy lejos, encima de una inmensa llanura de naranjos.

Cuando se penetra en la capilla, se queda uno estupefacto, ante una cosa sorprendente cuyo poder se sufre no bien comprendida. La belleza coloreada y tranquila, penetrante e irresistible de esta pequeña iglesia que es la mejor obra maestra imaginable, os deja inmóviles ante esos muros cubiertos de inmensos mosaicos con fondos de oro, que lucen con una claridad dulce y alumbran el monumento entero arrastrando al punto el pensamiento hacia paisajes bíblicos y divinos, donde se ven, en pie, sobre un cielo de fuego, todos aquellos que tomaron parte en la vida del Hombre de Dios.

Lo que hace tan violenta la impresión producida por estos monumentos sicilianos, es que el arte del decorado es más aprensible a primera vista que el arte de la arquitectura.

La armonía de las líneas y de las proporciones no es más que un marco de la armonía de los matices.

Se experimenta al entrar en nuestras catedrales góticas una sensación severa, casi triste. Su grandeza es imponente, su majestad asombra pero no seduce. Aquí, se siente uno conquistado, conmovido, por ese algo casi sensual que añade el color a la belleza de las formas.

Los hombres que concibieron y ejecutaron estas iglesias luminosas y sombrías a un tiempo, tenían ciertamente una idea muy distinta del sentimiento religioso que los arquitectos de las catedrales alemanas o francesas; y su genio especial se preocupó, ante todo, de hacer entrar el día en esas naves tan maravillosamente adornadas, de modo que no se le sintiera, que no se le viera que se desligase allí, que rozase solamente las paredes, que produjese efectos misteriosos y encantadores, y que la luz pareciera venir de las paredes mismas, de los inmensos techos de oro poblados de apóstoles.

La capilla Palatina, construida en 1732 por el rey Roger II, al estilo gótico normando, es una pequeña basílica de tres naves, que sólo tiene 33 metros de largo por 13 de ancho; es, pues, un juguete, una monería de basílica.

Dos líneas de admirables columnas de mármol, todas de diferente color, conducen bajo la cúpula, desde donde los mira un Cristo colosal, rodeado de ángeles con las alas desplegadas. El mosaico que forma el fondo de la capilla lateral de la izquierda es un cuadro conmovedor. Representa a San Juan predicando en el desierto. Se dijera que es un Puvis de Chavannes, aunque de más color, más potente, más sencillo, menos rebuscado, construido en tiempo de fe violenta por un artista inspirado. El apóstol está hablando a varias personas. Detrás de él, el desierto; y, en el fondo, algunas montañas azuladas, de esas montañas de líneas dulces perdidas en una bruma, las cuales son perfectamente conocidas de los que han recorrido el Oriente. Encima del santo, alrededor y detrás de él,

un cielo de oro, un verdadero cielo de milagros, donde Dios parece estar presente.

Al volver hacia la puerta de salida se detiene uno bajo el púlpito, un simple cuadrado de mármol rojo, rodeado por un friso de mármol blanco incrustado de menudos mosaicos y sostenido por cuatro columnas delicadamente trabajadas. Y, se maravilla uno de lo que puede hacer el gusto puro de un artista con tan poca cosa.

Todo el efecto admirable de estas iglesias procede de la mezcla y de la oposición de los mármoles y de los mosaicos. En esto consiste su sello característico. Toda la parte baja de las paredes, blanca y adornada únicamente con pequeños dibujos y finos bordados de piedra, hace resaltar poderosamente por su sencilla concepción la riqueza de color de los vastos asuntos que cubren la parte superior.

Pero hasta en estos menudos bordados que se extienden por la pared inferior como encajes de colores, se descubren cosas deliciosas, grandes como la palma de la mano: dos pavos reales, por ejemplo, que, cruzando sus picos, llevan una cruz.

Se encuentra en varias iglesias de Palermo este mismo género de ornamentación. Los mosaicos de la Martorana son tal vez de una ejecución más notables que los de la capilla Palatina, pero no se puede encontrar en ningún monumento el conjunto maravilloso que hace única a esta divina obra maestra.

Vuelvo despacio al hotel de las Palmas, que posee uno de los más hermosos jardines de la ciudad, uno de esos jardines de los países cálidos, llenos de plantas gigantescas y raras. Un viajero, sentado en un banco, me cuenta en pocos instantes las aventuras del año, se remonta luego a las historias de años anteriores, y dice en medio de una frase:

– Esto se verificaba cuando Wagner vivía aquí.

Yo me admiro:

– ¡Cómo! ¿Aquí? ¿En este hotel?

–Sí, aquí escribió las últimas notas de *Parsifal* y corrigió las pruebas.

Y sé que el ilustre maestro alemán pasó en Palermo todo un invierno y que salió de la ciudad pocos meses antes de morir. Como en todas partes, demostró aquí su carácter intolerable, su orgullo inverosímil, y dejó el recuerdo del más insociable de los hombres.

He querido ver el cuarto que ocupó ese músico genial, porque me parecía que habría impreso en él algo de su personalidad y que yo encontraría algún objeto que hubiese amado el maestro, alguna silla preferida, la mesa en que trabajaba, una huella cualquiera que indicase su paso, la señal de una manía o el indicio de una costumbre.

No vi más que un hermoso cuarto de hotel. Indicaron los cambios que él había introducido allí y me enseñaron, precisamente en mitad del cuarto, el sitio del gran diván donde amontonaba los brillantes tapices y bordados de oro que tenía.

Abrí la puerta del armario de luna.

Un delicioso y penetrante aroma se esparció cual la caricia de una brisa que hubiera pasado por un campo de rosales.

El dueño del hotel, que me guiaba, dijo:

–Aquí dentro guardaba su ropa blanca, después de haberla impregnado de esencia de rosas. Este olor no se irá ya nunca.

Yo respiraba el ambiente de flores encerrado en aquel mueble, olvidado allí, cautivo; y me parecía hallar algo de Wagner en aquel soplo que él amaba, algo de él, algo de su deseo, algo de su alma en aquella insignificancia de las costumbres secretas y queridas que constituyen la vida íntima de un hombre.

Luego salí para vagar por la ciudad.

Nadie se parece menos a un napolitano que un siciliano. En el napolitano del pueblo se encuentran siempre tres cuartos

de polichinela. Gesticula, se agita, se anima sin causa, se expresa tanto con el ademán como con las palabras; envuelve en mímica cuanto dice, se muestra siempre amable por interés, gracioso por astucia tanto como por naturaleza, y responde con agradables sutilezas a las palabras desagradables.

Pero en el siciliano se encuentra ya mucho del árabe. Tiene su gravedad de aspecto, aunque toma del italiano una gran viveza de espíritu. Su orgullo nativo, su amor a los títulos, la naturaleza de su orgullo y su fisonomía le hacen parecerse más al español que al italiano. Pero lo que da sin cesar, desde que se pone el pie en Sicilia, la impresión profunda del Oriente, es el timbre de voz, la entonación nasal de los que gritan por las calles. Se encuentra por todas partes la nota aguda del árabe, esa nota que parece bajar desde la frente a la garganta, mientras que en el Norte sube del pecho a la boca. Y la canción que atrae, monótona y dulce, oída al pasar por la puerta abierta de una casa, es idéntica por el ritmo y el acento a la entonada por el jinete vestido de blanco que guía a los viajeros a través del desierto.

En el teatro, por ejemplo, el siciliano se torna completamente italiano, y es muy curioso para nosotros el asistir en Roma, en Nápoles o en Palermo a cualquier representación de ópera.

Todas las impresiones del público estallan apenas sentidas. Nervioso hasta el exceso, dotado de un oído tan delicado como sensible, amante de la música hasta la locura, el público entero se torna una especie de bestia vibrante que siente y no razona. En cinco minutos aplaude con entusiasmo y silba con frenesí al mismo autor; patalea de alegría o con cólera, y si de la garganta del cantor se escapa alguna nota falsa, un grito extraño, exasperado, agudísimo, sale de todas las bocas al mismo tiempo. Cuando los pareceres son diversos, se mezclan los silbidos y los aplausos. Nada pasa inadvertido para la sala atenta y vibrante, que muestra en todo momento su

modo de sentir, y que, a veces, invadida por una cólera repentina, comienza a dar alaridos como lo haría una colección de fieras.

Carmen apasiona en este momento al pueblo siciliano, y se espera, de la noche a la mañana, oír silbar por las calles el famoso *Toreador*.

Las calles de Palermo no tienen nada de particular. Son largas y hermosas en los barrios ricos, y se parecen en los barrios pobres a todas las callejuelas estrechas, tortuosas y coloreadas de las ciudades del Oriente.

Las mujeres, envueltas en harapos de colores brillantes, rojos, azules o amarillos, hablan a las puertas y os miran pasar con sus negros ojos que brillan bajo el tupido bosque de sus oscuros cabellos.

A las veces, ante el despacho de la lotería oficial, que funciona permanentemente como un servicio religioso y produce al Estado pingües rentas, se asiste a una escena graciosa y típica.

Enfrente está la madona en su nicho, enclavada en la pared, con el farol que brilla a sus pies. Un hombre sale del despacho con su billete de lotería en la mano, pone un sueldo en el tronco sagrado que abre su boca negra ante la estatua, y se santigua con el papel numerado que acaba de recomendar a la Virgen, apoyando la recomendación en una limosna.

Se detiene uno de plaza en plaza ante los vendedores de vistas de Sicilia, y la mirada se posa en una extraña fotografía que representa un subterráneo lleno de muertos, de esqueletos ridículamente vestidos. Se lee debajo: “Cementerio de los Capuchinos”.

¿Qué es eso? Si se dirige esta pregunta a un habitante de Palermo responde con disgusto: “No vaya usted a ver ese horror. Es una cosa espantosa, salvaje, que felizmente no tardará en desaparecer. Además hace ya muchos años que no entierran ahí”.

Difícil es obtener noticias más detalladas y precisas; tal horror demuestra la mayor parte de los sicilianos por esas extraordinarias catacumbas.

He aquí, sin embargo, lo que pude saber: La tierra sobre que está construido el cementerio de los Capuchinos posee la singular propiedad de activar tanto la descomposición de la carne muerta, que en un año no queda ya sobre los huesos más que un poco de piel negra, seca, pegada, que conserva a veces los pelos de la barba.

Encierran, pues, los ataúdes en pequeños huecos laterales que contienen cada uno ocho o diez muertos, y concluido el año, abren la caja, de donde sacan la momia, momia espantosa, barbuda, contraída, que parece aullar, que parece agobiada por horribles dolores. Luego la cuelgan en una de las galerías principales, adonde la familia va a visitarla de vez en cuando. Las gentes que querían ser conservadas por este método lo solicitaban antes de su muerte y permanecían eternamente alineadas bajo aquellas bóvedas sombrías, mediante una retribución anual pagada por los parientes, al modo como se conservan los objetos en los museos. Si los parientes dejaban de pagar, sepultaban sencillamente al difunto como se hace de ordinario.

Quise visitar en seguida esa siniestra colección de cadáveres.

A la puerta de un convento pequeño de aspecto modesto me recibió un capuchino viejo con hábito oscuro y me guió sin decir una palabra, porque sabía perfectamente lo que quieren ver los extranjeros que van a aquel lugar.

Atravesamos una acapilla pobre y bajamos despacio una ancha escalera de piedra. De pronto se abrió ante nosotros una inmensa galería, ancha y alta, cuyas paredes sostienen todo un pueblo de esqueletos vestidos de una manera extraña y grotesca. Los unos están colgados en el aire y los otros tendidos sobre cinco tablas de piedra superpuestas desde el

suelo hasta el techo. Una línea de muertos está en pie sobre la tierra: una línea compacta, cuyas espantosas cabezas parece que hablan. Unas están roídas por vegetaciones asquerosas que desfiguran más todavía las mandíbulas y los huesos, otras conservan sus cabellos, otras un rastro de bigote y otras un mechón de barba.

Éstas miran al espacio con sus ojos vacíos; aquéllas los tienen bajos; unas hay que parece se ríen atrocemente, mientras que otras están retorcidas por el dolor, y todas revelan un espanto sobrehumano.

Y están vestidos estos muertos, estos pobres muertos asquerosos y ridículos, por su familia que los ha sacado del ataúd para que formen parte en tan espantosa asamblea. Casi todos tienen una especie de hábito negro, cuyo capuchón está a veces echado sobre la cabeza. Pero los hay mejor vestidos; y el miserable esqueleto, cubierto con un gorro griego bordado, y envuelto en un traje de rico hacendado, tendido sobre la espalda, parece dormir en un sueño terrible y cómico a la vez.

Una tablilla de ciego, colgada del cuello, tiene su nombre y la fecha de su muerte. Estas fechas producen escalofríos, que penetran hasta los huesos. Se lee: 1880, 1881, 1882.

He aquí un hombre, lo que era un hombre, hace ocho años. Aquello vivía, reía, hablaba, comía, bebía, estaba lleno de alegría y de esperanza. ¡Y vedlo ahora! Ante esa doble línea de seres incalificables, están amontonados ataúdes, y cajas, lujosos ataúdes de madera negra, con adornos de cobre y tragaluces de vidrio, para que se vea el interior. Dijérase que son maletas; maletas de salvajes, compradas en algún bazar por los que preparan el gran viaje, como se habría dicho en otro tiempo.

Pero otras galerías se abren a derecha e izquierda, prolongando indefinidamente este inmenso cementerio subterráneo.

Y he aquí a las mujeres más grotescas aún que los hombres, porque se las ha adornado con coquetería. Las cabezas os miran encerradas en gorros con encajes y cintas de nivea blancura colocados alrededor de aquellos rostros negros podridos, roídos por la extraña labor de la tierra.

Las manos, semejantes a raíces de árboles cortadas, salen de las mangas del vestido nuevo, y las medias, que contienen los huesos de las piernas, parecen estar vacías. A veces, el muerto no lleva más que zapatos; zapatos enormes para aquellos pobres pies secos.

He aquí también a las jóvenes, a las asquerosas jóvenes, con sus adornos blancos, sustentando alrededor de la frente una corona de metal símbolo de la inocencia. Parecen viejas, ¡tan espantosas con sus gestos! Tienen dieciséis, dieciocho y veinte años. ¡Qué horror!

Pero llegamos a una galería llena de pequeños ataúdes de cristal: son los niños. Los huesos, apenas endurecidos, no han podido resistir. Y no se sabe bien lo que se ve. Tan informes están, aplastados y horribles los miserables muchachos. Pero las lágrimas asoman a vuestros ojos, porque las madres los han vestido con los trajecitos que llevaban en los últimos días de su vida. ¡Y ellas vienen a verlos así, a sus hijos!

A menudo, junto al cadáver, hay colgada una fotografía que le presenta tal cual era; y nada es más conmovedor, más terrible que este contraste, que este paralelo, que las ideas despertadas en nosotros por semejante comparación.

Atravesamos una galería más sombría, más baja, que parece estar reservada para los pobres. En un negro rincón hay unos veinte juntos, colgados debajo de un tragaluz, que les arroja el aire del exterior a grandes bocanadas. Están vestidas con una especie de tela negra, atada a los pies y al cuello, y tendidos unos sobre otros. Parece que tiritan, que quieren escapar, que piden socorro. Cualquiera creería que constituyen la tripulación ahogada de algún navío, azotada todavía por el

viento, envuelta en la tela oscura y embreada que llevan los marineros en las tempestades, y sacudida aún por el terror del último instante, cuando la mar se apoderó de ella.

He aquí además el lugar de los sacerdotes. ¡Una gran galería de honor! A primera vista, parecen más terribles que los otros, cubiertos con sus ornamentos sagrados, negros, rojos y de color de violeta. Pero mirándolos uno después de otro, una risa nerviosa e irresistible se apodera de vosotros, ante sus actitudes extrañas y verdaderamente cómicas. He aquí que cantan; he aquí que rezan. Se les ha levantado la cabeza y cruzado las manos. Tienen cubierta la cabeza con el bonete, que colocado en la descarnada frente, tan pronto se inclina hacia la oreja, de un modo grotesco, como sobre las narices,. Aquello es el carnaval de la muerte, que torna más ridícula la riqueza de los trajes sacerdotales.

De vez en cuando, al parecer, rueda una cabeza por el suelo, porque las cintas del cuello han sido roídas por los ratones. Millares de ratones viven en aquella carnicería humana.

Me enseñaron un hombre muerto en 1882. Algunos meses antes, alegre y sano, había venido a elegir su puesto, acompañado de un amigo: “Aquí estaré yo”, decía riéndose.

El amigo vuelve solo ahora y mira durante horas enteras el inmóvil esqueleto, de pie en el lugar indicado.

En ciertos días de fiesta, las catacumbas de los capuchinos están abiertas al público. Un borracho se durmió en aquel sitio y despertó a medianoche. Llamó, gritó lleno de espanto, corrió por todas partes tratando de huir. Pero nadie le oyó. Le encontraron a la mañana siguiente agarrado de tal modo a la verja de entrada, que se necesitaron grandes esfuerzos para desasirle.

Estaba loco.

Desde aquél día, han colgado una enorme campana junto a la puerta.

Después de esta siniestra visita, sentí deseo de ver flores y me hice llevar a la quinta Tasca, cuyos jardines, situados en medio de un bosque de naranjos, están llenos de admirables plantas tropicales.

Al volver hacia Palermo, vi a mi izquierda una pequeña ciudad en medio de un monte, y, sobre la cumbre de éste, una ruina. Esta ciudad es Monreale, y esta ruina Castellaccio, el último refugio donde se ocultaron los últimos bandidos sicilianos, según me han dicho.

El poeta Theodore de Banville ha escrito un tratado de prosodia francesa, que deberían saber de memoria todos los que tuvieran la pretensión de hacer rimar dos palabras juntas. Uno de los capítulos de este excelente libro se titula: *De las licencias poéticas*; al volver la página se lee:

“No existen”.

Así, cuando se llega a Sicilia, pregunto tan pronto con curiosidad como con inquietud:

—¿Dónde están los bandidos?

Y todo el mundo os contesta:

—No existen.

No existen ya, en efecto, hace cinco o seis años. Gracias a la complicidad oculta de varios propietarios cuyos intereses solían servir ellos, han podido mantenerse en las montañas de Sicilia hasta la llegada del general Palavicini, que manda todavía en Palermo. Pero este oficial los ha perseguido y tratado con tanta energía que los últimos han desaparecido en poco tiempo.

Hay a menudo, es verdad, ataques a mano armada y asesinatos en este país; pero son crímenes comunes, que provienen de malhechores aislados y no de partidas organizadas como en otro tiempo.

En suma, Sicilia es tan segura para el viajero, como Inglaterra, Francia, Alemania o Italia; y los que desean aventuras a lo Fra Diavolo deben ir a buscarlas a otra parte.

En realidad, el hombre está casi seguro en todas partes menos en las grandes ciudades. Si se contaran los viajeros detenidos y despojados por los bandidos en las comarcas salvajes, los asesinados por las tribus errantes del desierto, y se compararan los accidentes ocurridos en los países reputados como peligrosos, con los que han acaecido, en un mes, en Londres, en París, en Nueva York, se vería cuán inocentes son las regiones temidas.

Moralidad: si investigáis las puñaladas y las prisiones, id a París y a Londres, pero no a Sicilia. Se puede en este país recorrer las calles de día y de noche sin escolta ni armas; no se encuentran más que gentes llenas de benevolencia para el extranjero, a excepción de ciertos empleados de correos y telégrafos. Digo esto únicamente por los de Catania.

Una de las montañas que dominan a Palermo sostiene en mitad de su altura una pequeña ciudad célebre por sus monumentos antiguos: Monreale. En los alrededores de esta ciudad andaban en operaciones los últimos malhechores de la isla. Se ha conservado la costumbre de colocar centinelas a lo largo del camino que conduce allí. ¿Se quiere con eso, tranquilizar a los viajeros, o asustarlos? Lo ignoro.

Los soldados, esparcidos por las revueltas del camino, hacen pensar en la legendaria centinela del ministerio de la Guerra en Francia. Hace diez años, sin que se supiera por qué, se colocaba cada día un soldado de centinela en el corredor que conducía al apartamento del ministro, con orden de alejar de la pared a los que pasaban. Ahora bien, un nuevo ministro, de espíritu inquisidor, sucesor de otros cincuenta que habían pasado sin asombro delante de la guardia, preguntó la causa de esta vigilancia.

Nadie pudo decírselo, ni el jefe del gabinete, ni los jefes de las oficinas pegados a sus butacas durante medio siglo. Pero un ujier, hombre de recuerdo, que escribía tal vez sus memorias, se acordó de que habían puesto allí soldados en otro

tiempo, porque acababan de pintar la pared y la mujer del ministro se había manchado el traje. La pintura se había secado, pero el centinela permanecía.

Así han desaparecido los bandidos, pero la guardia permanece en el camino de Monreale. Este camino da vuelta a la montaña, llegando a la ciudad muy original, muy coloreada y muy sucia. Las calles, en forma de escalera, parecen estar empedradas con puntiagudos dientes. Los hombres llevan la cabeza envuelta en un pañuelo rojo.

La catedral es un gran monumento de más de cien metros de largo, en forma de cruz latina con tres ábsides y tres naves, separados por dieciocho columnas de granito oriental que se apoyan en una base de mármol blanco y en el zócalo cuadrado de mármol gris. El portal verdaderamente admirable tiene magníficas puertas de bronce, construidas por *Bonannus, civis Pisanus*.

El interior de este monumento es de lo más completo que puede verse, de lo más rico y sorprendente, como decorado de mosaico en fondo de oro.

Estos mosaicos, los más grandes de Sicilia, cubren por completo las paredes en una superficie de seis mil cuatrocientos metros. Imagínense estos inmensos y soberbios adornos, representando en toda la iglesia la historia fabulosa del Antiguo Testamento, del Mesías y de los Apóstoles. Sobre el cielo de oro, que abre alrededor de las naves un horizonte fantástico, se ven destacarse, más grandes que de tamaño natural, a los profetas que anuncian a Cristo, y a los que vivieron en torno de él.

En el fondo del coro, una inmensa figura de Jesús, que se parece a Francisco I, domina toda la iglesia, pareciendo llenarla y abrumarla; tan enorme y poderosa es esta extraña imagen.

Es de sentir que el techo, destruido por un incendio, haya sido retocado tan torpemente. El tono chillón de los dorados y

de los colores, demasiado vivos, es de lo más desagradable para la vista.

Muy cerca de la catedral, se entra en el antiguo claustro de los Benedictinos.

Que los que gustan de los claustros vayan a pasearse a éste y olvidarán casi todos los que hayan visto antes.

¿Cómo no adorar los claustros, esos lugares tranquilos, cerrados y frescos, inventados, según parece, para hacer brotar el pensamiento, que corre por los labios profundo y claro, mientras se camina despacio bajo las interminables arcadas melancólicas?

¡Cuán bien creadas parecen, para engendrar la ilusión, esas calles de piedra, esas calles de menudas columnas que encierran un jardincito, el cual hace descansar la vista sin extraviarla, sin arrastrarla, sin distraerla!

Pero los claustros de nuestros países tienen a veces una severidad demasiado triste; hasta los más bellos, como el de San Wadrile, en Normandía, encogen el corazón y entristecen el alma.

Que se vaya a visitar el claustro de la cartuja de la Verne, en las salvajes montañas de los moros. Da frío hasta en los huesos.

Al contrario, el maravilloso claustro de Monreale produce en el alma una sensación tal de bienestar, que se desearía permanecer allí indefinidamente. Es grande, enteramente cuadrado, de una elegancia delicada y linda, y quien no le ha visto no puede adivinar lo que es la armonía de una columnata. La exquisita proporción, la increíble esbeltez de todas estas ligeras columnas pareadas y diferentes, revestidas de mosaicos las unas, desnudas las otras; éstas cubiertas de esculturas de incomparable delicadeza; aquéllas adornadas con su sencillo dibujo de piedra que sube alrededor enroscándose como una planta, maravillan la mirada, la cautivan, la encadenan y

engendran esa alegría artista que las cosas de gusto hacen penetrar en el alma por los ojos.

Lo mismo que todas esas parejas de columnatas, los capiteles, de preciosos trabajo, son diferentes. Ya se asombra uno al mismo tiempo, cosa rara del admirable efecto del conjunto y de la perfección de los detalles.

No se puede mirar esa obra maestra de graciosa belleza sin pensar en los verso de Victor Hugo sobre el artista griego que supo poner:

*Algo hermoso como una sonrisa humna
en el perfil de los Propyleos.*

Este delicioso lugar está encerrado entre elevadas paredes muy viejas, con arcadas ojivales; esto es todo lo que hoy queda del convento.

Sicilia es la patria, la verdadera y única patria de las columnatas. Todos los patios interiores de los antiguos palacios y casas de Palermo las tienen admirables; columnas que serían célebres en cualquier otra parte fuera de esta isla, tan rica en monumentos.

El pequeño claustro de la iglesia de San Giovanni degli Eremiti, una de las más antiguas iglesias normandas de carácter oriental, aunque menos notable que el de Monreale, es todavía muy superior a cuanto yo conozco en este género.

Al salir del convento se penetra en el jardín, desde donde se domina todo el valle cuajado de floridos naranjos. Un ambiente continuo sube del embalsamado bosque, un soplo que embriaga al alma y turba los sentidos. El indeciso y poético deseo que persigue siempre al alma humana, que no la deja un punto, enloquecedor e inaprensible, parece estar apunto de realizarse. Este olor, al envolveros de repente, mezclando la delicada sensación de los perfumes con el gozo artístico del

espíritu, os mece durante algunos segundos en un bienestar de pensamiento y de cuerpo que es casi la felicidad.

Levanto los ojos hacia la alta montaña que domina la ciudad y veo en la cumbre la ruina que había visto la víspera. Un amigo que me acompaña pregunta a los habitantes, los que nos contestan que aquel viejo castillo fue, en efecto, el último refugio de los bandidos sicilianos. Aún hoy casi nadie sube a esa antigua fortaleza denominada Catellaccio. Ni siquiera se conoce bien el sendero porque está sobre una cima poco asequible. Queremos ir allí. Un palermitano que nos hace los honores de su país, se obstina en darnos un guía, y no pudiendo hallar uno que le parezca seguro del camino, se dirige sin advertírnoslo al jefe de policía.

Y de pronto, un agente, cuya profesión ignoramos, comienza a subir con nosotros la montaña.

Pero él también duda y se junta a otro en el camino, nuevo guía que conducirá al primero. Luego piden ambos señas a los aldeanos que nos encontramos y a las mujeres que pasan arreando a un burro que camina delante de ellas. Un cura aconseja, al guía, que sigamos derechos. Y nosotros subimos delante de nuestros guías.

El camino se torna casi impracticable. Hay que escalar rocas y elevarse a fuerza de puños, lo cual dura mucho tiempo. Un sol ardoroso, sol de Oriente, cae a plomo sobre nuestras cabezas.

Al cabo logramos nuestro deseo en medio de un sorprendente y soberbio caos de piedras enormes que salen del suelo, grises, redondas o puntiagudas, y aprisionan el salvaje y estropeado castillo en un extraño ejército de rocas que se extienden a lo lejos, por todas partes, alrededor de las paredes.

La vista de esta cumbre es de las más conmovedoras que puede uno encontrarse. En torno del erizado monte se abren profundos valles que encierran otros montes, alargando hacia Sicilia un horizonte infinito de picos y de cimas. Enfrente de

nosotros, la mar; a nuestros pies, Palermo. La ciudad está rodeada por ese bosque de naranjos que se llama la Cuenca del oro, y aquel bosque de verdura negra se extiende como una mancha sombría al pie de las montañas grises, de las montañas rojas, que parecen estar quemadas, bruñidas y doradas por el sol; tan desnudas y coloreadas se muestran.

Uno de nuestros guías ha desaparecido. El otro nos sigue por las ruinas. Estas son muy vastas y ofrecen un hermoso aspecto salvaje. Se comprende al penetrar allí que nadie las visita. Por todas partes cruje el suelo bajo los zapatos; de trecho en trecho se ven las entradas de los subterráneos. El hombre los examina con curiosidad y nos dice que muchos bandidos han vivido allí dentro hace algunos años. Aquél era su mejor refugio y el más temido. Cuando quisimos volver a bajar, se presentó el primer guía; pero nosotros rehusamos sus servicios, y descubrimos sin trabajo un sendero muy asequible que podría ser recorrido hasta por mujeres.

Los sicilianos parecen haberse complacido en aumentar y multiplicar las historias de bandidos para asustar a los extranjeros; y aún hoy se duda de entrar en esta isla tan tranquila como Suiza.

Véase la siguiente aventura, una de las últimas relativas a los malhechores. Yo garantizo su autenticidad.

Un entomólogo muy distinguido de Palermo, el señor Ragusa, había descubierto cierto coleóptero, que durante mucho tiempo fue confundido con el *Polyphylla Olivieri*. Poco después, un sabio alemán, el señor Kraaty, reconociendo que pertenecía a una especie muy diferente, quiso poseer algunos ejemplares y escribió a uno de sus amigos de Sicilia, al señor de Stephany, el cual se dirigió, a su vez, a don José Miraglia, suplicándole que le cogiera alguno de esos insectos. Pero los insectos habían desaparecido de la costa. Precisamente entonces, el señor Lomabardo Mortorana, de Trapazi, anunció al señor de Stephany que acababa de coger más de cincuenta *polyphylla*.

El señor de Stephany se apresuró a advertírselo al señor Miraglia, mediante la carta siguiente:

“Mi querido José:

El *Polyphylla Olivieri*, que ha tenido conocimiento de tus intenciones mortíferas, ha tomado otro camino, yendo a refugiarse a la costa de Trapani, donde mi amigo Lombardo ha capturado ya más de cincuenta individuos.”

Aquí toma la aventura su aspecto tragicómico, de inverosimilitud épica.

A la sazón, los alrededores de Trapani eran recorridos, según parece, por un bandido llamado Lombardo.

Ahora bien: el señor Miraglia echó al cesto la carta de su amigo. El criado vació el cesto en la calle, donde el traperero recogió lo que había y se lo llevó a la llanura. Viendo en el campo cierto aldeano un hermoso papel azul, apenas arrugado, lo recogió y se lo guardó en el bolsillo por precaución o por necesidad instintiva de lucro.

Transcurrieron algunos meses; y habiendo sido llamado este hombre a la cuestura, dejó caer al suelo la carta. La cogió un gendarme y la presentó al juez, el cual se fijó en las palabras: *intenciones mortíferas, tomando otro camino, refugiarse, cogido, Lombardo*. El aldeano fue preso, interrogado e incomunicado. No confesó nada y se instruyó un grave proceso. Los magistrados publicaron la carta sospechosa; pero como habían leído “Petronilla Olivieri”, en vez de “Polyphylla”, permanecieron callados los entomólogos.

Al cabo se descifró la firma del señor de Stephany, el cual fue llamado al tribunal. No fueron admitidas sus explicaciones. El señor Miraglia, citado a su vez, acabó por aclarar el misterio.

El aldeano había estado tres meses preso.

Uno de los últimos bandidos sicilianos fue, pues, en verdad, una especie de saltón, conocido de los hombres de ciencia por el nombre de *Polyphylla Ragusa*.

Nada menos peligroso hoy que recorrer esta Sicilia tan temida, ora en coche, ora a caballo, ora andando. Todas las excursiones más interesantes pueden realizarse casi por completo en coche. La primera que debe hacerse es la del templo de Ségeste.

Tantos poetas han cantado a Grecia, que todos nosotros conservamos su imagen, todos creemos conocerla un poco, y cada cual la ve en sueños como la desea.

Para mí, Sicilia ha realizado este ensueño; ella me ha mostrado Grecia, y cuando pienso en esta tierra tan artista, se me antoja que veo montañas de líneas dulces, de líneas clásicas, y sobre las cumbres, templos, esos templos severos, algo pesados, quizá, pero admirablemente majestuosos, que aparecen por todas partes en esta isla.

Todo el mundo ha visto a Pastum y admirado las tres soberbias ruinas caídas en aquella llanura desnuda, que la mar prolonga a los lejos y que está encerrada, al otro lado, en un ancho círculo de azuladas montañas. Pero si el templo de Neptuno se conserva mejor y es más puro (así dicen) que los templos de Sicilia, se hallan estos colocados en paisajes tan maravillosos, tan sorprendentes, que nada en el mundo puede hacer imaginar la impresión que dejan en el ánimo.

Cuando se sale de Palermo, se encuentra primeramente el vasto bosque de naranjos, llamado la Cuenca del Oro; luego, el ferrocarril sigue la orilla, una orilla de montañas rojas y de rocas del mismo color. La vía se inclina después hacia el interior, y se baja uno de la estación de Alcamo-Calatafini.

En seguida se camina a través de un país desigual como un mar de monstruosas e inmóviles olas. Ni un bosque, pocos árboles, pero si viñas y cosechas; y el camino asciende entre dos líneas interrumpidas de floridos álces. Se dijera que una consigna ha corrido entre ellos para hacerles brotar hacia el cielo en el mismo año, tal vez en el mismo día, formando enorme y extraña columna que los poetas han cantado tanto. Se

sigue en lontananza la multitud infinita de esas plantas guerreras, espesas, agudas, armadas y acorazadas, que parecen llevar su bandera de combate.

Después de unas dos horas de camino, se descubren repentinamente dos altas montañas, unidas por dulce pendiente que cruza desde una cumbre a otra, y en medio de este cruce, el perfil de un templo griego, de uno de esos potentes y hermosos monumentos que el pueblo divino levantaba a sus dioses humanos.

Para dar la vuelta a uno de estos montes hay que ir por un largo sendero apartado, y se descubre de nuevo el templo, que se presenta entonces de frente. Ahora semeja que está apoyado en la montaña, aunque una profunda zanja le separa de ella; pero aquella se extiende detrás de él, y por encima le estrecha, le rodea, le alberga, y parece que le acaricia. El templo se destaca admirablemente con sus treinta y seis columnas dóricas, sobre la inmensa alfombra verde que sirve de fondo al enorme monumento en pie, solitario en esta campiña ilimitada.

Cuando se ve este grandiosos y sencillo paisaje, parece que no se podía colocar allí mas que un templo griego, que sólo allí podía ser construido.

Los maestros decoradores que han enseñado el arte a la humanidad, muestran, sobre todo en Sicilia, cuán profunda y refinada ciencia tenían del efecto escénico. Pronto hablaré de los templos de Girgenti. El de Ségeste parece haber sido colocado al pie de esta montaña por un hombre de genio que hubiese tenido la revelación del punto único donde debía ser levantado. Él anima por sí solo la inmensidad del paisaje, prestándole vida y hermosura.

En la cumbre del monte, cuyo pie se ha seguido para llegar al templo, se hallan las ruinas del teatro.

Cuando se visita un país que los griegos han habitado o colonizado, basta buscar sus teatros, para encontrar los más hermosos puntos de vista.

Si colocaban sus templos, precisamente en el lugar donde podían producir mejor efecto, donde debían adornar mejor el horizonte; situaban, por el contrario, sus teatros, justamente en el sito desde donde podía la mirada sentirse más impresionada por las perspectivas.

El de Ségeste, en la cumbre de una montaña, forma al centro de un anfiteatro de montes, cuya circunferencia alcanza al menos ciento cincuenta o doscientos kilómetros. Se descubren aún otras cimas a lo lejos, detrás de las primeras; y en una ancha bahía, frontera al espectador, aparece el mar azul, entre las verdes cimas.

Al día siguiente del en que se ha visto a Séfeste, puede visitarse a Salinonte, inmenso montón de columnas derribadas, caídas unas en línea, por parejas, cual soldados muertos, desmoronadas en caos otras.

Estas ruinas de gigantescos templos, los más vastos que hay en Europa, ocupan una llanura entera, y cubren además una cuesta al fin de la llanura. Siguen la ribera, larga, de arena pálida, donde están amontonadas algunas barcas pescadoras, sin que sea fácil descubrir dónde moran sus dueños. Este informe montón de piedras no puede interesar, por lo demás, sino a los arqueólogos o a las almas poéticas, a quienes conmueven todas las huellas de lo pasado.

Pero Girgenti, la antigua Agrigente, colocada como Selinonte, en la costa sur de Sicilia, ofrece el más asombroso conjunto de templos que es dado contemplar.

Sobre la cresta de una costa larga, pedregosa, desnuda y roja, con un rojo ardiente, sin una hierba, sin un arbusto, y que domina el mar, la playa y el puerto, tres soberbios templos dibujan, vistos desde abajo, sus grandes siluetas de piedra en el cielo azul de los países cálidos.

Parece que están de pie en el aire, en medio de un paisaje magnífico y desierto. Todo está muerto, árido, y amarillo, alrededor, delante, y detrás de ellos. El sol ha quemado y roído

la tierra. ¿Es el sol lo que ha roído al suelo, o el fuego profundo que arde siempre en las venas de aquella isla de volcanes? Porque, por todas partes, en torno de Girgente, se extiende la singular comarca de las minas de azufre. Aquí es de azufre la tierra, las piedras, la arena; todo, en una palabra.

Los templos, eternas viviendas de los dioses, muertos como sus hermanos los hombres, permanecen sobre su salvaje colina, apartados unos de otros por la distancia de medio kilómetro poco más o menos.

He aquí, en primer lugar, el de Juno Lacinia, que encerró, según dicen, el famoso cuadro de Juno, por Euxis, el cual había tomado como modelos a las cinco muchachas más hermosas de Acras.

Después del templo de la Concordia, uno de los mejor conservados de la antigüedad, porque sirvió de iglesia en la Edad Media.

Más tarde, los restos del templo de Hércules.

Y, por último, el templo gigantesco de Júpiter, alabado por Polybio y descrito por Diodoro, construido en el siglo V, y el cual contiene treinta y ocho medias columnas de seis metros cincuenta centímetros de circunferencia. Un hombre puede estar de pie en cada canal.

Sentado al borde del camino que corre al pie de esta sorprendente costa, se queda uno a fantasear ante estos admirables recuerdos del más grande de los pueblos artistas. Se dijera que tiene uno delante al Olimpo entero, al Olimpo de Homero, de Ovidio, de Virgilio, al Olimpo de los dioses seductores, carnales, apasionados como nosotros, hechos como nosotros, que personificaban poéticamente todas las ternuras de nuestro corazón, todos los ensueños de nuestra alma, todos los instintos de nuestros sentidos.

La antigüedad entera se yergue bajo aquel antiguo cielo. Una emoción poderosa y singular se apodera del ánimo, algo así como deseo de arrodillarse ante aquellos augustos restos,

ante aquellos restos dejados por los maestros de nuestros maestros.

No hay duda, Sicilia es ante todo una tierra divina, pues si en ella se encuentran esas últimas viviendas de Juno, de Júpiter, de Mercurio o de Hércules, se encuentran también las más notables iglesias cristianas del orbe. Y el recuerdo que os queda de las catedrales de Cefalu, o de Monrewale, o de la capilla Palatina, esa excepcional maravilla, es más potente y vivo aún que el recuerdo de los monumentos griegos.

Al extremo de la colina de los Templos de Girgenti, comienza una sorprendente comarca que parece el propio reino de Satán, pues si, como se creía en otro tiempo, habita el diablo en un vasto país subterráneo, lleno de azufre fundido, donde hace hervir a los condenados, no hay duda de que es en Sicilia donde ha establecido su misterioso domicilio.

Sicilia suministra casi todo el azufre del mundo. A millares se encuentran las minas de azufre en esta isla de fuego.

Inmediatamente, a pocos kilómetros de la ciudad se encuentra una extraña colina llamada Maccaluga, compuesta de arcilla y caliza, y cubierta de pequeños conos de dos o tres pies de altura. Diríase que son pústulas, una monstruosa enfermedad de la naturaleza; pues todos los conos dejan correr hirviente lodo, semejante a una espantosa supuración del suelo; y lanzan a veces piedras a gran altura, y roncan de modo extraño, soplando gas. Parece que gruñen, sucios, avergonzados, pequeños volcanes bastardos y leprosos, aviesos reventados.

Luego vamos a visitar las minas de azufre. Entramos en las montañas. Se ofrece a nuestra vista un país de verdadera desolación, una miserable tierra que parece maldita, condenada por la naturaleza. Los valles se abren grises, amarillos, pedregosos, siniestros, llevando el sello de la reproducción divina, con un soberbio carácter de soledad y de pobreza.

Se distinguen al cabo, de sitio en sitio, algunas construcciones feas y muy bajas. Son las minas. Se cuentan, según parecen, más de mil en este rincón del país.

Al penetrar en el recinto de una de ellas, lo primero que se ve es un singular montecillo, grisáceo y humeante. Es un verdadero manantial de azufre, debido al trabajo humano.

He aquí como lo obtienen. El azufre, al salir de las minas, es negruzco y está mezclado con tierra, con caliza, etc., y forma una especie de piedra dura. En cuanto lo traen de las galerías, construyen una elevada pira, a la cual prenden fuego. Entonces un incendio lento, continuo, profundo, roe, durante semanas enteras, el centro de la montaña artificial, y desprende el azufre puro, que entra en fusión y corre, como agua, por medio de un canalito.

Tratan de nuevo, el producto así obtenido, en cubas donde hierve y acaba de purificarse.

La mina donde se verifica la extracción, se parece a todas las minas. Se baja por una estrecha escalera, de peldaños desiguales y enorme, a pozos abiertos en pleno azufre. Los pisos superiores se comunican por anchos agujeros que transmitan aire a los más profundos. Se ahoga uno, sin embargo, al verificar el descenso; se ahoga y le sofoca la asfixia de las emanaciones sulfurosas y del horrible calor de estufa, que acelera los latidos del corazón y cubre de sudor la piel.

De vez en cuando, se encuentran varios muchachos que suben la penosa escalera cargados con cestos. Van jadeantes esos miserables muchachos, agobiados bajo el peso de la carga. Tienen diez, doce años, y repiten quince veces en un mismo día el abominable viaje, mediante una cantidad por cada descenso. Son pequeños, delgados, amarillos, con ojos enormes y relucientes, rostros finos, con ojos tan relucientes como sus miradas.

Esta irritante explotación de la infancia es una de las cosas más tristes que pueden verse.

Pero existe otra costa de la isla, o más bien dicho, a algunas horas de la costa, un fenómeno natural tan prodigioso, que hace olvidar aquellas minas envenenadas donde se asesinan niños. Me refiero al Volcano, fantástica flor de azufre, abierta en plena mar.

Se sale de Mesina a medianoche en un sucio vaporcillo, donde los pasajeros de primera no encuentran siquiera bancos para sentarse en el puente.

Ni el menor soplo de brisa; solo la marcha del barco turba la calma del aire dormido sobre el agua. Las costas de Sicilia y las de Calabria exhalan tan penetrante olor a naranjos floridos, que todo el estrecho está perfumado como la habitación de una mujer. Pronto se aleja la ciudad, pasamos entre Sicilia y Caribdis, las montañas se abaten detrás de nosotros, y encima de ellas asoma la cima aplastada y cubierta de nieve del Etna, que parece estar envuelto en plata, bajo la claridad de la luna llena.

Luego se dormita un poco, mecido por el ruido monótono de la hélice, para abrir de nuevo los ojos a la luz del naciente día.

Ved allá abajo, fronteras a nosotros, las islas Lipari, La primera a la izquierda, y la última a la derecha, despiden hacia el cielo una espesa humareda blanca. Son el Volcano y el Stromboli. Entre estos dos volcanes se distingue Lilparei, Filicuri, Alicuri y algunos islotes muy bajos.

Y el barco se detiene pronto ante la isla y la ciudad de Lipari.

Algunas casas blancas al pie de una gran cuesta verde. Nada más. No hay posada alguna, porque ningún extranjero visita esta isla.

Es fértil, encantadora, está rodada de admirables rocas de formas extrañas y de color rojo, potente y suave. Se encuentran

allí aguas termales que fueron visitadas en otros tiempos, antes de que el obispo Todaso hiciera destruir los baños, a fin de sustraer a este país a la influencia y afluencias extranjeras.

Liopari está limitada al Norte por una singular montaña blanca, que se podría tomar de lejos por una montaña de nieve, bajo un cielo más frío. De allí sacan la piedra pómez para todo el mundo.

Yo alquilo una barca par ir a visitar el Volcano.

Arrastrada por cuatro remeros, sigue la barca la fértil costa, plantada de viñas. Los reflejos de las rocas encarnadas producen extraño efecto en el mar azul. Ved el pequeño estrecho que separa las dos islas. El cono del Volcano sale de las ondas, como un volcán sumergido hasta la cabeza.

Es un islote salvaje, cuya cima alcanza próximamente 400 metros, y cuya superficie es de unos 20 kilómetros cuadrados. Se da vuelta, antes de llegar a él, a otro islote, el Volcanello, que surgió bruscamente del mar hacia el año 200 antes de Jesucristo, y al cual une con su hermano mayor una estrecha lengua de tierra, barrida por las olas en los días de tempestad.

Henos aquí en el fondo de una llanura, frente al cráter que humea. A sus pies, una casa habitada por un inglés, que duerme al parecer en este momento, sin lo cual no podría yo subir al volcán que este industrial explota; pero duerme, y atravieso un gran huerto, algunas viñas y un verdadero bosque de esparto en flor, propiedad del inglés. Parece una inmensa banda amarilla, arrollada al puntiagudo cráter, cuya cabeza es también amarilla, de un todo que deslumbra bajo el resplandeciente sol. Y comienzo a subir por estrecho sendero que serpentea entre la ceniza y la lava; va, viene y vuelve, escarpado, resbaladizo y duro. A veces, como se ve en Suiza brotar torrentes de las cimas, se distingue una inmóvil cascada de azufre, que ha brotado por una abertura.

Parecen arroyos de magia, luces cuajadas, torrentes de sol.

Al cabo llego a la cima, una ancha plataforma alrededor del gran cráter. El suelo tiembla, y ante mí, por una boca, grande como la cabeza de un hombre, se escapa con violencia un inmenso chorro de llama y de vapor, mientras que se ve salir de los labios de esta boca el azufre líquido, dorado por el fuego, que forma alrededor del fantástico manantial, un lago amarillo que no tarda en endurecerse.

Más lejos, otras bocas escupen también vapores blancos, que suben perezosamente por el aire azul.

Avanzo con temor sobre la cálida ceniza y la lava hasta el borde del enorme cráter. Nada más sorprendente puede ofrecerse a la vista humana.

En el fondo de aquel inmenso tonel llamado *La Fossa*, de quinientos metros de ancho y de doscientos cincuenta aproximadamente de profundo, una docena de aberturas y de anchos agujeros redondos vomitan fuego, humo y azufre con un ruido formidable de calderas.

Se desciende a lo largo de las paredes de este abismo y se pasea uno hasta el borde de las furiosas bocas del volcán. Todo es amarillo en torno de mí, bajo mis pies y sobre mi cabeza, amarillo que deslumbra y enloquece. Todo es amarillo: el sol, las elevadas murallas y el mismo cielo. El amarillo sol vierte su ardiente luz, que el calor de este tonel de azufre torna doloroso como una quemadura en el mugriento abismo. Y se ve hervir el líquido amarillo que corre, se ven formarse extraños cristales, hacer espuma brillante y extraños ácidos al borde de los labios rojos de los hogares.

El inglés, que duerme al pie del monte, coge, explota y vende estos ácidos, estos líquidos, todo lo que vomita el cráter; porque todo ello, según parece, vale dinero, mucho dinero.

Me vuelvo despacio, sin aliento, jadeante, sofocado por el ambiente irrespirable del volcán, y pronto, cuando llego a la

cima del cráter, distingo todas las Lipari amontonadas sobre las olas.

Allí abajo, enfrente, se alza el Stromboli, mientras que detrás de mí el gigantesco Etna parece estar mirando a lo lejos a sus nietos y a sus hijos.

Desde la barca, al regresar, descubrí una isla oculta detrás de Lipari. El barquero la denominó Salina. Sobre ella se recolecta el vino de malvasía.

Quise beber en su mismo manantial una botella de ese famoso vino. Se dijera que es jarabe de azufre. Es el vino de los volcanes, espeso, azucarado, y dorado y tan azufrado, que os queda el gusto en el paladar hasta la noche; el vino del diablo.

El sucio vapor que me ha traído me lleva. Primero miro al Stromboli, montaña redonda y elevada, cuya cabeza humea y cuyo pie se hunde en el mar. No es más que un enorme cono que sale del agua. En sus costados se distinguen algunas casas pegadas como conchas marinas en la superficie de una roca. Luego vuelvo los ojos hacia Sicilia, adonde voy, y no pueden apartarse ya del Etna, agazapado sobre ella, abrumándola con su formidable peso monstruoso y dominando con su cabeza cubierta de nieve las demás montañas de la isla.

Parecen enanas aquellas grandes montañas al lado de él; y él mismo me parece bajo en fuerza de ser tan ancho y pesado. Para comprender las dimensiones de tan enorme gigante preciso es verlo desde la mar.

A la izquierda se ofrecen las montuosas costas de Calabria, y el estrecho de Mesina se abre como la embocadura de un río. Se penetra en él para entrar en seguida en el puerto.

La ciudad no tiene nada de interesante. En el mismo día se toma el tren para Catana. Este camino sigue una costa admirable rodeada de extraños golfos poblados en el fondo de las bahías, junto a la arena, llena de pueblecitos blancos. Aquí está Taormina.

Si un hombre tuviera que pasar un solo día en Sicilia y preguntase qué hay que ver, le respondería yo sin vacilar que Taormina.

No es más que un paisaje, pero un paisaje donde se halla todo lo que parece creado en la tierra para seducir a los ojos, al espíritu y a la fantasía.

La ciudad está enclavada sobre una gran montaña, como si hubiera rodado de la cumbre, pero no se hace más que atravesarla, aunque contiene algunos lindos restos de lo pasado, y se va uno al teatro griego para ver allí la puesta del sol.

Ya he dicho al hablar del teatro de Ségeste, que los griegos sabían elegir como decoradores incomparables que eran, el único lugar donde debía ser construido el teatro, el lugar hecho para la felicidad de los sentidos artistas.

El de Taormina está colocado tan maravillosamente que no debe existir en el mundo entero otro punto comparable. Cuando se ha penetrado en su recinto, visitado la escena, la única que ha llegado hasta nosotros en buen estado, se suben las gradas caídas y cubiertas de hierba, destinadas en otro tiempo al público, las cuales podían contener treinta y cinco mil espectadores, y se mira entonces.

Se ve en primer término la ruina, triste, soberbia, desmoronada, donde permanecen en pie, blancas todavía, precisas columnas de mármol terminadas por sus capiteles; luego, por encima de las paredes, se distingue la mar en lontananza, la costa que llega hasta el horizonte sembrada de gigantes rocas, bordada de arenas doradas y cuajada de blancos pueblos; después, a la derecha, por cima de todo, dominándolo todo, llenando con su masa la mitad del cielo, el humeante Etna cubierto de nieve allá abajo.

¿Dónde están los pueblos que sabrían hacer hoy cosas semejantes? ¿Dónde están los hombres que sabrían construir para recreo de los pueblos edificios como éste?

Aquellos hombres, los antiguos, tenían un alma y unos ojos que no se parecían a los nuestros, y en sus venas, con su sangre, corría algo que ha desaparecido: el amor y la admiración de lo bello.

Pero salimos para Catana, donde quiero subir al volcán.

De vez en cuando entre dos montes, se le distingue coronado de una inmóvil nube de vapores salidos del cráter.

Por todas partes, alrededor de nosotros, el suelo está oscurecido por un color de bronce. El tren corre por una orilla de lava.

El monstruo está lejos sin embargo, a 36 o 40 kilómetros tal vez. Se comprende entonces cuán enorme es. Por su desmesurada boca negra ha vomitado, con interrupciones, ardiente oleaje de materias bituminosas, que corriendo por sus pendientes, ora dulces, ora rápidas, llenando los valles, sepultando pueblos, ahogando hombres como un río, ha venido a extinguirse en el mar, haciéndole retroceder. Ha formado rocas, montañas, hondonadas, esas lentas oleadas, pastosas y rojas, y oscurecidas al endurecerse; ha extendido en torno suyo un país negro y extraño, resquebrajado, elevado, tortuoso, inverosímil, dibujado por el azar de las seducciones y la espantosa fantasía de las cálidas lavas.

A veces permanece el Etna tranquilo durante siglos, soplando únicamente hacia el cielo el denso humo de su cráter. Bajo la influencia de las lluvias y del sol, se pulverizan las lavas de las antiguas corrientes y se vuelven una especie de ceniza, de tierra negra y arenosa, donde brotan olivos, naranjos, limoneros granados, viñas, cosechas, etcétera.

Nada más verde, nada más lindo, más encantador que Aci-Reale, en medio de un bosque de naranjos y olivos. Después, a través de los árboles, se distingue a veces ancha ola negra que ha resistido al tiempo, que ha conservado las formas de todos los hervideros, contornos extraordinarios, figuras de bestias enlazadas, de miembros retorcidos.

Aquí está Catania, una hermosa y vasta ciudad construida toda sobre lava. Desde las ventanas del Gran Hotel vemos la cima del Etna.

Antes de subir a él tracemos en algunas líneas su historia.

Los antiguos creían que era la fragua de Vulcano. Píndaro describe la erupción de 476, pero Homero no la menciona como volcán. Sin embargo, había obligado ya a los Sicanes a huir lejos de él antes de la época histórica. Se conocen unas ochenta erupciones.

Las más violentas fueron las de 396, 126 y 122 antes de J.C.; después las de 1169, 1329, 1537; y, sobre todo, la de 1669, que arrojó fuera de sus casas a más de 27.000 personas, haciendo perecer un gran número de ellas.

Entonces brotaron repentinamente de la tierra dos altas montañas, los montes Rossi.

En 1693 una erupción, acompañada de un terrible temblor de tierra, destruyó 40 ciudades aproximadamente y sepultó bajo los escombros cerca de 100.000 personas. En 1755 otra erupción causó nuevos y espantosos estragos. Las de 1792, 1843, 1852, 1865, 1874, 1879 y 1882 fueron también violentas y mortíferas. Tan pronto salen las lavas por el cráter grande, como brotan de las aberturas de 59 a 60 metros de anchura que hay en las laderas de la montaña, y se escapan de esas quebraduras corriendo hacia la llanura.

El 26 de mayo de 1879 comenzó a salir la lava por el cráter de 1874, pero pronto brotó por un nuevo cono de 170 metros de alto, elevado después mediante su esfuerzo, a una altura de 2.450 metros aproximadamente. La lava descendió rápidamente atravesando el camino de Linguaglossa y a Rondazzo, y se detuvo cerca de la ribera de Alcántara. La superficie de este torrente es de 22.860 hectáreas, aunque la erupción no duró más de diez días.

Entretanto, el cráter de la cima no despedía más que densos vapores, arena y cenizas.

Gracias a la excesiva galantería del señor Ragasa, miembro del Club Alpino y propietario del Gran Hotel, hemos verificado con extraordinaria facilidad la ascensión a este volcán, ascensión un poco pesada, pero nada peligrosa.

Un coche nos llevó primero a Nicolosi, atravesando campos y jardines llenos de árboles nacidos entre la pulverizada lava. De vez en cuando se atraviesan enormes torrentes cortados por quebraduras del camino. El suelo es negro por todas partes.

Después de tres horas de marcha y de fácil subida, se llega al último pueblo, al pie del Etna, Nicolosi, situado ya a 700 metros de altitud y a 14 kilómetros de Catania.

Allí se deja el coche para tomar guías y caballerías, así como también abrigos, medias y guantes de lana. Luego se prosigue la marcha.

Son las cuatro de la tarde. El ardiente sol de los países orientales cae sobre esta extraña tierra, la recalienta y la quema.

Las caballerías van despacio, con paso débil, en medio del polvo que se levanta alrededor de ellas como una nube. La última, que lleva los envoltorios y provisiones, se detiene a cada instante, pareciendo estar abrumada por la necesidad de repetir otra vez este inútil y penoso viaje.

En torno nuestro hay ahora viñas plantadas en la lava, nuevas las unas, viejas las otras. Luego se ve una landa de lava, cubierta de espartos floridos, una landa de oro; luego atravesamos el enorme torrente de 1882; y no podemos menos de asombrarnos ante aquel inmenso río, negro e inmóvil, hirviente y petrificado, venido de allá arriba, de la cumbre que humea, lejos, lejísimos, a unos 20 kilómetros de distancia. Ha seguido valles, costeados picos, atravesado llanuras este río; y héle aquí ahora cerca de nosotros, detenido repentinamente en su marcha, cuando su manantial de fuego se ha extinguido.

Subimos, dejando a la izquierda los montes Rossi, y descubriendo sin cesar otros innumerables montes,

denominados hijos del Etna por los guías, nacidos alrededor del monstruo que ostenta de esta suerte un collar de volcanes. Son 350 aproximadamente esos negros, hijos del abuelo, y mucho de entre ellos alcanzan la altura del Vesubio.

Ahora atravesamos un pequeño bosque, nacido también en la lava, y de pronto se levanta el viento. Es primero un soplo brusco y violento, seguido de un momento de calma; luego furiosa ráfaga, apenas interrumpida, que levanta y arrastra espesa nube de polvo.

Nos paramos detrás de un muro de lava, y permanecemos allí hasta la noche. Preciso es seguir adelante, aunque la tempestad continúa.

Y poco a poco se apodera de nosotros el frío, ese frío penetrante de las montañas que hiela la sangre y paraliza los miembros. Parece estar oculto, escondido en el viento, pica los ojos y muerde el cutis con su helada mordedura. Vamos envueltos en nuestros abrigos blancos como los de los árabes, con las manos enguantadas y la cabeza cubierta por un capuchón, dejando caminar a nuestras caballerías que continuamente tropiezan en el sendero desigual y oscuro.

He aquí al fin la casa del Bosco, especie de cabaña habitada por cinco o seis leñadores. El guía declara que es imposible ir más lejos por causa del huracán, y pedimos hospitalidad para pasar la noche. Los hombres se levantan, encienden lumbres, y nos ceden dos delgadísimos jergones que parecen estar rellenos de pulgas. Toda la cabaña se conmueve y retiembla con las sacudidas de la tempestad, y el aire pasa con furia por las desnudas tejas del tejado.

No veremos la salida del sol sobre la cumbre de la montaña.

Después de algunas horas de descanso, sin dormir, reanudamos la marcha. Ya es de día, y el viento se ha calmado.

En torno nuestro, se extiende ahora un país negro lleno de valles, que suben dulcemente hacia la región de las nieves que

brillan, deslumbradoras, al pie del último cono de 300 metros de altura.

Aunque el sol se eleva en medio de un cielo todo azul, el frío, el cruel frío de las grandes cimas, nos adormece los dedos y nos quema la piel. Nuestras caballerías, una detrás de la otra, siguen lentamente el tortuosos sendero, producto de los caprichos de la lava.

Llegamos a la primera llanura de nieve. Se evita mediante un rodeo, pero pronto la sigue otra, que hay que atravesar en línea recta. Las caballerías vacilan, la tantean con las patas, y avanzan con precaución. Súbitamente experimento la sensación de sumergirme en el suelo. Las dos patas de mi caballería, horadando la corteza que las soporta, han penetrado hasta el pecho. La bestia se cae espantada, se levanta, hunde de nuevo las cuatro patas, y torna a levantarse para seguir cayendo a cada instante.

Lo mismo acontece a las demás. Tenemos que saltar a tierra, calmarlas, ayudarlas y tirar de ellas. A cada momento, se sumergen hasta el vientre en esta blanca y fría espuma, donde nuestras piernas penetran a veces hasta las rodillas. Entre estos pasos de nieve que cubren los valles, volvemos a encontrar la lava, grandes llanuras de lava, semejantes a inmensos campos de terciopelo negro, que brillan bajo el sol con tanto resplandor como la misma nieve. Es la región desierta, la región muerta, que parece estar de luto, toda blanca y toda negra, deslumbradora, horrible, soberbia, inolvidable.

Después de cuatro horas de marcha y de esfuerzos llegamos a la Casa Inglesa, una casita de piedra, rodeada de hielo, casi sepultada bajo la nieve al pie del último cono que se alza detrás, enorme y recto, coronado de humo.

Aquí se pasa ordinariamente la noche, sobre un jergón, para ir a ver salir el sol al borde del cráter. Dejamos nuestras caballerías y comenzamos a subir la espantosa muralla de ceniza endurecida que cede a nuestros pies, donde no puede

uno agarrarse a nada, donde se retrocede un paso por cada tres que se adelantan. Se camina soplando, jadeante, clavando en el blando suelo el bastón de hierro, deteniéndose a cada instante.

Entonces hay que clavar el bastón entre las piernas para no resbalar y retroceder, pues la pendiente es tan rápida que ni siquiera puede uno permanecer sentado en ella. Se necesita cerca de una hora para recorrer estos trescientos metros. Hace ya un rato que sentimos en la garganta los vapores del azufre. Hemos notado, ora a la derecha, ora a la izquierda, grandes columnas de humo que salen por las aberturas del suelo, y hemos puesto las manos sobre grandes piedras que queman. Al fin llegamos a una estrecha plataforma. Ante nosotros, se eleva lentamente una espesa nube, como blanca cortina que asciende, que sale de la tierra. Avanzamos algunos pasos más con la nariz y la boca tapadas para que no nos asfixie el vapor del azufre; y de pronto, ante nuestros pies, se abre un prodigioso terrible abismo que mide unos cinco kilómetros de circunferencia. Se distingue apenas, a través de los sofocantes vapores, la otra orilla de este monstruoso agujero de 1500 metros de ancho, cuya recta pared se sumerge en la misteriosa y terrible región del fuego.

La bestia está en calma. Duerme en el fondo, muy en el fondo. Sólo el denso humo se escapa por la prodigiosa chimenea de 3.312 metros de alta.

Alrededor de nosotros el espectáculo es todavía más extraño. Toda la Sicilia está oculta entre brumas que se detienen al borde de las costas, velando únicamente la tierra, de suerte que estamos en pleno cielo, en medio de los mares, sobre las nubes, tan altos, tan altos, que el Mediterráneo, espacio por todas partes hasta perderse de vista parece también cielo azul. Estamos en pie sobre un monte sorprendente, salido de las nubes y sumergido en el cielo, en ese cielo que se extiende sobre nuestras cabezas, bajo nuestros pies, por todas partes.

Pero poco a poco las nubes esparcidas sobre la isla se elevan en torno nuestro, no tardando en encerrar al inmenso volcán en medio de un círculo de nubes. Ahora nos hallamos a nuestra vez, en el fondo de un cráter todo blanco, desde donde no se distingue más que el firmamento azul, allá abajo, cuando se mira al espacio.

Dicen que otros días el espectáculo es muy distinto.

Se aguarda la salida del sol que aparece detrás de las costas de Calabria. Estas proyectan a lo lejos su sombra en el mar hasta el pie del Etna, cuya sombría desmesurada silueta cubre a toda la Sicilia con su inmenso triángulo, que se borra a medida que el astro va elevándose. Se descubre entonces un panorama que tiene más de 400 kilómetros de diámetro y 1.300 de circunferencia, con Italia al Norte y las islas de Lipari, cuyos dos volcanes parece que saludan a su padre; después, al Sur, Malta, apenas visible. En los puertos de Sicilia, en el mar, parecen insectos los navíos.

Alejandro Dumas, padre, ha hecho una descripción muy feliz y entusiasta de este espectáculo.

Volvemos a bajar, tanto con la espalda como con los pies, el rápido cono del cráter, y entramos en seguida en el espeso cinturón de nubes que envuelve la cima del monte. Después de una hora de marcha a través de las brumas, lo hemos franqueado al fin y descubrimos, bajo nuestros pies, la verde isla, con sus golfos, sus cabos, sus ciudades, y el inmenso mar azul que la contiene.

De vuelta en Catania, salimos al día siguiente para Siracusa.

Por esta singular y preciosa ciudad debe terminarse toda excursión en Sicilia. Fue tan ilustre como las más grandes ciudades, y sus tiranos tuvieron reinados tan célebres como el de Nerón; produce un vino hecho célebre por los poetas; tiene, a orillas del golfo que domina, un riachuelo, el Anapo, donde

brotan el *papyrus*, secreto guardián del pensamiento y encierra en sus murallas una de las Venus más hermosas del mundo.

Mucha gente atraviesa continentes para ir en peregrinación a alguna estatua milagrosa; yo he tributado mi devoción a la Venus de Siracusa.

En el álbum de un viajero había visto yo la fotografía de esa sublime hembra de mármol, y me enamoré de ella como se enamora uno de una mujer. Ella tal vez fue la que me decidió a emprender este viaje; yo hablaba de ella y soñaba con ella a todas horas antes de haberla visto.

Pero llegamos demasiado tarde para entrar en el museo, confiado a los cuidados del sabio profesor Francisco Saverio Cavalari, el cual, Empédocles moderno, bajó a beber una taza de café en el cráter del Etna.

Tengo, pues, que recorrer la ciudad, construida sobre un islote y separada de tierra por tres murallas entre las cuales pasan tres brazos de mar. Es pequeña, linda, está sentada a la orilla del golfo, con jardines y paseos que bajan hasta las aguas.

Luego vamos a las Latomias, inmensas excavaciones a cielo abierto, que fueron primeramente canteras y se tornaron después en prisiones, donde estuvieron encerrados, durante ocho meses, después de la derrota de Nicias, los atenienses prisioneros, torturados por el hambre, la sed, el terrible calor de esta excavación, y el movedizo fango donde agonizaban.

En una de ellas, la Latomia del Paraíso, se observa, en el fondo de una gruta, una extraña abertura, denominada *La oreja de Dionisio*, el cual dicen que venía a escuchar al borde de ese agujero las quejas de sus víctimas. También corren otras versiones. Ciertos sabios ingeniosos pretenden que esta gruta, puesta en comunicación con el teatro servía de sala subterránea para las representaciones a las



La oreja de Dionisio

que ella prestaba el eco de su prodigiosa sonoridad; pues los menores ruidos alcanzan allí una resonancia sorprendente.

La más curiosa de las Latomias es seguramente la de los capuchinos, amplio y profundo jardín dividido por bóvedas, arcos y encerrado entre enormes y blancas rocas.

Algo más lejos están las Catacumbas, cuya extensión será de unas 200 hectáreas, y donde Cavalari descubrió uno de los más preciosos sarcófagos cristianos que se conocen.

Después se entra en el humilde hotel que domina el mar, y permanece uno largo trato fantaseando, viendo el ojo encarnado y el ojo azul de un navío anclado.

En cuanto llega la mañana, como nuestra visita está anunciada, nos abren las puertas del maravilloso palacio que contiene las colecciones y obras de arte de la ciudad, Al entrar en el museo, la distingo en el fondo de una sala, y tan hermosa como me la había imaginado.

No tiene cabeza, le falta un brazo, pero jamás se me ha ofrecido la forma femenina más admirable y tentadora.

No es la mujer poetizada, la mujer idealizada, la mujer divina o majestuosa como la Venus de Milo, sino la mujer tal como es, tal como se la ama, como se la desea, como se la quiere estrechar.

Es gruesa, con el pecho prominente, redondeadas las caderas y algo pesadas las piernas, es una Venus carnal que se imagina uno acostado viéndola en pie. Su brazo caído oculta el seno; con la mano que le queda levanta una tela y descubre, haciendo un ademán adorable, los encantos más misteriosos. Todo el cuerpo está hecho, concebido pensado para ese movimiento; todas las líneas se concentran en él, toda la idea converge allí. Este ademán sencillo y natural, lleno de pudor y de impudicia, que oculta y enseña, vela y revela, muestra y recata, parece definir toda la actividad de la mujer sobre la tierra.

Y el mármol está vivo, se le desea palpar con la certeza de que ha de ceder como si fuera carne.

Los riñones, sobre todo, están maravillosamente animados y son bellísimos. Se desarrolla con todo su encanto esa línea ondulante y gruesa de las espaldas femeninas que va desde la nuca hasta los talones, y que muestra, en el contorno de los hombros, en la redondez decreciente de los muslos y en la ligera curvatura de las pantorrillas adelgazadas hasta los tobillos, todas las modulaciones de la gracia humana.

Una obra de arte no es superior si no es al propio tiempo símbolo y expresión exacta de la realidad.

La Venus de Siracusa es una mujer, y el símbolo de la carne.

Ante la cabeza de la *Jaconde* se siente uno emocionado por no sé qué tentación de amor enervante y místico. Existen también mujeres vivas cuyos ojos nos infunden ese ensueño de irrealizable y misteriosa ternura. Se busca en ellas otra cosa detrás de lo que hay, porque parecen contener y expresar un poco de lo inaprensible ideal. Lo perseguimos constantemente sin poder alcanzarlo nunca, tras de todas las sorpresas de la belleza que parece contener el pensamiento, en lo infinito de la mirada, que no es más que un matiz del iris, en el encanto de la sonrisa nacida de un pliegue de los labios y de un relámpago de esmalte, en la gracia del movimiento hijo de la casualidad de la armonía de las formas.

Así, pues, los poetas, impotentes soñadores de lo imposible, se han sentido atormentados siempre por la sed del amor místico, La exaltación natural de un alma poética exasperada por la excitación artística que impele a esos seres inspirados a concebir una especie de amor nebuloso profundamente tierno, estático, nunca saciado, sensual sin ser carnal, de tal modo delicado que la menor cosa le hace desvanecerse, irrealizable y sobrehumano. Y estos poetas son tal vez los únicos hombres que no han amado nunca a una

mujer verdadera de carne y hueso, con sus cualidades, sus defectos, su talento restringido y encantador, sus nervios y su excitable sensibilidad.

Toda criatura ante la cual se exalta su ensueño es el símbolo de un ser misterioso pero ideal: el ser cantado por esos cantores de ilusiones. En esa viviente adorada por ellos, algo como la estatua pintada, imagen de un dios en cuya presencia se arrodilla el pueblo. ¿Dónde está ese Dios? ¿Cuál es ese Dios? ¿En qué parte del cielo habita lo desconocido que ellos, esos locos, han idolatrado siempre desde el primer soñador hasta el último? En cuanto tocan una mano que responde a su presión, vuela su alma al invisible sueño, lejos de la carnal realidad.

La mujer que ellos abrazan, la transforman, la completan, la desfiguran con su arte de poetas. No besan sus labios, sino los labios soñados. No es en el fondo de sus azules o negros ojos donde pierden su exaltado mirar, es en algo desconocido e imposible de conocer. El ojo de su querida no es más que el cristal por donde tratan de ver el paraíso del amor ideal.

Pero si algunas mujeres tentadoras pueden dar a nuestras almas esa rara ilusión, otras en cambio no hacen más que excitar en nuestras venas el amor impetuoso de donde sale nuestra raza.

La Venus de Siracusa es la perfecta expresión de esta poderosa, sana y sencilla belleza. Ese tronco admirable de mármol de Paros, es, según dicen la Venus Callipyge descrita por Ateneo y Lamprides, la cual fue dada por Heliogábalo a los siracusanos.

¡No tiene cabeza! ¿Qué importa? El símbolo se ha hecho así más completo. Es un cuerpo de mujer que expresa toda la poesía real de la caricia.

Schopenhauer ha dicho que la naturaleza, queriendo perpetuar la especie, ha hecho un ardid de la reproducción.

Esta forma de mármol, vista en Siracusa, es el ardid humano adivinado por el artista antiguo, la mujer que oculta y muestra a la vez el enloquecedor misterio de la vida.

¿Es un ardid? ¡Tanto peor! Llama a la hora, atrae a la mano, ofrece a los besos la papable realidad de su admirable carne, de la carne elástica y blanca, redonda y firme, deliciosa bajo la presión.

Es divina, no porque exprese un pensamiento sino simplemente porque es bella.

Y se piensa al admirar, en el carnero de bronce de Siracusa, el trozo más hermoso del museo de Palermo, trozo que parece contener también toda la animalidad del mundo. La poderosa bestia está acostada, con el cuerpo sobre sus patas, y la cabeza vuelta hacia la izquierda. Y esta cabeza de animal parece la cabeza de un dios, de un dios bestial, impuro y soberbio. La frente es ancha, los ojos rasgados, la nariz abultada, larga y fuerte, de una expresión prodigiosamente brutal. Los cuernos retorcidos hacia atrás, caen, se enroscan y encorvan, apartan sus agudas puntas bajo las débiles orejas que también se parecen a otros dos cuernos. Y la mirada de la bestia os penetra, estúpida, inquietante y dura. Se siente lo bravío al aproximarse a este bronce.

¿Quiénes son, pues, los dos maravillosos artistas que han formulado así, bajo dos aspectos tan diferentes, la sencilla belleza de la criatura?

Estos son las dos únicas estatuas que me han dejado, como seres, el ardiente deseo de volver a verlas.

En el instante de salir dirijo aún a esta pieza de mármol esa última mirada, desde la puerta, que se dirige a las mujeres amadas, al separarse de ellas, y monto en seguida en la barca para ir a saludar el *papyrus* de Anapo, cumpliendo así un deber de escritor.

Se atraviesa el golfo de un extremo a otro y se distingue en la desnuda y plana orilla, la embocadura de un pequeñísimo río, casi un arroyo, por donde la barca se dirige.

La corriente es dura de subir. Tan pronto se rema como se hace uso del bichero para resbalar sobre el agua, que corre rápida entre dos lomas cubiertas de flores amarillas, pequeñas y brillantes, dos lomas de oro.

Al pasar, rozamos con cañas que se inclinan y se levantan, y puesto el pie en el agua, con iris azules, de un azul brillante, sobre los cuales revolotean innumerables libélulas, con alas de cristal, nacaradas y temblorosas, del tamaño de un pájaro mosca. Ahora, sobre los dos taludes que nos aprisionan, brotan gigantes cardos y desmesurados albohóles, enlazando juntos las plantas de la tierra y las cañas del arrollo.

Debajo de nosotros, en el fondo del agua, hay un bosque de grandes hierbas ondulantes que se mueven y flotan, pareciendo nadar en la corriente que las agita.

Anapo se aparta después de la antigua Cyane, tributaria suya. Seguimos constantemente a golpes de bichero entre las lomas. El arroyo serpentea ofreciendo encantadores puntos de vista, lindas y floridas perspectivas. Una isla aparece al fin llena de raros arbustos. Los débiles y triangulares tallos de nueve a doce pies de altura, tienen en la parte superior penachos redondos como cabellos. Parecen cabezas humanas convertidas en plantas, arrojadas al agua sagrada del manantial, por uno de los dioses paganos que allí vivían en otro tiempo. Es el antiguo *papyrus*.

Los aldeanos llaman a esta planta *parruca*.

Más lejos hay otras, un bosque entero. Tiemblan, murmuran, se inclinan, mezclan sus peladas frentes, las tropiezan, parece que hablan de cosas desconocidas y lejanas.

¿No es extraño que el venerable arbusto que nos trajo el pensamiento de los muertos y fue el guardián del genio

humano, tenga, sobre su débil cuerpo de arbolillo, una gran cabellera espesa y flotante como la de los poetas?

Volvemos a Siracusa cuando el sol se pone, y vemos en la rada un paquebote que acaba de llegar y que esta misma noche nos llevará al África.

V

DE ARGEL A TUNEZ

En los muelles de Argel, en las calles de las ciudades indígenas, en las llanuras de Tell, en las montañas de Sahel o en las arenas del Sahara, todos esos cuerpos envueltos como en hábitos de monjes, con la cabeza cubierta bajo el turbante, flotando por detrás, esas facciones severas, esas miradas fijas, semejan pertenecer a religiosos de un mismo austero orden, esparcidos por la mitad del globo.

Hasta su aspecto es el de los sacerdotes; sus gestos son los de apóstoles predicadores; su actitud, la de místicos, llenos de desprecio por el mundo.

Nos encontramos, efectivamente, entre hombres donde la idea religiosa lo domina todo, lo borra todo, regula las pasiones, estrecha las conciencias, aprisiona los corazones, gobierna el pensamiento, preside a todos los intereses, a todas las preocupaciones, a todas las agitaciones.

La religión es la gran inspiradora de sus actos, de su alma, de sus cualidades y de sus defectos.

Por ella y para ella son los buenos, valientes, tiernos, fieles, pues parece que no son nada por si mismos, que no poseen cualidad alguna que nos sea inspirada u ordenada por su fe. Nosotros no descubrimos apenas la naturaleza espontánea o primitiva del árabe, sin que, por decirlo así, haya vuelto a ser

creada por su creencia, por el Corán, por la enseñanza de Mahoma. Nunca religión alguna se ha encarnado de tal suerte en hombres.

Vamos, pues, a verlos orar en su mezquita, en la blanca mezquita que se distingue allá abajo, al extremo del muelle de Argel.

En el primer patio, bajo una arcada de columnitas verdes, azules y rojas, varios hombres, sentados o acurrucados, hablan en voz baja, con la grave tranquilidad de los orientales, enfrente de la entrada, en el fondo de una pieza cuadrada, que se parece a una capilla, administra justicia el cadí. Varios querellantes esperan en los bancos; un árabe habla de rodillas, mientras que el magistrado envuelto, casi oculto entre los pliegues de sus vestiduras y bajo la masa de su pesado turbante, no enseña más que una parte del rostro y mira al querellante con ojos duros y tranquilos, escuchándole. Una pared, donde se abre una ventana con reja, separa esta pieza de la que en las mujeres, menos nobles que el hombre, y que no pueden hallarse en presencia del cadí, esperan su vez para exponer las quejas por aquella ventanilla de confesionario.

El sol que cae en lluvia de fuego sobre las níveas paredes de estos pequeños edificios, semejantes a tumbas de marabuts, y en el patio, donde una vieja echa peces muertos a un ejército de gatos, refleja al interior en los albornoces, en las enjutas y morenas piernas y en los impassibles semblantes. Más lejos está la escuela, junto a la fuente donde al agua corre al pie de un árbol. Todo está allí, en aquel dulce y apacible recinto; la religión, la justicia, la instrucción.

Entro en la mezquita después de haberme descalzado, y avanzo sobre la alfombra en medio de las blancas columnas cuyas regulares líneas llenan este templo silencioso, vasto y bajo, de una multitud de anchos pilares; porque son muy anchos y tienen una cara orientada hacia la Meca, a fin de que cada creyente pueda, colocándose delante, no ver nada, no ser

distraído por nada, y vuelto hacia la ciudad santa, quedar absorto en la oración.

Uno de estos creyentes se arrodilla; otros, en pie, murmuran las fórmulas del Corán, adoptando las posturas prescritas; otros, además, libres ya de sus deberes que han cumplido, hablan sentados en el suelo, a lo largo de las paredes, pues la mezquita no es únicamente lugar de oración, sino de reposo, donde se permanece y se vive durante días enteros.

Todo es sencillo, todo está desnudo, todo es blanco, todo es dulce, todo es apacible en esos asilos de la fe, tan diferentes a nuestras adornadas iglesias, agitadas, cuando están llenas, por el ruido de los oficios, el movimiento de los asistentes, la pompa de las ceremonias, los cantos sagrados, y cuando están vacías tan tristes, tan dolorosas, que oprimen el corazón, que parecen la estancia de un moribundo.

Sin cesar entran árabes humildes y ricos, el mandadero del puesto y el antiguo jefe; el noble bajo la sedosa blancura de su brillante albornoz. Todos, con los pies descalzos, hacen los mismos gestos, ruegan al mismo Dios con la misma fe exaltada y sencilla, sin caer en la menor distracción. Se mantienen primeramente en pie, con la cabeza levantada, las manos abiertas a la altura de los hombros, en actitud de súplica. Luego caen los brazos a lo largo del cuerpo, la cabeza se inclina; es que están en presencia del soberano del mundo en actitud de resignación. Las manos se unen en seguida sobre el vientre como si estuviesen ligadas. Son cautivos entonces bajo la voluntad del amo. Por último, se prosternan varias veces seguidas, muy de prisa, sin el menor ruido. Después de haberse sentado primero sobre los talones, con la manos abiertas, apoyadas en los muslos se inclinan adelante hasta tocar el suelo con la frente.

Esta oración, siempre la misma, y que comienza por el recitado de los primeros versos del Corán, debe ser repetida

cinco veces al día por los fieles que, antes de entrar, se han lavado los pies, las manos y la cara.

No se oye en el templo más que el murmullo del agua que corre en otro patio interior, el cual da luz a la mezquita. La sombra de la higuera, nacida sobre la fuente de las abluciones, produce un reflejo verde en las primeras piedras.

Las mujeres musulmanas pueden entrar como los hombres, pero no van casi nunca. Dios está demasiado lejos, demasiado alto, demasiado imponente para ellas. No se atreverían a contarle todos los cuidados, a confiarle todas las penas, a pedirle todos los servicios, los consuelos, lo auxilios contra la familia, contra el marido, contra los hijos, cosas de que necesita el corazón de la mujer. Hace falta un intermediario más humilde entre Él, tan grande, y ellas tan pequeñas.

Este intermediario es el marabut. En la religión católica tenemos a los santos y a la Virgen María, abogados naturales de los tímidos cerca de Dios.

En la tumba del santo, en la capillita donde está sepultado, encontraremos a la mujer árabe en la oración.

Vamos a verla:

La *zaouia* Abd-er-Rahman-el-Tcalbi es la más original y la más interesante de Argel. Se llama “zaouila” a una mezquita pequeña unida a una koubba (panteón de un marabut) la cual comprende también a veces una escuela y un curso de alta enseñanza para los musulmanes letrados.

Para llegar a la zaouila de Abd-er-Rahman, hay que atravesar la ciudad árabe. Es una subida inimaginable al través de un laberinto de callejuelas confundidas, tortuosas, entre las paredes sin ventanas de las casas moriscas. Casi se tocan en la parte superior, y visto el cielo desde las terrazas parece un arabesco azul de raro e irregular capricho. A veces, un largo corredor sinuoso y abovedado, escarpado como un sendero de montaña, parece confundir directamente, por el azul que se

distingue de pronto, en la revuelta de una pared, el fin de los escalones, allá arriba, o la mancha brillante y llena de luz.

A lo largo de estos estrechos corredores están agazapados, al pie de las casas, árabes que dormitan en sus harapos; otros, reunidos en los cafés moriscos, en banquetas circulares o en el suelo, siempre inmóviles, beben en tacitas de porcelana que tienen con gravedad entre sus dedos. En estas estrechas calles que hay que escalar, el sol, cayendo por sorpresa, por hilos o por grandes placas en cada abertura de las vías que se cruzan, proyecta en las paredes dibujos extraños, de una claridad deslumbradora y barnizada. Se distinguen por las puertas entreabiertas, los patios interiores donde sopla un aire fresco. Siempre existe el mismo pozo cuadrado dentro de una columnata que sostiene varias galerías. Un ruido de música dulce y salvaje se escapa a veces de las casas de donde se ven salir a menudo, de dos en dos, algunas mujeres que os dirigen, por entre el velo que cubre su rostro, una mirada negra y triste, mirada de prisioneras, y pasan.

Cubiertas las cabezas como se nos representa a la Virgen María, con una tela tupida, envuelto el cuerpo en el jaique, ocultas las piernas bajo el amplio pantalón de paño o de algodón, que oprime el tobillo, caminan lentamente, algo torpes, vacilantes; y tratamos de adivinar su rostro bajo el velo que lo dibuja un poco adhiriéndose a las partes salientes. Los dos arcos azulados de las cejas, unidos por un trozo de antimonio, se prolongan, a lo lejos, sobre las sienas.

De pronto me llaman unas voces. Me vuelvo, y por una puerta abierta veo en las paredes grandes pinturas inconvenientes como las que se encuentran en Pompeya. La libertad de las costumbres, la manifestación, en plena calle, de una prostitución innumerable, alegre, sencillamente atrevida, revelan en seguida la profunda diferencia que hay entre el pudor europeo y la conciencian oriental.

No olvidemos que se han prohibido en estas mismas calles, hace pocos años todavía, las representaciones de *Caragousse*, especie de guiñol obscuro y monstruoso, cuyas inverosímiles, innobles e inenarrables hazañas miraban los niños con sus grandes ojos negros, ignorantes y corrompidos, riéndose y aplaudiendo.

En todo lo alto de la ciudad árabe, entre las mercerías, tiendas de comestibles y fruterías de los incorruptibles mozabitas, puritanos mahometanos a quienes mancha el solo contacto con los demás hombres, y que sufrirán, al volver a su patria, larga purificación, se abren grandes depósitos de carne humana, desde donde le llaman a uno en todas las lenguas. El mozabita, agazapado en su tienda, en medio de sus mercancías bien ordenadas en torno de él, parece no ver, no saber, no comprender.

A su derecha, arrullan como tórtolas las mujeres argelinas; a su izquierda maúllan como gatas las mujeres árabes. Parece el mozabita, en medio de ellas, entre las impúdicas desnudeces pintadas para acreditar las dos zahurdas un fakir vendedor de frutas, hipnotizado en un ensueño.

Vuelvo hacia la derecha por un estrecho pasaje que da a la mar, extendida a lo lejos, detrás de la punta de San Eugenio y distingo al fin de aquel túnel, a algunos metros debajo de mí una alhaja de mezquita o más bien una monísima *zaouia* que se disgrega en construcciones y tumbas pequeñas, cuadradas, redondas y puntiagudas, a lo largo de una escalera en zig-zag que va de terraza en terraza.

La entrada está disimulada por una pared que parece construida de plateada nieve, embutida de cuadrados de porcelana verde, y llena de aberturas regulares por donde se ve la rada de Argel.

Entro. Mendigos, ancianos, niños y mujeres están agazapados en cada escalón, con la mano tendida, pidiendo limosna en árabe. A la derecha, en una pequeña construcción

coronada también de porcelanas, hay una primera sepultura y por la puerta se ve a los fieles sentados ante la tumba. Más abajo se redondea la brillante cúpula de la Koubba del marabut Abd-er-Rahaman, al lado del pequeño y cuadrado minarete desde donde llaman a la oración.

A lo largo de la pendiente hay otras tumbas más humildes, y luego está la del célebre Ahmed., bey de Constantina, el cual hizo que los perros devorasen el vientre de los prisioneros franceses.

Desde la última terraza hasta la entrada del marabut es deliciosa la vista. Nuestra Señora de África a lo lejos, domina a San Eugenio y a todo el mar que llega hasta el horizonte, donde se confunde con el cielo. Luego, más cerca, a la derecha, está la ciudad árabe, que sube, de tejado en tejado, hasta la *zaouia* y establece todavía encima sus casitas de yeso.

En torno de mí, varias tumbas, un ciprés, una higuera y adornos moriscos encuadran y almenan todas las paredes sagradas.

Después de haberme descalzado penetro en la koubba. Primeramente, en una reducida pieza, un sabio musulmán, sentado sobre sus talones, lee un manuscrito que sujeta con ambas manos a la altura de los ojos. Multitud de libros y pergaminos están extendidos alrededor de él sobre las esteras. No vuelve la cabeza. Más lejos oigo un estremecimiento, un murmullo. A mi llegada todas las mujeres agrupadas alrededor de la tumba se apresuran a cubrirse el rostro. Parecen grandes copos de tela blanca en que brillan ojos. En medio de ellas, en aquella espuma de franela, seda y lana, duermen o se agitan niños vestidos de colorado, de azul o de verde; esto es encantador y sencillo, aquellas mujeres están en su casa, en la de su santo, cuya mansión han adornado ellas, pues Dios está demasiado lejos para su limitado espíritu y es demasiado grande para su humildad.

Ellas no se vuelven hacia la Meca, sino hacia el cuerpo del marabut, y se ponen bajo su protección directa, que es aún, que es siempre la protección del hombre. Sus ojos de mujeres, sus dulces y tristes ojos no saben ver lo inmaterial, no conocen más que la criatura. Mientras vive es el varón quien las alimenta, las defiende y las sostiene, y también será el varón quien hable de ella a Dios después de morir. Están allí cerca de la tumba adornada y embadurnada, algo semejante a un lecho bretón pintado y cubierto de telas, de sedas, de paños, de regalos recibidos.

Cuchichean, hablan entre sí y refieren al marabut sus cosas, sus cuidados, sus disputas, sus quejas contra el marido. Es una reunión íntima y familiar de charlatanerías alrededor de una reliquia.

Toda la capilla está llena de sus extrañas ofrendas: relojes de varios tamaños que anuncian los segundos y dan las horas, banderas votivas, arañas de todas clases, de cobre y de cristal.. Estas arañas son tan numerosas que no dejan ver el techo. Están colgadas unas junto a otras, de tamaños diferentes, como en la tienda de un lampistero. Las paredes están adornadas con elegantes porcelanas de preciosos dibujo, cuyos colores dominantes son siempre el verde y el encarnado. El suelo está cubierto de alfombras y la luz cae de la cúpula por grupos de a tres ventanas cimbradas, una de las cuales domina a las otras dos.

No es ya la severa mezquita, desnuda, donde Dios está solo; es un gabinete adornado para la oración por el gusto infantil de las mujeres salvajes. Frecuentemente vienen galanes a verlas en aquel lugar, a darles una cita o a decirles algunas palabras en secreto. Algunos europeos que hablan el árabe suelen trabar aquí relaciones con esas envueltas criaturas, cuya mirada es lo único que se ve en ellas.

Cuando la cofradía masculina del marabut viene a su vez a practicar sus devociones, no tienen para el santo que habita

este lugar las mismas atenciones exclusivas. Después de haber demostrado su respeto al sepulcro, se vuelven los hombres hacia la Meca y adoran a Dios, pues no hay más divinidad que Dios, como repiten en todas sus oraciones.

VI

TUNEZ

Antes de llegar a Túnez atraviesa el ferrocarril un soberbio país de montañas pobladas de árboles. Después de haberse elevado dibujando desmesurados cordones, hasta una altura de setecientos ochenta metros, desde donde se domina un inmenso y magnífico paisaje, penetra en el territorio de Túnez por la Krouimier.

Entonces se ve una serie de montes y de valles desiertos, donde se alzaban en otro tiempo ciudades romanas. Allí están en primer término los restos de Thagaste donde nació San Agustín, cuyo padre era decurión.

Más lejos se halla Thurbursicum Nomidarum, cuyas ruinas cubren una serie de colinas redondas y verdes. Más lejos aún, está Madaure, donde nació Apuleyo a fines del reinado de Trajano. No se podrían enumerar las ciudades muertas, cerca de las cuales hay que pasar para ir a Túnez.

De repente, después de muchas horas de camino, se distinguen en la baja llanura los elevados arcos de un acueducto medio destruido, cortado a espacios, y que iba en otros tiempos desde una de las montañas a la otra. Es el acueducto de Cartago del que habla Flaubert en Salammbó.

Después se da vuelta a una gran ciudad, se sigue un deslumbrador lago y se descubren los muros de Túnez.

Henos aquí en la ciudad.

Para descubrir bien el conjunto, hay que subir a una colina próxima. Los árabes comparan a Túnez con un albornoz desplegado, y esta comparación es exacta. La ciudad se extiende en la llanura, ligeramente levantada por las ondulaciones de la tierra, que hacen sobresalir por espacios los bordes de esta gran mancha de casas pálidas de donde surgen las cúpulas de las mezquitas y los campanarios de los minaretes. Apenas si se distingue, apenas si se imagina uno que aquello sean casas, tan compacta, continua y rampante es aquella placa blanca. En torno de ella hay tres lagos que, bajo el durísimo sol de Oriente, brillan como llanuras de acero. Al Norte, a lo lejos, la Sebkra-er-Bouan; al Oeste la Sebkra-Seldjoun, vista por encima de la ciudad; al Sur, el gran lago Bahjira o lago de Túnez; luego, subiendo hasta el Norte, la mar, el golfo profundo, semejante a un lago en su lejano marco de montañas.

Y después, en todo el rededor de esta ciudad plana, fangosos pantanos donde fermentan basuras, un increíble cerco de cloacas en putrefacción, campos desnudos y bajos donde se ven brillar, como culebras, pequeñas y tortuosas corrientes de agua. Son las alcantarillas de Túnez que marchan bajo el cielo azul. Van sin detenerse envenenando el aire, arrastrando su curso lento y nauseabundo, a través de tierras impregnadas de cosas podridas, hacia el lago que han acabado por llenar, por colmar en toda su extensión, pues la sonda baja en él por medio del fango hasta dieciocho metros de profundidad: hay que mantener un canal a través de este lodo para que las pequeñas embarcaciones puedan pasar.

Pero en un día de gran sol, la vista de esta ciudad acostada entre esos lagos, en este país cerrado a lo lejos por montañas, entre las cuales es la más alta la de Zahg'ouan, aparece casi siempre cubierta de nieve en invierno, y es la más

hermosa, la más subyugadora tal vez que se puede encontrar en los límites del continente africano.

Bajemos de la colina y penetremos en la ciudad. Tiene tres partes bien distintas: la parte francesa, la parte árabe, y la parte judía.

En realidad, Túnez no es una ciudad francesa, ni una ciudad árabe, sino una ciudad judía. Es uno de los pocos puntos del mundo donde el judío parece hallarse en su casa, en una patria, donde es el amo casi ostensiblemente, donde muestra una tranquila seguridad, aunque algo turbado todavía.

Él es principalmente al que interesa ver y observar en su laberinto de callejuelas estrechas donde circula, se agita y pulula la población más abigarrada, empavesada, reluciente, sedosa y decorativa de toda esta ribera oriental.

¿Dónde estamos? ¿En una tierra árabe o en la deslumbradora capital de Arlequín, de un Arlequín muy artista, amigo de los pintores, colorista inimitable que se ha entretenido en vestir a su pueblo con sorprendente fantasía? Ha debido pasar por Londres, por París, por San Petersburgo ese divino ropero que, vuelto lleno de desdén por las países del Norte, abigarró a sus súbditos con un gusto enérgico y una imaginación sin límites. No solamente quiso dar a sus vestiduras formas graciosas, originales y alegres, sino que empleó, para matizarlas, todas las tintas creadas, compuestas, soñadas por los más delicados acuarelistas.

Sólo a los judíos les toleró los tonos violentos, pero prohibiéndoles los contrastes demasiado fuertes y regulando el brillo de sus trajes con prudente atrevimiento. En cuanto a los moros, sus preferidos, tranquilos comerciantes acurrucados en los souks, jóvenes despiertos o burgueses que van a paso lento por las callejuelas, se entretuvo en vestirlos con tal variedad de colorido, que al verlos se embriaga la mirada como un tordo con las uvas. ¡Oh!, para ellos, para sus buenos orientales, sus levantinos mestizos de turcos y de árabes, han formado una

colección de matices tan finos, tan dulces, tan tiernos, tan tenues, tan agonizantes y tan armoniosos, que un paseo en medio de ellos es una larga caricia para la mirada.

He aquí albornoces de cachemir ondulantes como oleadas de luz, soberbios harapos de miseria junto a gebbas de seda, largas túnicas que caen hasta las rodillas y finos chalecos aplicados al cuerpo bajo las vestiduras, con botoncitos puestos a lo largo de los bordes.

Y esas gebbas, esas vestiduras, esos chalecos, esos jaiques, cruzan, mezclan y superponen en los colores más delicados. Todo ello es rosa, azulado, de color de malva, verde de agua, azul perbínca, hoja seca, carne de salmón, anaranjado, lila, hez de vino, gris pizarra.

Es un desfile mágico, desde las tintas más desvanecidas hasta los tonos más ardientes, anegados éstos en tal corriente de notas discretas, que nada es duro, nada es chillón, nada es violento a lo largo de las calles, esos corredores de luz que dan vueltas sin fin, encerrados entre las bajas casas pintadas de cal.

A cada instante se ven obstruidos esos estrechos pasajes, obstruidos casi por completo por criaturas obesas, cuyas caderas y cuyos hombros parece que van a tocar con ambas paredes a cada balanceo de su marcha. Sobre sus cabezas se alza una puntiaguda gorra, a menudo plateada o dorada, especie de gorro mágico, del cual cae por detrás una banda. Sobre su monstruoso cuerpo, masa de carne oleosa e hinchada, flotan blusas de vivos colores. Sus deformes muslos están aprisionados en calzones blancos pegados a la piel. Sus pantorrillas y tobillos, invadidos por la grasa, inflan unas medias, o bien, en otros casos, una especie de calcetas de tela de oro y de plata. Van andando a pasos cortos, sobre escarpines que arrastran, porque no van calzadas más que hasta la mitad del pie, y los talones rozan y golpean el empedrado. Esas criaturas extrañas e hinchadas, son las judías, las bellas judías.

En cuanto se acerca la edad del matrimonio, la edad en la que los hombres ricos las buscan, sueñan las hijas de Israel con engordar; pues cuanto más pesada es una mujer, más honra a su marido y más probabilidades tiene de elegirlo a su gusto. A los catorce años, a los quince, son esbeltas esas muchachas, maravillas de belleza, de finura y de gracia.

Su pálida tez, algo enfermiza, de una delicadeza luminosa, sus facciones finas, esas facciones tan dulces de una raza antigua y fatigada, cuya sangre no se renovó jamás; sus sombríos ojos, bajo las despejadas frentes abrumadas por la negra, espesa y pesada masa de cabellos desgreñados, y su aspecto flexible cuando corren de una puerta a otra, llenan el barrio judío de Túnez de una larga visión de pequeños salones conmovedores.

Después piensan en el esposo. Entonces comienzan el inconcebible procedimiento que hará de ellas unos monstruos. Inmóviles ahora, después de haber tomado todas las mañanas la bolita de hierbas aperitivas que excitan el estómago, pasan los días enteros comiendo pastas nutritivas que las hinchan de un modo increíble. Los pechos engordan, los vientres se inflan, las nalgas se redondean, los músculos se apartan, separados por la grasa; los puños y los tobillos desaparecen bajo una pesada masa de carne. Los aficionados acuden, las juzgan, las comparan, las admiran como en un concurso de animales cebados. Así es como están bellas, apetecibles, encantadoras, las enormes muchachas casaderas.

Entonces se ve pasar a esos seres prodigiosos, cubierta la cabeza con un cono llamado Koufía, que deja caer por la espalda el bechkir, vestidos con la camisa flotante de tela sencilla o de seda blanca, calzones de malla, ora blancos, ora ricamente bordados, y calzados con zapatos que arrastran, llamados saba; seres sorprendentes por modo inefable, cuyo rostro permanece todavía lindo sobre aquellos cuerpos de hipopótamo.

En sus casas fácilmente abiertas, se las encuentra el sábado, día sagrado, día de visitas y de ostentación, recibiendo a sus amigos en las habitaciones blancas, donde están sentadas, unas cerca de otras, como ídolos simbólicos, cubiertas de seda y de relumbrantes oropeles, diosas de carne y de metal.

La fortuna de Túnez está en sus manos, o más bien dicho, en las manos de sus esposos siempre sonrientes, amables y dispuestos a ofrecer sus servicios. En muy pocos años, hechas sin duda señoras europeas, se vestirán a la francesa y para obedecer a la moda, ayunarán a fin de adelgazar. Lo cual será mejor para ellas y peor para nosotros los espectadores.

En la ciudad árabe, la parte más interesante es el barrio de los Souks, largas calles abovedadas o cubiertas con tejados de planchas, a través de los cuales desliza el sol láminas de fuego, que parecen cortar el paso a los transeúntes y vendedores. En los bazares, galerías tortuosas y entrecruzadas es donde los vendedores por corporaciones, sentados o acurrucados en medio de sus mercancías en tiendecitas cubiertas, llaman con energía al cliente o permanecen inmóviles en sus nichos de alfombra, de telas de todos colores, de cueros, de bridas, de sillas de montar, de arneses bordados de oro, o en los rosarios amarillos y rojos de babuchas.

Cada corporación tiene su calle, y se ve a lo largo de la galería, separados por un sencillo tabique, y trabajar a todos los obreros del mismo oficio, con los mismos gestos. La animación, el color, la alegría de esos mercados orientales no son posibles de describir, pues sería precio expresar a un tiempo su brillantez, su ruido y su movimiento.

Uno de estos souks tiene carácter tan extraño, que su recuerdo extravagante y persistente queda como el de un ensueño. Es el souk de los perfumes.

Y en estrechas jaulas semejantes, tan estrechas que hacen pensar en las celdas de una colmena, alineadas de un extremo a otro y en los dos lados de una galería algo sombría, varios

hombres de transparente tez, jóvenes casi todos, cubiertos de vestidos claros y sentados como budistas, conservan una rigidez extraña en marco de largo cirios colgados, que forman alrededor de su cabeza y de sus hombros un dibujo místico y regular.

Los cirios de arriba, más cortos, se redondean sobre el turbante; otros, más largos, vienen a los hombros; los grandes caen a lo largo de los brazos. Y sin embargo, la forma simétrica de tan extraño decorado varía algo de tienda en tienda. Los vendedores, pálidos, sin gestos, sin palabras, parecen hombres de cera en una capilla también de cera. Alrededor de sus rodillas, de sus pies, al alcance de sus manos si se presenta un vendedor, todos los perfumes imaginables están encerrados en cajitas, en frasquitos y en diminutos sacos.

Un olor de incienso y de aromas flota, algo mareador, de un extremo a otro del souk.

Algunos de estos extractos se venden muy caros por gotas. Para contarlas, se sirve el hombre de un pequeño algodón que saca de su oreja y lo vuelve a colocar en seguida en ella.

Cuando llega la noche, todo el barrio de los souks queda cerrado por pesadas puertas colocadas a la entrada de las galerías, como una ciudad preciosa encerrada en la otra.

Cuando se pasea por las calles nuevas que van a desembocar en la laguna, de alguna corriente de inmundicias, se oye de repente un extraño canto rimado por sordos ruidos como cañonazos lejanos, los cuales se interrumpen algunos instantes para proseguir en seguida. Mira uno en torno de sí y descubre sobre el suelo una docena de cabezas de negros, envueltas en pañuelos, turbantes y tocas. Estas cabezas cantan un estribillo árabe, mientras que las manos armadas de pisones para igualar el suelo golpean cadenciosamente en el fondo de una zanja sobre las piedras y el mortero que servirán de sólido cimiento a alguna casa construida en aquel fangoso suelo.

Al borde del agujero un viejo negro, jefe de cuadrilla de esos empedradores, lleva el compás con risa de mono, y todos los demás ríen también y continúan su extraña canción que acompañan con enérgicos golpes. Golpean con ardor y ríen con malicia ante los transeúntes que se detienen; los transeúntes se alegran también, los árabes porque lo comprenden, los demás porque el espectáculo es curioso; pero nadie se divierte seguramente tanto como los negros, pues el viejo grita:

—¡Vamos! ¡Golpeemos!

Y todos añaden enseñando sus dientes y dando tres pisonazos:

—¡En la cabeza del perro de roumi!

El negro exclama haciendo ademán de aplastar:

—¡Vamos! ¡Golpeemos!

Y todos:

—¡En la cabeza del perro de youte!

Y así se levanta la ciudad europea en el barrio nuevo de Túnez.

¡El barrio nuevo! Cuando se piensa que está enteramente construido sobre lógamo solidificado poco a poco, hecho sobre una materia indefinible, compuesta de todas las inmundicias que arroja una ciudad, se pregunta uno cómo no es diezmada la población por todas las enfermedades imaginables, por todas las fiebres, por todas las epidemias.

Y al mirar el lago invadido y colmado poco a poco por los productos pestilentes de la ciudad, depósito nauseabundo, cuyas emanaciones son tales que durante las noches ardorosas se le revuelve a uno el estómago, no se comprende que la ciudad antigua, levantada cerca de esta cloaca, subsista todavía.

Se piensa en los calenturientos, vistos en ciertos pueblos de Sicilia, de Córcega o de Italia, en la población disforme, monstruosa y panzuda, envenenada por claros arroyos y hermosos estanques límpidos, y queda uno convencido de que Túnez debe ser un foco de infecciones malignas.

Pues bien, no. Túnez es una ciudad sana, muy sana. El aire infectado que allí se respira es vivificador y calmante, el más calmante, el más dulce que yo he respirado jamás para los nervios sobreexcitados. Después del departamento de las Landas, el más sano de Francia, Túnez es el lugar donde menos daño producen las enfermedades ordinarias de nuestros países.

Esto parece inverosímil, pero es exacto. ¡Oh médicos modernos, oráculos grotescos, profesores de higiene, que enviáis a vuestros enfermos a respirar el aire puro de las montañas o el aire vivificado por la verdura de los grandes bosques, venid a ver esos estercoleros que bañan a Túnez; mirad en seguida esa tierra, a la cual ningún árbol cubre ni refresca con su sombra; vivid un año en ese país llano, bajo y tórrido, bajo el sol del estío, laguna inmensa con las lluvias del invierno, y entrad después en los hospitales! ¡Están vacíos!

Preguntad a las estadísticas y aprenderéis que allí se muere de lo que se llama muerte natural, mucho más a menudo que de vuestras enfermedades. Entonces os preguntaréis tal vez si no es la ciencia moderna lo que nos enseña con sus progresos; si las inmundicias en nuestras bodegas y las alcantarillas vecinas a nuestro vino y a nuestra agua, no son destiladores de muerte a domicilio, focos y propagadores de epidemias más activos que los arroyos de inmundicias que se pasean al aire libre alrededor de Túnez; reconoceréis que el aire puro de las montañas es menos calmante que el soplo bacilífero de los estercoleros de esta ciudad, y que la humedad de los bosques es más temible para la salud y más engendradora de fiebres que la humedad de las putrefactas lagunas, a cien leguas del bosque más pequeño.

Realmente, la salubridad indiscutible de Túnez es admirable, y no puede atribuirse más que a la perfecta pureza del agua que se bebe en esa ciudad, lo cual da la razón a las teorías más modernas sobre el modo de propagarse los gérmenes mórbidos.

El agua del Zagh'ouan, oculta bajo tierra a 80 kilómetros aproximadamente de Túnez, llega a las casas sin haber tenido con el aire el menor contacto, y sin haber podido tomar por consiguiente, el menor átomo de contagio.

El asombro que producía en mí la afirmación de esta salubridad, me hizo buscar los medios de visitar un hospital, y el médico moro que dirige el más importante de Túnez, tuvo la bondad de permitirme entrar en el suyo. Ahora bien, desde que fue abierta la puerta que da a un gran patio árabe, dominado por una galería de columnas que alberga una terraza, mi sorpresa y emoción fueron tales que no volví a pensar en lo que me había hecho entrar allí.

En torno mío, sobre los cuatro lados del patio, estrechas celdas, enverjadas como calabozos, contenían hombres que se levantaron al vernos y vinieron a pegar entre los barrotes de hierros sus macilentos y lívidos rostros. Luego, uno de ellos, pasando la mano y agitándola fuera de esta jaula, gritó algún insulto. Entonces los demás, saltando de repente como las fieras de una colección zoológica, se pusieron a vociferar, mientras que, en la galería del primer piso, un árabe de gran barba, cubierto con pesado turbante y rodeado el cuello por varios collares de cobre, dejaba colgar con abandono sobre la balaustrada un brazo cubierto de pulseras y unos dedos cargados de sortijas. Se sonreía al oír este ruido. Es un loco, tranquilo y libre, que se cree el rey de los reyes y que reina pacíficamente sobre los locos furiosos.

Yo quise pasar revista a estos espantosos dementes, admirables en su traje oriental y menos conmovedores tal vez, en fuerza de ser extranjeros, que nuestros pobres locos de Europa.

En la celda del primero me dejaron entrar. Como a la mayor parte de sus compañeros, el haschis, o más bien, el kif, le ha puesto en este estado. Es muy joven, pálido, delgado y me habla mirándome con ojos fijos, turbados, enormes. ¿Qué dice?

Me pide una pipa para fumar y me cuenta que su padre está esperándolo.

De cuando en cuando se mueve, dejando ver bajo su gebba y su albornoz unas débiles piernas de araña humana; y el negro, su guardián, le arroja sobre su petate de un solo empujón dado en la espalda, que parece aplastar al débil alucinado.

Su vecino es una especie de monstruo amarillo y gesticulante, un español de Ribera, agazapado y sujeto a los barrotes, el cual pide también tabaco o kif, con una risa continua que parece una amenaza.

Hay dos en la jaula siguiente: un fumador de cáñamo que nos acoge con gestos frenéticos, robusto árabe de miembros vigorosos, mientras que, su vecino, sentado sobre sus talones, inmóvil, fija en nosotros su vista, sus ojos transparentes de gato salvaje. Es de rara belleza este hombre, cuya negra barba, corta y rizosa, hace más pálida su tez. Su nariz fina, el rostro ovalado, elegante y de una distinción perfecta. Es un mozabita que se volvió loco después de haber encontrado muerto a su hijo, a quien buscó dos días seguidos.

Luego hay un viejo que ríe y grita, bailando como un oso.

—¡Locos, locos, todos estamos locos; yo, tú, el médico, el guardián, el bey, todos locos!

Grita todo esto en árabe pero se le entiende porque su mímica es espantosa e irresistible la afirmación de su dedo, extendido hacia nosotros. Nos señala a uno después de otro, y se ríe, porque está seguro de que nosotros estamos locos, y repite:

— ¡Sí, sí; tú, tú, tú estás loco!

Y parece que penetra en el alma un soplo de extravío, una emanación contagiosa y terrorífica de ese demente malsano.

Y se va uno levantando los ojos hacia el gran cuadrado azul del cielo que se cierne sobre ese agujero de condenados. Entonces aparece, sonriente siempre, tranquilo y hermoso

como un rey mago, el señor de todos esos locos, el árabe de lengua barba, inclinado sobre la galería, dejando brillar el sol los mil objetos de cobre, de hierro y de bronce, llaves, anillos, etc., con que adorna enorgullecido su imaginaria majestad.

Hace quince años que está allí ese sabio, andando a paso lento, con un aspecto majestuoso y tranquilo, tan majestuoso, en efecto, que le saludan con respeto. Responde con voz de soberano algunas palabras que significan: “Sed bienvenidos, me alegro de veros.” Luego deja de mirarnos.

Hace quince años que este hombre no se ha acostado. Duerme sentado en un escalón en medio de la escalera del hospital. Nunca se le ha visto echarse.

¿Qué me importan ahora los otros enfermos, tan poco numerosos por lo demás, que se hallan en las espaciosas salas blancas, desde donde se ve por las ventanas la brillante ciudad, sobre la cual parecen bullir las cúpulas de los koublas y de las mezquitas?

Me voy turbado por una emoción confusa, lleno de piedad, acaso de envidia, por algunos de esos alucinados, que continúan en aquella prisión, ignorada de ellos, habiendo encontrado su ensueño un día en el fondo de la pipa atascada de algunas hojas amarillas.

La noche de este mismo día un funcionario francés, provisto de un poder especial, se ofreció para llevarme a algunos malos lugares de placer árabes, cosa muy difícil a los extranjeros.

Tuvimos que ir acompañados por un agente de la policía del bey, sin lo cual ninguna puerta, ni la del más vil chamizo indígena, se hubiera abierto ante nosotros.

La ciudad árabe de Argel está llena de agitación nocturna. En cuanto viene el día. Túnez está muerto. Las callejuelas estrechas, tortuosas, desiguales, parecen corredores de una ciudadela abandonada, cuyo gas ha dejado de encender a trechos.

Henos aquí muy lejos, en ese laberinto de paredes blancas; y nos entraron en la casa de una judías que bailaban la “danza del vientre”. Esta danza es fea, desagradable, curiosa únicamente para los aficionados por la maestría del artista. Tres hermanas, tres muchachas muy adornadas ejecutaban sus impuras contorsiones, ante la benévola mirada de su madre, una enorme bola viviente de grasa, cubierta la cabeza con un cuerno de papel dorado y mendigando para los gastos generales de la casa después de cada crisis de trepidación de los vientres de sus hijas. Alrededor del salón, tres puertas entreabiertas dejaban ver los bajos lechos de las habitaciones. Abrí otra puerta y vi en una cama a una mujer que me pareció hermosa. Se precipitaron sobre mí, madre, bailarinas, dos criadas negras y un hombre escondido que miraba, detrás de una cortina, agitarse para nosotros los vientres de sus hermanas. Iba yo a entrar en el cuarto de su mujer legítima que estaba encinta, de la nuera, de la cuñada, de las busconas que intentaban, pero en vano, mezclarnos a la familia, aunque sólo fuera por una noche. Para que yo perdonase esta prohibición de entrar, me enseñaron el primer hijo de aquella mujer, una niña de tres o cuatro años que comenzaba ya a bailar la “danza del vientre”.

Me fui de allí muy disgustado.

Con infinitas precauciones me llevaron en seguida al domicilio de las grandes cortesanas árabes. Fue preciso vigilar al extremo de las calles, parlamentar, amenazar, porque si los indígenas sabían que el rourni había entrado en aquella casa, las mujeres quedarían abandonadas y arruinadas. Vi allí gruesas muchachas morenas medianamente hermosas, en cuartos llenos de armarios de luna.

Pensábamos en volvernos al hotel cuando el agente de la policía indígena propuso llevarnos a un chamizo, a un sitio de amor.

Y henos aquí todavía siguiéndole a tientas por oscuras callejuelas, encendiendo cerillas para no caer, enredándonos

los pies en agujeros, tropezando a las casas con la mano y el hombro y oyendo a veces ruidos de música, voces, rumores de fiesta salvaje, salir de los muros, rumores ahogados, como lejanos, espantosos de misterio. Estamos dentro del barrio de la perdición.

Nos paramos delante de una puerta, ocultándonos a derecha e izquierda, mientras que el agente llama con el puño, gritando una frase en árabe, una orden.

Una voz débil, voz de vieja, responde de la parte de dentro; y nosotros percibimos ahora sonidos de instrumentos y cantos chillones de mujeres árabes en las profundidades de ese lupanar.

No quieren abrir. El agente se enfada y de su garganta salen palabras precipitadas, roncas y violentas. Al fin, se entreabre la puerta, la empuja el hombre, entra como en lugar conquistado y con un gesto de vencedor parece decirnos: "Seguidme".

Nosotros le seguimos, bajando tres escalones que nos conducen a una pieza baja, donde duermen tendidos a lo largo de las paredes, sobre alfombras, cuatro niños árabes, los pequeñuelos de la casa. Una vieja, una de esas viejas indígenas, que son paquetes de telas amarillas sujetas alrededor de algo que se mueve, y de donde sale una cabeza inverosímil y pintarrajeada de bruja, trata todavía de detenernos. Pero la puerta se ha vuelto a cerrar y entramos en una primera sala donde hay en pie algunos hombres que no han podido penetrar en la segunda, cuya puerta obstruyen escuchando con recogimiento la extraña música que se produce allá dentro. El agente entra primero, hace que se aparten aquellos hombres y penetramos en una habitación estrecha, larga, donde hay grupos de árabes acurrucados sobre cojines, enfilados con las dos blancas paredes, hasta el fondo.

Allí, sobre un gran lecho francés que tiene toda la longitud de la pieza hay un pirámide de árabes confundidos y

mezclados, un montón de albornos de donde emergen cinco cabezas con turbante.

Ante ellos, al pie de la cama, sobre una banqueta, dándome frente tras un velador de caoba lleno de vasos, de botellas de cerveza, de tazas de café y de cucharillas de estaño, están sentadas cuatro mujeres cantando una interminable y lánguida melodía del Sur, que algunos músicos judíos acompañan con sus instrumentos.

Están adornadas ellas como para una función de magia, como las princesas de las *Mil y una noches*, y una de quince años aproximadamente, es de una encantadora belleza, tan perfecta, tan rara, que ilumina aquel extraño lugar, haciendo de él algo imprevisto, simbólico e inolvidable.

Tienen los cabellos sujetos por una banda de oro que corta la frente de una sien a otra. Bajo esta banda recta y metálica se abren dos enormes ojos de mirada fija, insensible, dos largos ojos negros, apartados, que separan una nariz de ídolo, la cual cae sobre una boquita de niño, boquita que se abre para cantar, pareciendo vivir sola en aquel rostro. Es un semblante sin matices, de una regularidad imprevista, primitiva y soberbia, formada por líneas tan sencillas que parecen las formas naturales y únicas de este humano rostro.

En todos los semblantes que se encuentran, parece que se podría reemplazar un perfil, un detalle, por algo tomado de otra persona. En esta cabeza de joven árabe no se podría cambiar nada, tan típico y perfecto es su dibujo. Esta frente unida, esta nariz, estas mejillas de un modelo imperceptible, que viene a morir al extremo de la barba, sirviendo de circo, en un óvalo irreprochable de carne algo morena, a los ojos únicos, a la nariz, y a la boca única que pueden estar allí, son el ideal de una concepción de belleza absoluta que cautiva nuestra mirada, pero con lo cual nuestro mejor ensueño puede no sentirse enteramente satisfecho. A su lado hay otra muchacha, hermosa también, pero no excepcional, uno de esos rostros blancos,

dulces, cuya carne parece una pasta hecha con leche. Sirviendo de marco a estas dos estrellas, están sentadas otras dos mujeres de tipo bestial, de cabeza corta y pómulos salientes, dos prostitutas nómadas, de esos seres perdidos que las tribus siembran por los caminos, recogen y vuelven a perder, dejándolas luego un día con alguna compañía de farsantes que las lleva a la ciudad.

Cantan dando golpes sobre la darbouka con sus manos enrojecidas por la alheña, y los músicos judíos las acompañan con guitarras y con tamboriles.

Todo el mundo escucha sin hablar, sin reírse nunca, con augusta gravedad.

¿Dónde estamos? ¿En el templo de alguna religión bárbara o en una casa pública?

¿En una casa pública? Sí, estamos en una casa pública, y nada en el mundo me ha producido una sensación tan inesperada, tan fresca, tan agradable como la entrada en aquella larga pieza baja, donde aquellas muchachas adornadas como para un culto sagrado, esperan el capricho de uno de esos hombres graves que parecen murmurar el Corán hasta en medio de las orgías.

Me señalan a uno, sentado ante su taza de café, con los ojos elevados, lleno de recogimiento. Él es quien ha detenido al ídolo y casi todos los demás son convidados. Les ofrece refrescos y música y la vista de aquella hermosa muchacha, hasta la hora en que les suplique que se vuelvan a sus casas. y se irán, saludándola con majestuosos gestos. Es hermoso ese hombre de gusto, joven, buen mozo, con un cutis transparente de árabe de las ciudades, aclarado por la negra barba, reluciente, sedosa y poco espesa en las mejillas.

Cesa la música, nosotros aplaudimos, los demás nos imitan. Estamos sentados en escabeles, en medio de un grupo de hombres. De pronto, una larga mano negra me toca en el

hombro, y una voz, una de esas de los indígenas que tratan de hablar en francés, me dice:

– Yo no soy de aquí, sino francés como tú.

Me vuelvo y veo a un gigante con albornoz, a uno de los árabes más altos, más delgados, más huesudos que he visto en mi vida.

– ¿De dónde eres, pues? – le dije estupefacto.

– De Argel.

– ¡Ah!, apuesto a que eres kábila.

– Sí, señor.

Y se reía, encantado de que yo hubiese adivinado su origen; y señalando a su compañero, añadió:

– Éste también.

– ¡Ah, bueno!

Esto sucedía durante una especie de entreacto.

Las mujeres, a quienes nadie hablaba, no se movían más que estatuas, y yo me puse a hablar con mis dos vecinos de Argel gracias al auxilio del agente de policía indígena.

Supé que eran pastores, propietarios de los alrededores de Bujia, y que traían en los pliegues de sus albornoces flautas de su país en que tocan por las noches para distraerse. Deseaban sin duda que se admirase su talento y me enseñaron dos caños delgadas con agujeros, dos verdaderas cañas cortadas por ellos a orillas de un río.

Supliqué que les dejaran tocar y todo el mundo se calló en seguida con perfecta galantería.

¡Ah! ¡Cuán sorprendente y deliciosa sensación se deslizó en mi alma con las primeras notas tan extrañas, tan raras, tan desconocidas, tan imprevistas, de las dulces vocecillas de aquellos pequeños tubos nacidos en el agua! Era dulce, fino, admirable todo aquello: sonidos que volaban, que revoloteaban uno tras otro sin resumirse, sin tropezarse, sin juntarse jamás, un canto que se desvanecía siempre, que volvía a empezar siempre, que pasaba, que flotaba en torno de nosotros, como un

soplo del alma de las hojas, de los bosques, de los arroyos, del viento, entrada con aquellos dos pastores de las montañas, kábiles en aquella casa pública de un barrio de Túnez.

VII

HACIA KAIROUAN

11 de diciembre

Salimos de Túnez por un hermoso camino que recorre primero una cuesta, sigue un instante el lago y atraviesa después una llanura. El amplio horizonte, cerrado por montañas de vaporosas crestas, está desnudo, enternante desnudo, ocupado tan sólo de trecho en trecho por pueblos blancos, donde se distinguen de lejos, dominando la indistinta masa de las casas, los puntiagudos minaretes y las pequeñas cúpulas de las koubbas. Sobre toda esta tierra fanática encontramos sin cesar esas pequeñas cúpulas brillantes de las koubbas, ora en sus fértiles llanuras de Argelia, o del reino de Túnez, ora como un faro sobre el redondeado lomo de las montañas, ora al borde de lentiscos y alcornoques, ora en el amarillo desierto entre dos datileros que se inclinan encima, el uno a la derecha y el otro a la izquierda, dejando caer sobre la cúpula de leche a la ligera y fina sombra de sus palmas.

Contienen, como una semilla sagrada, los huesos de los marabouts que fecundan el ilimitado suelo del Islam, haciendo germinar en él, desde Tánger a Tombouctou, desde El Cairo a la Meca, desde Túnez a Constantinopla, desde Kharthoum a

Java, la más poderosa, la más misteriosamente dominadora de las religiones que han sojuzgado la conciencia humana.

Pequeños, redondos, aislados y tan blancos, que despiden cierta claridad, parecen un grano divino, arrojado a puñados en el mundo por ese gran sembrador de fe, Mahoma, hermano de Aissa y de Moisés.

Durante mucho tiempo vamos al trote de los cuatro caballos enjaezados, por llanuras sin fin, plantadas de viñas o sembradas de cereales que comienzan a brotar de la tierra.

Después se detiene, de repente, el hermoso camino formado por puentes y calzadas desde el protectorado francés. Un puente ha cedido a las últimas lluvias, un puente muy pequeño, que no ha podido dejar pasar la masa de agua, venida de la montaña. Bajamos con gran trabajo a la zanja y el coche, vuelto a tomar al otro lado, prosigue el hermoso camino, una de las principales arterias del reino de Túnez, como se dice en el lenguaje oficial. Durante algunos kilómetros podemos trotar todavía hasta encontrar otro puentecillo que ha cedido igualmente a la presión de las aguas. Luego, algo más lejos, un puente es lo único que ha quedado indestructible, como un diminuto arco de triunfo, mientras que el camino, deshecho en ambos lados, forma dos abismos alrededor de esta nueva ruina.

Hacia mediodía distinguimos ante nosotros una singular construcción. Es, al borde del camino casi desaparecido ya, un ancho montón de habitaciones juntas, altas apenas como la estatura de un hombre, albergadas bajo una continua serie de bóvedas, algunas de las cuales algo más elevadas, dominan y dan a este singular pueblo el aspecto de una aglomeración de tumbas.

Aquella aldea se llama Gorombalia y fue fundada por un jefe andaluz mahometano, Mohamed Gorombali, arrojado de España por Isabel la Católica.

Almorzamos en aquel lugar y después nos marchamos. Por todas partes se distinguen a lo lejos, con ayuda de los

anteojos, ruinas romanas. Primero Vico Aureliano, luego Siago, más importante, donde quedan construcciones bizantinas y árabes. Pero he aquí que el hermoso camino, la principal arteria del reino de Túnez, no es más que un espantoso arnero. El agua de las lluvias lo ha horadado, minado, devorado por todas partes. Tan pronto los puentes destruidos no presentan más que una masa de piedras en una rambla, como permanecen intactos, mientras que el agua, desdeñándolos, se ha ido por otro camino, abriendo al través el talud de los puentes y calzadas en una extensión de cincuenta metros.

¿Por qué estos restos, estas ruinas? Un niño lo comprendería a primera vista. Todos los puentecillos, demasiado estrechos además, están bajo el nivel de las aguas. En cuanto llegan las lluvias, los unos, envueltos por el torrente, obstruidos por las ramas que arrastra, son derribados, mientras que la caprichosa corriente, rehusando el canalizarse debajo de los siguientes, que no están sobre su ordinario curso, prosigue el camino de otros años, a despecho de los ingenieros. Este camino de Túnez a Kairouan es maravilloso de ver. Lejos de ayudas al paso de las gentes y de los coches, lo hace imposible, crea peligros sin cuento. Se ha destruido el antiguo camino árabe que era bueno, reemplazándolo por una serie de hondonadas, de arcos demolidos y de agujeros. Todo hay que rehacerlo antes de terminado. Se vuelven a comenzar los trabajos después de cada lluvia, sin querer confesar, sin consentir en comprender que será preciso volver a empezar siempre aquel rosario de puentes desmoronados. El de Enfidaville ha sido reconstruido dos veces. Acaba de ser llevado ahora otra vez. El de Oued-el-Hammam se halla destruido por cuarta vez. Son puentes nadadores, puentes sumergidos, puentes derruidos. Sólo los antiguos puentes árabes resisten a todo.

Comienza uno a disgustarse, porque el coche tiene que bajar por hondonadas casi infranqueables donde cree uno volcar diez veces por hora, luego acaba por reírse como de una increíble chocarrería. Para evitar esos temibles puentes hay que dar inmensos rodeos, ir al monte, volver al sur, tornar al este y retornar al oeste. Los pobres indígenas han tenido que abrirse paso a hachazos, a azadonazos, a hocinazos, un nuevo paso a través de los maquis, de verdes encinas, de tuyas, de lentiscos, de brezos y de pinos de Alepo, porque el antiguo paso ha sido destruido por nosotros.

Pronto desaparecen los arbustos y no vemos más que una extensión ondulante, horadada por las zanjas, donde, de sitio en sitio aparecen ya los claros huesos de un esqueleto de prominentes lados, ya una carroña medio devorada por las aves y los perros. Durante quince meses no ha caído una gota de agua en la tierra y la mitad de los animales se han muerto de hambre. Sus cadáveres permanecen sembrados por todas partes, envenenan el viento y dan a estas llanuras el aspecto de un país estéril, abrasado por el sol y asolado por la peste. Solo los perros están gordos, bien alimentados, con esta carne en putrefacción. A menudo se ven dos o tres engolfados en la misma podredumbre. Rígidamente las patas, tiran del enorme muslo de un camello o de un borrico, despedazan el pecho de un caballo o destrozan el vientre de una vaca. Y se ven a lo lejos otros que andan errantes, en busca de carroñas, olfateando y alargando su puntiagudo hocico.

Y es raro el pensar que ese suelo calcinado desde hace dos años por un sol implacable, anegado durante un mes en lluvias de diluvio, será por marzo y abril una ilimitada pradera, con hierbas que suben hasta los hombros de una persona, e innumerables flores como no vemos en nuestros jardines. Todos los años, cuando llueve, pasa el reino de Túnez, en pocos meses, por la más espantosa aridez y por la fecundidad más fogosa. De Sahara sin una brizna de hierba tornase de

repente, casi en algunos días, como por un milagro en una Normandía muy verde. Normandía embriagada de calor, de un calor que arroja en aquellas cosechas tales corrientes de savia, que nacen aquellas, crece, amarillean y se maduran casi a la vista.

Está cultivada de trecho en trecho, de una manera muy singular, por los árabes.

Estos habitan, ora las blancas ciudades, vistas de lejos, ora los *goubis*, chozas de ramaje, ora oscuras y puntiagudas tiendas ocultas, como enormes setas, detrás de secas enramadas o de bosques de cactus. Cuando la última cosecha ha sido abundante, se deciden pronto a preparar sus labores, pero cuando la sequía los ha puesto hambrientos esperan, en general, a las primeras lluvias para arriesgar sus últimos granos o para tomar del gobierno la semilla que éste les presta con bastante facilidad. Ahora bien, si los pesados chaparrones de otoño han inundado la comarca, van a buscar ya al caid que retiene el territorio fértil, ya al nuevo propietario europeo que alquila más caro, pero que no les roba y les hace en sus comprobaciones más estricta justicia, que no es venal, y designan las tierras elegidas por ellos, señalando los límites, las toman en arrendamiento por una sola estación y después comienzan a cultivarlas.

Entonces se ve un asombroso espectáculo. Siempre que, dejando las regiones pedregosas y áridas se llega a las partes fecundas, aparecen a lo lejos las inverosímiles siluetas de los laboriosos camellos uncidos a los arados. Tan gigante, fantástica bestia arrastra a con su lento paso el delgado instrumento de madera que empuja el árabe, vestido con una especie de camisa. Pronto se multiplican aquellos sorprendentes grupos, porque se aproxima un centro muy buscado. Van, vienen, se cruzan en toda la llanura, paseando el inexplicable perfil del animal, del instrumento y del hombre,

todo lo cual no forma más que un solo ser apocalíptico y solemnemente extraño.

El camello es reemplazado de vez en cuando por vacas, asnos y a veces por mujeres. Yo he visto atar una con un borrico, tirando tanto como la bestia, mientras que el marido empujaba y excitaba a tan lamentable yunta.

El surco del árabe no es ese hermoso surco profundo y recto del labrador europeo sino una especie de festón que se pasea caprichosamente a flor de tierra, alrededor de los grupos de azufaifos. Nunca se detiene este perezoso cultivador, ni se baja para arrancar un aplanta parásita brotada en medio del camino. Se aparta de ella dando un rodeo, la respeta, la encierra como si fuera preciosa, como si fuera sagrada, en los círculos tortuosos de su labor. Sus campos están, pues, llenos de arbustos, algunos de los cuales son tan pequeños que un simple esfuerzo de la mano podría extirparlos. La sola vista de esta cultura mixta de malezas y cereales acaba por enervar tanto la vista, que dan ganas de coger un azadón y limpiar las tierras por donde circulan, a través de los azufaifos salvajes, esas fantásticas tríadas de camellos, de arados y de árabes.

Se encuentra en esta tranquila indiferencia, en este respeto por la planta, brotada en la tierra de Dios, el alma fatalista del hombre oriental. Si ha crecido allí esa planta es porque Él lo ha querido sin duda. ¿Por qué deshacer y destruir su obra? ¿No es mejor apartarse y dejarla? Y si crece hasta cubrir todo el campo, ¿no hay otras tierras más lejos? ¿Por qué tomarse ese trabajo, hacer un gesto, un esfuerzo más, aumentar con una fatiga, por ligera que sea la indispensable tarea?

Entre nosotros el aldeano, trabajador, celoso de la tierra más que de su mujer, se arrojaría con el azadón en la mano sobre el enemigo que surge ante él, y no descansaría hasta que lo hubiera vencido golpeando, con gestos de leñador, la fuerte raíz sepultada en el suelo.

Aquí, ¿qué les importa? Tampoco quitan jamás la piedra que se encuentran; se apartan de ella también. En una hora podrían limpiarse algunos campos, por un solo hombre, de las movibles rocas que obligan al arado a ejecutar ondulaciones sin cuento. Jamás se verán libres. La piedra está allí, que permanezca. ¿No es la voluntad de Dios?

Cuando los nómadas han sembrado el territorio elegido por ellos, se van buscando en otra parte pastos para sus rebaños y dejando una sola familia al cuidado de las cosechas.

Estamos ahora en un inmenso dominio de 14.000 hectáreas, el cual se llama Enfida, y pertenece a algunos franceses. La compra de esta desmesurada propiedad, vendida por el general Kheired-Din, ex ministro del bey, ha sido una de las causas determinantes de la influencia francesa en Túnez.

Las circunstancias que han acompañado a esta compra son graciosas y características. Cuando los capitalistas franceses y el general se hubieron puesto de acuerdo en el precio, fueron a casa del cadí para redactar el acta; pero la ley de Túnez contiene una disposición especial que permite a los vecinos limítrofes de una propiedad vendida, el reclamar la preferencia por igual precio.

Entre nosotros, por igual precio, se entendería una suma igual en cualesquiera especies que tuvieran curso, pero el código oriental, que deja siempre una puerta abierta a los enredos, pretende que el precio sea pagado por el vecino reclamante en monedas idénticas: igual número de títulos de la misma naturaleza, billetes de banco del mismo valor, piezas de oro, de plata o de cobre. En fin, con objeto de hacer, en ciertos casos, insoluble esta dificultad, permite al cadí autorizar al primer comprador para que añada a la suma estipulada un puñado de monedas indeterminadas y, por consiguiente, desconocidas, la cual pone a los vecinos limítrofes en la imposibilidad absoluta de suministrar una suma estricta y materialmente igual.

Ante la oposición de un israelita, el señor Lévy, vecino de Enfida, pidieron los franceses al cadí autorización para añadir al precio convenido ese puñado de monedas. La autorización les fue negada.

Pero el código musulmán es fecundo en medios y se presentó otro. Tal fue el comprar esta enorme extensión de terreno de 14.000 hectáreas, menos una zona de un metro en todo alrededor. Desde entonces no había ya contacto con ningún vecino; y la sociedad franco-africana quedó, a pesar de todos los esfuerzos de sus enemigos y del ministerio del bey, propietaria de la Enfida.

Dicha sociedad ha hecho ejecutar grandes trabajos en todas las partes fértiles, ha plantado viñas, árboles, fundando ciudades, y dividiendo las tierras en porciones regulares de diez hectáreas cada una, a fin de que los árabes tuviesen toda facilidad para elegir e indicar su elección sin error posible.

Durante dos días vamos a atravesar esta provincia perteneciente a Túnez, antes de llegar al otro extremo. Hace algún tiempo que el camino, una sencilla pista al través de los bosques de azufaifos, se había mejorado, y la esperanza de llegar antes de la noche a Bou-Ficha, donde debíamos dormir, nos alentaba, cuando distinguimos un ejercito de obreros de varias razas, ocupados en reemplazar este transitable camino por una vía francesa, es decir, por un rosario de peligros, y tuvimos que volver atrás. Son sorprendentes estos obreros. El negro morrudo de grandes ojos blancos, de dientes brillantes, cava junto al árabe de fino perfil, al lado del velludo español, del marroquí, del moro, del maltés y del trabajador francés que se halla no se sabe cómo ni por qué, en este país; hay también griegos, turcos, toda clase de tipos de Levante; y se piensa en lo que debe ser la medida de moral, de probidad y de amenidad de semejante horda.

A cosa de las tres llegamos a la caravanera más vasta que he visto en mi vida. Es toda una ciudad, o más bien dicho, un

pueblo encerrado en un solo recinto que contiene, uno después de otro, tres inmensos patios donde están metidos los hombres en casitas, panaderos, zapateros, comerciantes diversos y , bajo arcadas, las bestias. Algunas celdas limpias, con camas y esteras, están reservadas para los pasajeros distinguidos.

Sobre la pared de la terraza, dos blancos pichones, plateados y relucientes, nos miran con ojos encarnados que brillan como rubíes.

Los caballos han bebido y nos volvemos a marchar.

El camino se aproxima al mar, cuya azulada superficie descubrimos allá en el horizonte. En el extremo de un cabo aparece una ciudad cuya línea recta, deslumbradora bajo el sol poniente, parece que corre por el agua. Es Hammamet, que se llamaba Put-Put durante la dominación romana. A lo lejos, ante nosotros, en la llanura, se alza una ruina que, por un efecto de óptica, parece gigantesca. Es otra tuhba romana de diez metros de alta, que se llama Kars-el Menara.

Viene la noche. Sobre nuestras cabezas ha permanecido azul el cielo, pero delante de nosotros se extiende una nube violeta, opaca, tras de la cual se oculta el sol. Por debajo de esta nube se alarga el horizonte y en el mar una estrecha cinta rosa, recta, regular, y que se torna más luminosa de minuto en minuto, a medida que desciende hacia ella el invisible astro. Pesadas aves pasan con lento vuelo; son, me parece, cernícalos. La sensación de la noche es profunda, penetra el alma, el corazón, el cuerpo con raro poder, en esta landa salvaje que va así hasta Kairouan, a dos días de marcha delante de nosotros. Tal debe ser, a la hora del crepúsculo, la estepa rusa. Encontramos a tres hombres con albornoz. De lejos los tomo por negros, tan morenos y relucientes son; luego reconozco el tipo árabe. Son gentes de Sourf, curioso oasis casi sepultado en la arena entre los Chotts y Tougourt. Las tinieblas nos envuelven en seguida. Los caballos apenas ven. De pronto surge en la sombra una pared blanca. Es la intendencia norte de

la Enfida, el bordj de Bou-Ficha, especie de fortaleza cuadrada, defendida por paredes sin aberturas y por una puerta de hierro contra sorpresas de los árabes. Están esperándonos. La mujer del intendente, la señora Moreau, nos ha preparado una magnífica comida. Hemos andado 80 Kilómetros a pesar de los puentes y calzadas.

12 de diciembre

Salimos al despuntar el día. La aurora es sonrosada, de un color intenso. ¿Cómo expresarla? Diría que es asalmonada si este matiz fuese más brillante. La verdad es que carecemos de palabras para explicar todas las combinaciones de los tonos. Nuestra mirada, la mirada moderna, sabe ver la infinita escala de matices. Distingue todas las uniones de colores entre sí, todas las graduaciones que sufren y todas las modificaciones que experimentan bajo la influencia de la luz, de las sombras, de las horas del día. Y para expresar esos millares de sutiles colores tenemos únicamente algunas palabras, las sencillas palabras que empleaban nuestros padres para manifestar las raras emociones de sus ojos.

Miremos las nuevas telas. ¡Cuántos matices inefables entre los tonos principales! Para expresarlos no puede uno servirse más que de comparaciones que son siempre insuficientes.

Lo que yo he visto aquella mañana en algunos minutos no podría expresarlo con verbos, nombres y adjetivos.

Nos acercamos más al mar, o mejor dicho, a un vasto estanque que se abre sobre el mar. Con mis anteojos distingo en el agua flamencos y dejo el coche para llegar hasta ellos por entre la maleza y mirarlos más de cerca.

Avanzo y los veo mejor, Unos nadan, otros están en pie sobre sus largas patas. Son manchas blancas y rojas que flotan, o enormes flores que brotan sobre menudos tallos de púrpura, flores agrupadas por centenares, ora en la orilla, ora en el agua. Se dijera que son acirates de carmíneos lirios, de donde salen, como una corola, cabezas de ave manchadas de sangre en el extremo de un cuello fino y encorvado.

Me acerco más y, de pronto, la banda próxima me ve o me olfatea, y huye. Primero se levanta uno solo, después todos. Es, en verdad, el prodigioso vuelo de un jardín, cuyas

canastillas se elevan hacia el cielo, una tras de otra; y yo sigo largo rato con mis anteojos las rosadas blancas nubes que se van allá abajo, hacia el mar, dejando arrastrar tras de sí todas aquellas ensangrentadas patas, finas como ramas cortadas.

Aquel gran estanque servía de refugio en otro tiempo a las embarcaciones de los habitantes de Aphrodidium, temibles piratas que allí se refugiaban.

Se distinguen a lo lejos las ruinas de aquella ciudad, donde Belisario hizo alto en su marcha hacia Cartago. Todavía se halla un arco de triunfo, los restos de un templo de Venus y de una inmensa fortaleza.

En el territorio de la Enfida se encuentran los vestigios de diecisiete ciudades romanas. Allá abajo, a la orilla, está Hergla, que fue la opulenta Aurea Coelia de Antonino, y si en vez de dirigirnos hacia Kairouan, continuásemos en línea recta, veríamos, en la noche del tercer día de camino, alzarse en una llanura completamente inculta el anfiteatro de Ed-Djem, tan grande como el coliseo de Roma, resto colosal que podía contener 80.000 espectadores.

Alrededor de este gigante, que se conservaría casi intacto si Hamouda, bey de Túnez, no le hubiese hecho abrir a cañonazos para desalojar a los árabes que se negaban a pagar el impuesto, se han encontrado, de trecho en trecho, algunas huellas de una gran lujosa ciudad, vastas cisternas y un inmenso capitel corintio del más puro arte, único trozo de mármol blanco.

¿Cuál es la historia de esta ciudad, la Tusdrita de Plinio, la Thusdrus de Ptolomeo, cuyo nombre se halla transcrito solamente uno o dos veces por los historiadores? ¿Qué le falta para ser célebre, supuesto que fue tan grande, tan poblada y tan rica? Casi nada, un Homero. Sin él, ¿qué hubiese sido Troya? ¿Quién conocería a Itaca?

En este país entra por los ojos lo que es la historia y sobre todo, lo que es la Biblia. Se comprende que los patriarcas y

todos los personajes legendarios, tan grandes en los libros, tan importantes en nuestra imaginación, fueron unos pobres hombres que andaban errantes a través de los pueblos primitivos, como andan esos árabes sencillos y graves, llenos aún del alma antigua y vestidos con el traje antiguo. Los patriarcas tuvieron poetas e historiadores para cantar su vida.

Una vez al menos por día, al pie de un olivo, en el ángulo de un bosque de cactus, se encuentra *la Huida a Egipto*, y no puede uno menos de sonreírse al pensar que los pintores han hecho sentarse a la Virgen María en el asno que fue montado sin duda alguna por José, sus esposo, mientras ella seguía con paso lento, llevando a la espalda, en un albornoz gris, el cuerpecillo, redondo como una bola, del niño Jesús.

A la que vemos, sobre todo en cada pozo, es a Rebeca. Está vestida con traje de lana azul, magníficamente envuelta; lleva en los tobillos anillos de plata y en el pecho un collar del mismo metal, formado de placas, unidas por cadenitas. A las veces, se oculta el rostro cuando nos acercamos; otras, si es hermosa, nos muestra un fresco moreno rostro que nos mira con ojos negros. Es la hija de la Biblia, aquélla de la cual ha dicho el cántico:

Nigra sum se formosa, aquélla que, sosteniendo un odre en su frente por los pedregosos caminos, mostrando la fuerte y bronceada carne de sus piernas, andando con tranquilo paso, balanceando dulcemente su gentil talle sobre las caderas, tentó a los ángeles del cielo, como nos tienta todavía a nosotros que no somos ángeles.

En Argelia y en el Sáhara argelino, todas las mujeres, así las de las ciudades como las de las tribus, van vestidas de blanco. En Túnez al contrario, las de las ciudades van envueltas de pies a cabeza en velos de muselinas negra, que las convierte en extrañas apariciones en las blancas calles de las ciudades del Sur, y las de los campos visten trajes azules, de gran efecto, que les dan un aspecto más bíblico aún.

Ahora atravesamos una llanura donde se ven por todas partes las huellas del trabajo humano, pues nos acercamos al centro de la Enfida, bautizada con el nombre de Enfidaville, después de haberse llamado Dar-el-Bey.

Allá abajo hay árboles. ¡Que asombro! Son altos ya, aunque plantados hace cuatro años no más, y demuestran la admirable riqueza de esta tierra y los resultados que puede dar un cultivo inteligente y serio. Luego, en medio de estos árboles, aparecen grandes edificios sobre los cuales flota la bandera francesa. Es el domicilio del regidor general y el germen de la ciudad futura. Un pueblo se ha formado ya en torno de esas importantes construcciones, y todos los lunes se verifica un mercado donde se hacen importantes negocios y a donde concurren en masa los árabes desde los puntos más lejanos.

Nada hay tan interesante como el estudio de la organización de este inmenso dominio, donde los intereses de los indígenas han sido protegidos con tanto cuidado como los de los europeos. Aquello es un modelo de gobierno agrario para aquellos mezclados países, donde costumbres esencialmente opuestas y diversas, exigen instituciones muy previsoras.

Después de haber almorzada en esta capital de la Enfida, salimos para visitar una curiosísima ciudad erigida sobre una roca que se halla a cinco kilómetros de distancia.

Primero atravesamos viñedos, después entramos en la landa, en esas largas extensiones de tierra amarilla, sembradas únicamente de bosques de azufaiños.

La sábana de agua subterránea está a dos, tres o cinco metros, bajo casi todas esas llanuras, que podrían convertirse, con un poco de trabajo, en inmensos campos de olivos.

Allí se ven, de trecho en trecho, bosquecillos de cactus grandes, apenas como nuestros vergeles.

He aquí el origen de estos bosques.

Existe en Túnez un uso muy interesante denominado *derecho de vivificación del suelo*, el cual permite a todo árabe apoderarse de las tierras incultas y fecundarlas si el propietario no se da prisa a oponerse a ello.

Así, pues, el árabe, en cuanto ve un campo que le parece fértil, planta olivos, sobre todo cactus, llamados impropriamente por él higueras de Berbería, y por este solo hecho se asegura el disfrute de la mitad de cada cosecha hasta la extinción del árbol. La otra mitad pertenece al propietario del suelo, quien desde entonces no tiene más que vigilar la venta de los productos para tomar su parte regular.

El árabe invasor debe tener cuidado de este campo, cuidarlo, defenderlo contra los robos, librarlo de todo mal como si le perteneciese en propiedad y todos los años pone los frutos en subasta para que el reparto sea equitativo. Por lo demás, casi siempre los adquiere él, pagando entonces al verdadero propietario una especie de canon irregular y proporcional al valor de cada recolección.

Estos bosques de cactus tienen un aspecto fantástico. Sus retorcidos cuerpos parecen cuerpos de dragones, miembros de monstruos con las escamas levantadas y erizadas de puntas. Cuando se encuentra uno por la noche, al resplandor de la luna, puede creerse que se entra en un país de ensueños.

Todo el pie de la escarpada roca que sostiene a la ciudad de Tac-Rouna está cubierto con esas altas diabólicas plantas. Se atraviesa una selva de Dante. Parece que va a moverse, a agitar sus anchas hojas redondas, espesas y cubiertas de largas agujas que van a cogeros, a estrecharos, a destrozaros con sus temibles garras. No conozco nada que alucine tanto como ese caos de piedras enormes y de cactus que guarda el pie de esta montaña.

De pronto, en medio de esas rocas y de esos vegetales de feroz aspecto, descubrimos un pozo rodeado de mujeres que iban a buscar agua. Las alhajas de plata de sus piernas, de sus

cuellos, relucían al sol. Al vernos, ocultan sus morenos rostros bajo un pliegue de la tela azul que los envuelve, y con un brazo levantado hasta la frente, nos dejan pasar, tratando de vernos. El sendero es escarpado, bueno apenas para caballerías. Los cactus han trepado también a lo largo del camino, en las rocas. Parece que nos acompañan, que nos rodean, que nos cerca, que nos siguen y que nos adelantan. Allá arriba, en la cima de la montaña, aparece siempre la brillante cúpula de una koubba.

He aquí el pueblo: un montón de ruinas, de pareces descoronadas, donde no se llega a distinguir los agujeros habitados de los que ya no sirven. Los trozos de pared, todavía en pie, al Norte y al Oeste, están de tal modo minados y amenazadores, que no nos atrevemos a pasar por en medio, pues una sacudida los derribaría.

La vista, desde lo alto, es magnífica. Al Sur, al Este y al Oeste, la llanura infinita que baña el mar en una larga extensión. Al Norte, montañas peladas, dentelladas como las crestas de los gallos. A lo lejos, el Djebel-Zagh'ouan, que domina toda la comarca.

Son las últimas montañas que distinguimos ahora hasta Kairouan.

Esta pequeña ciudad de Tac-Rouna es una especie de plaza fuerte árabe, enteramente libre de un ataque. Tac, por lo demás, es un diminutivo de Tackesche, que quiere decir fortaleza. Una de las principales funciones de los habitantes, pues no se puede decir en este caso “ocupaciones”, consiste en guardar en sus graneros los granos que los nómadas les confían después de la cosecha.

Volvemos, por la noche, a dormir en Enfidaville.

13 de diciembre

Pasamos primero por la sociedad franco-africana, luego llegamos a unas desmesuradas llanuras donde andan errantes,

por todo el horizonte, esas inolvidables apariciones compuestas de un camello, de un arado y de un árabe. Se torna después árido el suelo, y ante nosotros veo con los anteojos un gran desierto de colosales piedras, en pie, en todos sentidos, a derecha y a izquierda, hasta perderse de vista. Al acercarse, se nota que son dólmenes. Es una necrópolis de gigantescas proporciones, pues cubre cuarenta hectáreas. Todas las tumbas están compuestas de cuatro piedras planas. Tres de ellas, en pie, forman el fondo y los dos lados; otra, puesta encima, sirve de tejado. Durante mucho tiempo, todas las investigaciones hechas por el regidor de la Enfidia para descubrir cuevas bajo esos monumentos megalíticos han sido inútiles. Hace dieciocho meses o dos años que el señor Hamy, conservador del museo etnográfico de París, después de haber buscado mucho, logró descubrir la entrada de esas tumbas subterráneas, ocultas con gran destreza bajo un lecho de fuertes rocas. Ha encontrado dentro algunas osamentas y vasos de tierra que revelan sepulturas bereberes. De otro lado, el señor Mangiavacchi, regidor de la Enfidia, ha indicado, no lejos de allí, las huellas casi desaparecidas de una vasta ciudad berebere. ¿Cuál podría ser esta ciudad que ha cubierto con sus muertos una extensión de cuarenta hectáreas?

Entre los orientales, se sorprende uno sin cesar por el lugar abandonado a los antepasados en este mundo. Los cementerios son inmensos, innumerables. Se encuentran por todas partes. Las tumbas, en la ciudad de El Cairo, ocupan más que las casas. Entre nosotros, al contrario, la tierra cuesta cara y los muertos disponen de poca. Se les amontona uno contra otro, uno sobre otro, uno en otro, en un rinconcito, fuera de la ciudad, en los alrededores, entre cuatro paredes. Las losas de mármol y las cruces de madera cubren generaciones sepultadas allá hace siglos. Es un basurero de muertos a la puerta de las ciudades. Se les da justamente el tiempo de perder su forma en la tierra engrosada ya con la podredumbre humana, el tiempo

de mezclar todavía su carne descompuesta con esa arcilla cadavérica; después, como llegan otros sin cesar y se cultivan los campos con hortalizas para los vivos, se revuelve a azadones ese suelo devorador de hombres, de mujeres y de niños, olvidados y confundidos juntos; se los arroja, mezclados, en una excavación, y se ofrece a los muertos recientes, a los muertos cuyo nombre se sabe todavía, el sitio robado a los otros, que nadie conoce ya, que han vuelto por completo a la nada, pues hay que ser económico en las ciudades civilizadas.

Saliendo de este antiguo y desmesurado cementerio, distinguimos una casa blanca. Es El.Menzel, la intendencia Sur de la Enfida, donde termina nuestra etapa.

Habiendo permanecido un rato hablando después de comer, se nos ocurrió la idea de salir algunos minutos antes de acostarnos. Un claro y magnífico resplandor de la luna alumbraba la estepa y deslizándose entre las escamas de cactus enormes nacidos a algunos metros delante de nosotros, les daba el aspecto sobrenatural de un rebaño de bestias infernales que lucían de repente en el espacio, y en todas direcciones, las redondas placas de sus infernales cuerpos.

Y como nos hubiésemos detenido para mirarlos, un lejano ruido, continuo, poderoso, llegó hasta nosotros. Eran innumerables voces, agudas o graves, de todos los timbres imaginables, silbidos, gritos, llamadas, el rumor desconocido e imponente de enloquecida muchedumbre, de una muchedumbre indefinible, no real, que debía luchar en alguna parte, se ignoraba dónde, en el cielo e en la tierra. Prestando oído hacia todos los puntos de horizonte, acabamos por descubrir que aquel clamor venía del sur. Entonces alguien dijo:

– Son los pájaros de lago Tritón.

Debíamos, efectivamente, pasar al otro día junto a esos lagos, llamado por el árabes El-Kelbia (la perra), de una

superficie de 10.000 a 13.000 hectáreas, del cual hacen algunos geógrafos modernos el antiguo mar interior de África, que hasta hoy había sido colocado en los *chotts* Fedjedj, R'arsa y Melr'ir.

Era en verdad el piador pueblo de aves acuáticas, acampado como un ejército de diversas tribus a orillas del lago, el cual se hallaba, no obstante a 16 kilómetros, lo que producía en medio de la noche aquella confusa gritería, pues hay millares de todas clases y formas, de todas plumas, desde el pato de nariz aplastada hasta la cigüeña de largo pico. Hay ejércitos de flamencos y de grullas, bandadas de fulgas y de gaviotas, regimientos de colimbos, de pardales y de bacasinas. Y a la dulce claridad de la luna, todos esos animales, alegrados por la hermosa noche, lejos del hombre, que no tiene habitación próxima a su gran reino líquido, se agitan, lanzan sus gritos, hablan sin duda en su lenguaje de aves, atruenan el luminoso cielo con sus penetrantes voces, a las cuales responde sólo el lejano ladrido de los perros árabes o el aullido de los chacales.

14 de diciembre

Después de haber atravesado todavía algunas llanuras cultivadas acá y allá por los indígenas, pero que permanecen completamente incultas la mayor parte del tiempo, aunque son muy fértiles, descubrimos a la izquierda la extensa sabana de agua del lago Tritón. A medida que va uno aproximándose poco a poco, parece que se ven islas, grandes y numerosas islas, tan pronto blancas como negras. Son poblaciones de aves que nadan, que flotan en masas compactas. Por las orillas se pasean dos a dos, tres a tres, enormes grullas sobre sus elevadas patas. Otras se ven en la llanura entre los bosques de maquis que dominan sus inquietas cabezas.

Este lago, cuya profundidad alcanza seis u ocho metros, se ha quedado enteramente seco este verano después de los quince meses de sequía que ha sufrido el reino de Túnez, cosa que jamás se había visto. Pero a pesar de su considerable extensión bastó un solo día para que se llenara en el otoño, porque a él van a parar todas las lluvias que caen de las montañas del centro. La gran riqueza futura de estos campos consiste en que en vez de hallarse atravesados por ríos frecuentemente secos, pero de curso preciso y que canalizan el agua del cielo, como la Argelia, apenas están recorridos por algunas zanjas, donde el menor obstáculo basta para detener los torrentes. Ahora bien, como su nivel es igual por todas partes, cada chaparrón que cae sobre las montañas lejanas se esparce por toda la llanura, convirtiéndola, durante algunos días o durante algunas horas, en inmensa laguna y depositando allí en cada una de estas inundaciones nuevas capas de limo que la engruesan y fertilizan, como un Egipto que no tuviese Nilo.

Ahora llegamos a unas ilimitadas landas donde se esparce una intermitente lepra, una plantita gruesa de color verde tirando a gris que gusta mucho a los camellos. Así, pues, se ve pastar inmensos rebaños de dromedarios. Cuando pasamos por en medio de ellos nos miran con sus grandes relucientes ojos, y parece que se halla uno en los primeros tiempos del mundo, en los días en que el Creador, dudando, arrojaba a manos llenas sobre la tierra, como para juzgar del valor y del afecto de su problemática obra, las informes razas que después han destruido poco a poco dejando sobrevivir algunos tipos primitivos en ese gran continente descuidado, el África, donde ha olvidado en sus llanuras la jirafa, el avestruz y el dromedario.

¡Ah! ¡Qué curiosa escena se ofrece a nuestra vista! Una camella que acaba de parir y que se va hacia el campamento seguida de su cría, a la cual arrear con vara dos pequeñuelos árabes, cuyo rostro no llega a los cuartos traseros del camellito.

Es grande esta cría sostenida por inmensas patas que llevan a un débil cuerpecillo terminado por un cuello de pájaro y una asombrosa cabeza, cuyos ojos miran hace un cuarto de hora estas cosas nuevas: el día, la landa y el animal que siguen. Andan muy bien, sin embargo; con desenvoltura, sin vacilar por aquel terreno desigual y comienza a olfatear la mamá, pues la naturaleza no ha hecho tan alto a este animal recién nacido sino para que pueda llegar al escarpado vientre de su madre.

Otros hay que tienen algunos días, otros, algunos meses, otros muy grandes, cuyo pelo parece una enramada; algunos son amarillos, otros de un gris blanquecino y otros negruzcos. Hacen tan extraño el paisaje que yo nunca he visto nada que se le parezca. A derecha e izquierda hay líneas de piedras puestas en fila como soldados, todas con idéntico orden, en la misma dirección, inclinadas hacia Kairouan, invisible todavía. Se diría que van de marcha, por batallones, esas piedras colocadas una detrás de otra formando filas rectas, separadas por algunos centenares de pasos. Cubren así varios kilómetros. Entre ellas no hay más que arena arcillosa. Esta colocación es una de las más curiosas del mundo y tiene su leyenda.

Cuando Sidi-Okba llegó con sus caballeros a este siniestro desierto donde se ve hoy todavía lo que queda de la ciudad santa, acampó en esta soledad. Sorprendidos sus compañeros de verle detenerse en semejante sitio, le aconsejaron que se alejara, pero él respondió:

– Debemos quedarnos aquí hasta fundar una ciudad, porque tal es la voluntad de Dios.

Ellos le objetaron que no había agua para beber ni madera ni piedras para construir.

Sidi-Obka les impuso silencio con estas palabras: “¡Dios proveerá!”

Al día siguiente fueron a decirle que un lebrél había encontrado agua. Cavaron en aquel sitio y encontraron a dieciséis metros de profundidad el manantial que alimenta al

gran pozo terminado por una cúpula, donde un camello da vuelta durante todo el día al aparato elevador.

Al día siguiente también, algunos árabes enviados a inspeccionar, anunciaron a Sidi-Okba que habían visto selvas en las pendientes de las montañas vecinas.

Y al día siguiente varios caballeros que habían salido por la mañana, volvieron al galope gritando que acababan de encontrar piedras, un ejército de piedras en marcha, enviadas por Dios sin duda.

Kairouan, a pesar de este milagro, está construida casi por completo de ladrillos.

Pero la llanura se ha convertido en una laguna de amarillo lodo donde los caballos resbalan, hacen esfuerzos por avanzar sin lograrlo, se fatigan y caen. Se hunden en ese pegajoso receptáculo hasta las rodillas. Las ruedas penetran hasta su mitad. El cielo se ha nublado, la lluvia cae, una lluvia fina que oscurece el horizonte. Tan pronto parece mejor el camino cuando se sube una de las siete ondulaciones llamadas las siete colinas de Kairouan, como se convierte en una espantosa cloaca cuando se baja. De pronto se detiene el coche, una de las ruedas de atrás se ha enclavado en la arena.

Preciso es echar pie a tierra y servirse de las piernas. Henos aquí, pues, bajo la lluvia, azotados por un viento furiosos, levantando a cada paso una enorme masa de arcilla que cubre nuestro calzado, dificultando nuestra marcha hasta el punto de tornarla fatigosa; sumergiéndose a veces en el lodo, jadeantes, maldiciendo el sur glacial y realizando hacia la ciudad santa una peregrinación que nos valdrá alguna indulgencia después de este mundo, si, por acaso, el dios del Profeta es el verdadero.

Se sabe que para los creyentes siete peregrinaciones a Kairouan valen una peregrinación a la Meca.

Después de uno o dos kilómetros de semejante fatigoso patinar, descubro entre la bruma, a lo lejos delante de mí, una

torre pequeña puntiaguda, apenas visible, apenas más coloreada que la niebla, y cuya cúspide se pierde entre las nubes. Es una aparición vaga y conmovedora que se determina poco, toma una forma más clara y se convierte en un gran minarete de pie en el cielo sin que se vea ninguna otra cosa, nada alrededor, nada debajo: ni la ciudad, ni las murallas, ni las cúpulas de las mezquitas. La lluvia nos azota el rostro y caminamos lentamente hacia ese faro grisáceo erguido ante nosotros como una torre fantasma que pronto va a borrarse entrando de nuevo en la sabana de bruma de donde acaba de surgir.

Luego, a la derecha, se presenta un monumento cargado de cúpulas: esta mezquita llamada del Barbero, y por último aparece la ciudad, una masa indistinta, indecisa, detrás de la gasa formada por la lluvia; y el minarete parece menor que poco antes, cual si acabara de embutirse en las murallas después de haberse levantado hasta el firmamento.

¡Oh, triste ciudad perdida en aquel desierto, en aquella soledad árida y abandonada! En las estrechas y tortuosas calles nos miran pasar lo árabes, medio escondidos en los puestos de los vendedores; y cuando encontramos a una mujer, aquel negro espectro, entre las paredes amarillentas por el aguacero, se asemeja a la muerte que se pasea.

Nos ofrece hospitalidad el gobernador tunecino de Kairouan. Mohammed-el-Marabout, general del bey, muy noble y piadosísimo musulmán que ha realizado ya tres veces la peregrinación a la Meca. Nos conduce con galantería hacia las habitaciones destinadas a los extranjeros, donde encontramos amplios divanes y admirables mantas árabes en que envolvernos para dormir. Uno de sus hijos trae en sus propias manos, para mejor honrarnos, todos los objetos que necesitamos.

Esta misma noche cenamos en casa del cónsul francés, donde somos acogidos con tal alegría que nos reanima, consolándonos de nuestra triste llegada.

15 de diciembre

Aún no es de día cuando me despierta uno de mis compañeros. Tenemos proyectado tomar un baño morisco muy temprano, antes de visitar la ciudad.

Ya circulaba la gente por las calles, pues los orientales se levantan antes de salir el sol, y distinguimos por entre las casas un hermoso cielo limpio y pálido, lleno de promesas de calor y de luz.

Recorremos callejuelas y más callejuelas, pasamos los pozos donde el camello, uncido a la noria, da vueltas sin fin para subir agua, y penetramos en una casa sombría, de gruesas paredes, donde no se ve nada en un principio y cuya atmósfera húmeda y cálida sofoca un poco al entrar.

Hay allí algunos árabes que dormitan sobre esteras; y el propietario del edificio, después de habernos hecho desnudar, nos introduce en unos cuartos, especie de calabozos negros y abovedados, donde el naciente día cae del techo por un vidrio pequeño, y cuyo suelo está cubierto de un agua pegajosa, sobre la cual no se puede andar sin exponerse a cada paso a resbalar y caer.

Terminadas todas las operaciones del masaje, cuando volvemos al aire libre, se apodera de nosotros una embriaguez de alegría, pues el naciente sol ilumina las calles y nos muestra, blanca como todas las ciudades árabes, pero más salvaje, más duramente caracterizadas, más señaladas por el fanatismo, conmovedora en su visible pobreza, en su miserable y altiva nobleza a Kairoaun la Santa.

Los habitantes acaban de pasar por una horrible miseria, y se reconoce perfectamente en todas partes ese aspecto de hambre que parece hallarse esparcida hasta por las casas. Se venden allí, como en los pueblos del centro de África, toda clase de cosas insignificantes, en tiendas del tamaño de cajones, donde los vendedores están acurrucados a la turca. Dátiles de Gafsa o del Souf, aglomerados en grandes frasquetos de una pasta viscosa cuyos vendedores, sentados sobre la propia mercancía, arrancan pedazos con sus dedos. Legumbres, pimientos, pastas, y en los *souks*, largos bazares tortuosos y abovedados, telas, alfombras, sedería recamada, bordados de oro y plata, y un gran número de zapateros que hacen babuchas de cuero amarillo. Hasta la ocupación francesa no habían podido establecerse los judíos en esta impenetrable ciudad; hoy pululan por ella y la roen. Detentando las alhajas de las mujeres y los títulos de propiedad de algunas casas sobre las cuales han prestado dinero y cuya propiedad pasa en seguida a sus manos por consecuencia del sistema de renovación y multiplicación de la deuda, que practican con destreza.

Nos dirigimos hacia la mezquita de Djama-Kebir, o de Sidi-Obka, cuyos altos minaretes dominan la ciudad y el desierto que la aísla del mundo. Se nos muestra de repente en la revuelta de una calle. Es un inmenso y pesado edificio, sostenido por enormes contrafuertes, una masa blanca, imponente, de rara y selvática hermosura. Al penetrar en ella, aparece primeramente un magnífico patio encerrado por un claustro doble sostenido por dos elegantes líneas de columnas romanas. Parece que se halla uno en el interior de un hermoso monasterio de Italia.

La mezquita propiamente dicha está a la derecha, tomando la luz de este patio por dieciséis puertas de dos hojas, que hacemos abrir de par en par antes de entrar.

No conozco en el mundo más que tres edificios religiosos que me hayan producido la emoción inesperada y violenta de

este bárbaro y sorprendente monumento: el monte de San Miguel, San Marcos de Venecia y la capilla palatina de Palermo.

Estas son las obras razonadas, estudiadas, admirables, de grandes arquitectos, seguros del efecto de ellas, piadosos sin duda, pero artistas ante todo, inspirados por el amor de las líneas, de las formas y de la belleza decorativa, tanto o más que por el amor de Dios. Aquí ocurre otra cosa. Un pueblo fanático, errante, apenas capaz de construir murallas, venido a una tierra cubierta de ruinas dejadas por sus predecesores, recogió lo que le pareció más bello; y a su vez, con esos restos del mismo estilo y del mismo orden, levantó, mudo por una sublime inspiración, una morada a su Dios, una morada construida de pedazos arrancados a las ciudades derrumbadas; pero tan perfecta y magnífica como las más puras concepciones de los más grandes artífices en piedra.

Ante nosotros aparece un templo inmenso, que parece un bosque sagrado, pues ciento ochenta columnas de ónix, de porfirio y de mármol, sostienen la bóveda de diecisiete naves correspondientes a las diecisiete puertas.

La mirada se detiene, se pierde en esta profunda confusión de pequeños pilares redondos de irreprochable elegancia, cuyos matices todos se mezclan y armonizan y cuyos capiteles bizantinos de la escuela africana y de la escuela oriental son de un trabajo raro y de una diversidad infinita. Algunos me han parecido de perfecta belleza. El más original, tal vez, representa una palmera inclinada por el viento.

A medida que avanzo por esta mansión divina, todas las columnas parecen salir de sus sitios, girar en torno de mí y formar variadas figuras de cambiante regularidad.

En nuestras catedrales góticas, el gran efecto se obtiene por la desproporción calculada de la altura respecto de la extensión. Aquí al contrario; la armonía única de este bajo templo procede de la proporción y del número de estos fustes

ligeros que sostienen al edificio, le agrandan, lo pueblan, le hacen lo que es y crean su gracia y su esplendor. Su coloreada multitud produce en el ojo la impresión de lo ilimitado, mientras que la extensión poco elevada del edificio produce en el alma una sensación de pesadez. Esto es amplio como un mundo y allí se siente el anonadamiento por la omnipotencia de un Dios.

El Dios que ha inspirado esta soberbia obra de arte es seguramente el que dictó el Corán, no el de los Evangelios. Su ingeniosa moral se extiende más que se eleva, nos asombra por su propagación más que por su altura de miras.

Por todas partes se hallan notabilísimos detalles. La habitación del sultán, el cual entraba por una puerta reservada, está construida de paredes de madera trabajada como por cinceladores. La cátedra, también de recuadros perfectamente trabajados, produce un gran efecto, y la *mihrab*, que indica la Meca, es un admirable nicho de mármol esculpido, pintado y dorado, con una ornamentación y un estilo exquisitos.

Al lado de esta *mihrab* dos columnas próximas dejan apenas entre ellas espacio para que pase un cuerpo humano. Los árabes que pueden pasar por allí quedan curados del reumatismo, según unos; según otros, obtienen otros favores más ideales.

Enfrente de la puerta central de la mezquita, la novena, a derecha e izquierda, se alza el minarete al otro extremo del patio. Tiene ciento veintinueve escalones que nosotros subimos.

Desde allá arriba, Kairouan, a nuestros pies, parece un tablero de terrazas de yeso, de donde brotan por todas partes las grandes cúpulas deslumbradoras de las mezquitas y de las *koubbas*. En todo alrededor, hasta el horizonte, un desierto amarillo y limitado, mientras que cerca de las murallas aparecen acá y allá las placas verdes de los campos de cactus.

Este horizonte está completamente vacío y es muy triste y más desconsolador que el propio Sáhara.

Kairouan era, según parece, mucho más grande. Se citan aún los nombres de los barrios que han desaparecido.

Estos barrios son: Draaa-el-Temmar, colina de los vendedores de dátiles; Draa-el-Ouiba, colina de los medidores de trigo; Draa-el Kerrouia, colina de los vendedores de especias; Draa-el-Gatrania, colina de los vendedores de algodón; Derb-es-Mesmar, barrio de los vendedores de clavo.

Aislada fuera de la ciudad, distante apenas un kilómetro, la *zaouia*, o más bien la mezquita de Sidi-Sahab (el barbero del Profeta), atrae de lejos la mirada. Hacia ella nos dirigimos.

Muy diferente de Djama-Kebir, de donde salimos, nada imponente, es la más graciosa, vistosa y coqueta de las mezquitas, así como la muestra más perfecta que yo he visto del arte decorativo árabe.

Se entra por una escalera de porcelanas antiguas, de un estilo delicioso, en una salita entarimada. La sigue un largo patio, estrecho, rodeado de un claustro de arcos de hierro que caen sobre columnas romanas y producen, cuando se entra allí en un claro día, el deslumbramiento del sol que se extiende dorado por todas aquellas paredes cubiertas de porcelanas de admirables tonos, cuya variedad es infinita. El patio grande y cuadrado, a donde se llega en seguida, está adornado del mismo modo. La luz brilla, centellea y barniza de fuego este inmenso palacio de esmalte, donde se ilumina bajo el resplandor del cielo del Sáhara todos los dibujos y todos los coloridos de la cerámica oriental. Por encima se extienden caprichosos arabescos muy delicados. En este patio de hadas es donde se abre la puerta del santuario que contiene la tumba de Sidi-Sahab, compañero y barbero del Profeta, de cuya barba guardó en el pecho, hasta su muerte, tres pelos.

Este santuario, adornado de dibujos ejecutados en mármol blanco y negro, donde se enrollan varias inscripciones,

lleno de alfombras y de cortinajes, me ha parecido menos hermoso y menos sorprendente que los dos inolvidables patios por donde a él se llega.

Al salir, atravesamos un tercer patio lleno de jóvenes. Es una especie de seminario musulmán, una escuela de fanáticos.

Todas estas *zaouias* de que está cubierto el suelo del Islam son, por decirlo así, el germen de las innumerables órdenes y cofradías, entre las cuales se reparten las devociones particulares de los creyentes.

Las principales de Kairouan (no hablo de las mezquitas que pertenecen a Dios sólo) son: Zaouia de Si-Mohammed-Elouani; zaouia de Sidi-Abd-el-Kader-ed-Djilani, el mayor santo del Islam y el más venerado; zaouia de Tidjani; zaouia de Si-Hadid-el-Khrangani; zaouia de Sidi-Mohammed-ben-Aissa de Meknès, que contiene tamboriles, derboukas, sables, puntas de hierro y otros instrumentos indispensables para las ceremonias salvajes de los Aissaoua.

Estas innumerables órdenes y cofradías del Islam, que recuerdan por muchos conceptos a nuestras órdenes católicas, y que colocadas bajo la invocación de un marabut venerado, se unen al Profeta por una cadena de piadosos doctores que los árabes llaman “Selselat”, han tomado desde principios del siglo sobre todo, una extensión considerable, y son el baluarte más temible de la religión mahometana contra la civilización y la dominación europeas.

Bajo este título: Maraboust y Khonan, las ha enumerado y analizado el comandante Rinn de una manera tan completa como es posible.

Encuentro en este libro algunos textos curiosísimos sobre las doctrinas y prácticas de estas confederaciones.

Todas ellas afirman haber conservado intacta la obediencia a los cinco mandamientos del Profeta y tener en él el único camino para lograr la unión con Dios, que es el objetivo de todos los esfuerzos religiosos de los musulmanes.

A pesar de esta pretensión de ortodoxia y de pureza de doctrina, todas estas órdenes y cofradías tienen usos, enseñanzas y tendencias muy diferentes.

Unas forman poderosas asociaciones piadosas dirigidas por sabios teólogos de vida austera, hombres verdaderamente superiores, tan instruidos teóricamente como temibles diplomáticos en sus relaciones con nosotros, y que gobiernan con rara habilidad esas escuelas de ciencia sagrada, de alta moral y de combate contra el europeo. Otras forman extrañas reuniones de fanáticos o de charlatanes y parecen compañías de payasos religiosos, ora exaltados y convencidos, ora puros saltimbanquis que explotan la necesidad y la fe de los hombres.

Como ya he dicho, el único objetivo de los esfuerzos de todo buen musulmán es la unión íntima con Dios.

Varios procedimientos místicos conducen a este estado perfecto, y cada confederación posee su método catequista. En general, este método lleva al sencillo adepto a un estado de embrutecimiento absoluto, que lo convierte en ciego y dócil instrumento puesto en manos del jefe.

Cada orden tiene a su cabeza un *cheik*, maestro de la orden.

“Estarás entre las manos de tu *cheik* como el cadáver entre las manos del que lava los muertos. Obedécele en todo lo que manda, porque es Dios mismo quien manda por su voz. Desobedecerle es atraerse la cólera de Dios. No olvides que tú eres su esclavo y que no debes hacer nada sin su mandato.

“El *cheik* es el hombre querido de Dios; es superior a todas las demás criaturas y está colocado después de los profetas. No veas sino a él por todas partes. Destierra de tu corazón cualquier otro pensamiento que aquél que tenga a Dios o al *cheik* por objeto propio.”

Bajo este personaje sagrado están los *moquaddem*, vicarios del *cheik* y propagadores de la doctrina.

Los simple iniciados en la orden se llaman los *khouan*, los hermanos.

Cada cofradía, para alcanzar ese estado de alucinación en que el hombre se confunde con Dios, tiene pues su oración especial o más bien su gimnasia del embrutecimiento. Eso se llama el *dirkr*.

Consiste casi siempre en una invocación muy corta, o mejor dicho, el anunciado de una palabra o de una frase que debe ser repetida un número infinito de veces.

Los adeptos pronuncian con movimientos regulares de la cabeza y del cuello, doscientas, quinientas, mil veces seguidas, ya la palabra Dios, ya la fórmula que entra en todas sus oraciones. “No hay Dios sino Alá”, añadiendo algunos versículos cuyo orden es el signo de reconocimiento de la cofradía.

El neófito, en el momento de su iniciación se llama *talamid*, después *mourid*, luego *faquir*, más tarde *soufi* y *salek* sucesivamente, y por último *med jedoub* (el alucinado). En este momento es cuando se declara en él la inspiración o la locura, separándose el espíritu de la materia y obedeciendo al impulso de una especie de histerismo místico. El hombre desde entonces no pertenece ya a la vida física. A la sazón no existe para él más que la vida espiritual, y no necesita en lo sucesivo observar las prácticas del culto.

Sobre este estado no hay más que el de *touhid*, que es la suprema beatitud, la identificación con Dios.

El éxtasis tiene también sus grados que están muy bien descritos por Cheik-Snoussi, afiliado a la orden de los Khelouatya, visionarios intérpretes de los ensueños. Se notarán las raras semejanzas que hay entre estos místicos y los místicos cristianos.

He aquí lo que escribe Cheik-Snoussi:

“...El adepto goza en seguida de la manifestación de otras luces que son para él el más perfecto de los talismanes.

“El número de estas luces es de setenta mil; se subdivide en varias series y compone los siete grados por los cuales se llega al estado perfecto del alma. El primero de estos grados es la humanidad donde se distinguen diez mil luces, perceptibles solamente para los que pueden llegar a ellas. El color de estas luces que se confunden unas con otras es oscuro. Para alcanzar el segundo de los grados es preciso que el corazón se haya santificado. Entonces se descubren otras diez mil luces inherentes a este segundo grado que es el del *éxtasis apasionado*; el color de ellas es azul claro. Se llega después al tercer grado que es el *éxtasis del corazón*. En él se ven el infierno y sus atributos, así como otras diez mil luces cuyo color es tan rojo como el producido por una llama purísima... Este punto es el que permite ver a los genios con todos sus atributos, pues el corazón puede gozar de siete estados espirituales accesibles para ciertos afiliados.

“Elevándose luego a otro grado, se distinguen diez mil nuevas luces, inherentes al estado del alma inmaterial. Estas luces son de un color amarillo muy acentuado, y en ellas se ven las almas de los santos y de los profetas.

“El quinto grado es el del *éxtasis misterioso*, en el cual se contempla a los ángeles y se ven otras diez mil luces, de un blanco muy brillante.

“El sexto grado es el del *éxtasis de obsesión*. En él se goza de otras diez mil luces, cuyo color es el de los más limpios espejos. Llegados a este punto, se experimentan un delicioso encanto del alma que ha tomado el nombre de El-Khadir, y que es el principio de la vida espiritual. Entonces solamente se ve a nuestro profeta Mohammed.

“Al cabo se llega a las últimas diez mil luces, ocultas hasta alcanzar este séptimo grado, que es la beatitud. Estas luces son verdes y claras, pero sufren transformaciones sucesivas, pasando por el color de las piedras preciosas para tomar en seguida un tinte claro y adquirir finalmente otro tinte

que no guarda semejanza con ninguno, que no existe en parte alguna, pero que se halla extendido por todo el Universo... En este estado se descubren los atributos de Dios... Parece entonces que no pertenecen a este mundo. Las cosas de la tierra desaparecen.”

¿No hay aquí los siete castillos del cielo de Santa Teresa y los siete colores correspondientes a los siete grados del éxtasis? He aquí el modo especial que emplean los Khelouatya para lograr este enloquecimiento:

“Se sientan con las piernas cruzadas y repiten durante cierto tiempo: *No hay otro Dios que Alá*, llevando la boca alternativamente desde la parte superior del hombro derecho, por delante el cuerpo, hasta la tetilla izquierda. En seguida recitan la invocación que consiste en articular los nombres de Dios que implican la idea de su grandeza y poder, no citando más que los diez siguientes, en el mismo orden en que se hallan colocados: *Él, Justo, Vivo, Irresistible, Dadivoso por excelencia, Proveedor por excelencia, El que abre a la verdad los corazones de los hombres endurecidos, Único, Eterno, Inmutable.*”

Los adeptos deben recitar cien veces o más, al final de cada invocación, ciertas oraciones.

Se colocan en círculo para hacer su oración particular. El que la recita, al decir *Él*, avanza la cabeza al medio del corro, torciéndola hacia la derecha y echándola luego atrás por el lado izquierdo, hacia la parte exterior. Uno solo de entre ellos comienza a decir la palabra *Él*, después de lo cual, todos los demás la repiten a coro, llevando la cabeza, primero a la derecha y luego a la izquierda.

Comparemos estas prácticas con las de los Quadrya: “Habiéndose sentado con las piernas cruzadas, tocan la extremidad del pie derecho, luego la arteria principal llamada El-Kias, que rodea las entrañas: colocan la mano abierta, con los dedos separados, sobre la rodilla, llevando la cara hacia el

hombro derecho, luego hacia el izquierdo y después la bajan. En estos movimientos dicen respectivamente: *ha, hou, hi*. En seguida vuelven a empezar. Es indispensable que quien pronuncia estas palabras se detenga en la primera, tanto tiempo como su aliento se lo permita; luego, cuando se ha purificado, debe detenerse igualmente en el nombre de Dios, mientras que su alma pueda ser objeto de reprensión; después se pronuncia el nombre *hou* cuando la persona está dispuesta a la obediencia; y finalmente, cuando el alma ha alcanzado el grado de perfección apetecible, puede decir el último nombre, la palabra *hi*.”

Estas oraciones, que deben producir el anonadamiento de la individualidad del hombre, absorbido por la esencia de Dios (es decir, el estado después del cual se llega a la contemplación de Dios en sus atributos) se denominan *ouerd-debered*.

Pero entre todas las cofradías de Argel, las de los Aissaoua son seguramente las que atraen más curiosidad de los extranjeros.

Se conocen las espantosas prácticas de esos juglares histéricos, que después de haberse arrastrado hasta el éxtasis, forman una especie de cadena magnética y recitan sus oraciones, en las espinosas hojas de los cactus, clavos, escorpiones, serpientes, etc. A menudo devoran estos locos, en medio de horribles convulsiones, un carnero vivo: lana, piel, carne ensangrentada, no dejando en el suelo más que algunos huesos. Se clavan puntas de hierro en las mejillas o en el vientre; y después de morir, cuando se les ha hecho la autopsia, se hallan objetos variados dentro del estómago.

Se encuentran en los textos de los Aissaoua las más poéticas oraciones y enseñanzas de todas las cofradías del islamismo.

Citaré solamente algunas frases tomadas del comandante Rinn:

“El profeta dijo un día a Abou-Dirr-el-Rifari:

“—Abou-Dirr, la risa de los pobres es una adoración; sus juegos son la proclamación de la alabanza de Dios; su sueño es la limosna.”

El cheik ha dicho también:

“Rezar y ayunar en la soledad y no tener compasión alguna en el corazón, se llama en la buena vida hipocresía.”

“El amor es el grado más completo de la perfección. El que no ama, no ha llegado a nada en la perfección. Hay cuatro clases de amor: el amor por la inteligencia, el amor por el corazón, el amor por el alma y el amor misterioso.”

¿Quién ha definido jamás el amor de una manera más completa, más sutil y más hermosa?

Podrían multiplicarse hasta el infinito las citas.

Pero al lado de esas órdenes místicas que pertenecen a los más grandes ritos ortodoxos musulmanes, hay una secta disidente, la de los Ybaditas o Beni-Mzab, que ellos han hecho fértil mediante prodigiosos esfuerzos.

Se encuentra con estupefacción en la pequeña república de estos puritanos del Islam, los principios gubernamentales del socialismo al mismo tiempo que la organización de la iglesia presbiteriana, en Escocia. Su moral es dura, intolerable, inflexible, tienen el horror de la efusión de sangre y no la admiten más que en defensa de la fe. La mitad de los actos de la vida, al contacto accidental o voluntario de la mano de una mujer, de un objeto húmedo, sucio o prohibido, son faltas graves que reclaman abluciones particulares y prolongadas.

El celibato, que conduce a la depravación, la cólera, los cantos, la música, el juego, el baile, todas las formas del lujo, el tabaco, el café tomado en un establecimiento público son pecados que pueden acarrear, si en ellos se persevera, una temible excomuniación llamada la *tebria*.

Contra la doctrina de la mayor parte de los congregacionistas musulmanes, que declaran a las prácticas piadosas, a las oraciones y a la exaltación mística suficientes

para salvar al creyente cualesquiera que sean sus actos, los ibaditas no admiten la salvación eterna del hombre más que la pureza de su vida. Llevan al exceso la observancia de las prescripciones del Corán, tratan como heréticos a los derviches y a los kaquires, no creen valedera ante Dios, como soberanamente justo e inflexible, la intervención de los profetas o santos cuya memoria veneran sin embargo. Niegan los inspirados y los iluminados y no reconocen ni siquiera al imán el derecho de perdonar a sus semejantes, pues sólo Dios puede ser juez de la importancia de las faltas y del valor del arrepentimiento.

Los ibaditas son además cismáticos que pertenecen al más antiguo de los cismas del Islam y descienden de los asesinos de Alí, yerno del Profeta.

Pero las órdenes que cuentan en Túnez más prosélitos parecen ser en primera línea, con los Aissaoua, la de los Tidjanya y la de los Quadrya, fundada esta última por Abd-el-Kader-el-Djinani, el hombre más santo del Islam después de Mohammed.

Las zaouias de estos dos marabuts, que nosotros visitamos después de la del Barbero, están lejos de alcanzar la elegancia y la belleza de los dos monumentos que hemos visto primero.

16 de diciembre

La salida de Kairouan hacia Sousse aumenta más la impresión de tristeza de la ciudad santa.

Después de vastos cementerios, inmensos campos de piedras, se ven colinas de basura, amasadas con los desperdicios de la ciudad, acumulados durante siglos; después vuelve a empezar la llanura cenagosa por la cual se camina a

menudo sobre conchas de tortugas, luego empieza la landa donde pastan camellos. Detrás de nosotros la ciudad, los torreones, las mezquitas y los minaretes se ven erguidos en medio de aquella triste soledad, como un espejismo del desierto, alejándose y desapareciendo luego poco a poco.

Después de algunas horas de camino hacemos la primera parada junto a una *koubba* en un bosque de olivos. Nos hallamos en Sidi-el-Hanni, y yo no he visto jamás al sol hacer de una cúpula blanca una maravilla de color más admirable. ¿Es blanca la cúpula?

—Sí; ¡de un blanco deslumbrador! Y sin embargo, la luz se descompone por modo tan extraño sobre aquel enorme huevo, que se distingue allí toda una magia de misteriosos matices, que parecen evocados más bien que aparecidos, ilusorios antes que reales, y tan finos, tan delicados, tan confundidos en aquel blanco de nieve que no se muestra en seguida, sino después de deslumbrar y sorprender a la mirada. Entonces sólo a ellos se distingue, tan numerosos, tan diversos, tan potentes y casi invisibles sin embargo. Cuanto más se los mira, más se acentúan. Ondas de oro corren por sus contornos, secretamente extinguidas en un baño de color lila, ligero como un vapor, atravesando espacios azulados. La inmóvil sombra de una rama es acaso gris, quizá verde, tal vez amarilla. No lo sé. Bajo la cornisa, me parece de color de violeta la pared; y adivino que el ambiente es de color de la malva, en torno de aquella deslumbrante cúpula que ahora me parece casi sonrosada, sí, casi sonrosada, cuando la fatiga de su relucir mezcla todos sus tonos tan finos y tan claros que enloquecen los ojos. Y la sombra de esta Koubba bajo este sol, ¿de qué color es? ¿Quién puede saberlo, expresarlo, pintarlo? ¿Durante cuántos años será preciso fijar nuestros ojos y nuestro pensamiento en esas coloraciones inaprensibles, tan nuevas para nuestros órganos, acostumbrados a ver la atmósfera de Europa, sus efectos y reflejos, antes de comprender éstos, de

distinguir y expresarlos hasta producir en los que miren los lienzos, en que ellos queden fijos por un pincel de artista la completa emoción de la verdad?

Entramos ahora en una región menos desnuda, donde brota el olivo, en Moureddin. Junto a un pozo, ríe, enseñando sus dientes al vernos pasar, una hermosa muchacha, y algo más lejos, adelantamos a un elegante caballero de Soussa, que vuelve de la ciudad, montado en su burro y seguido de su negro que lleva un fusil. Viene, sin duda, de visitar su campo de olivos o su viña. En el camino, enclavado entre los árboles, ofrece un aspecto encantador. El hombre es joven, está vestido con una chaqueta verde y un chaleco de color rosa, ocultas en parte ambas prendas por un albornoz de seda, que le cae de los hombros hasta los riñones. Sentado como una mujer sobre su burro que marcha al trote, le golpea el costado con sus dos piernas cubiertas por unas medias muy blancas, mientras que sostiene fijos en sus pies, no se sabe cómo, dos borceguíes barnizados que no se adhieren a sus talones.

Y el negrito, vestido de encarnado, corre, llevando el fusil al hombro, con una gentiliza salvaje, detrás del asno que monta su amo.

Aquí está Soussa.

¡Pero ya he visto a esta ciudad! Sí, sí, yo he tenido esta visión luminosa, yo la he tenido en otro tiempo, en mi niñez en el colegio, cuando aprendía las cruzadas en la *Historia de Francia* de Burette. ¡Oh, la conozco hace mucho tiempo! Está llena de sarracenos, detrás de esa larga muralla almenada, tan alta, tan gentil, con sus torres de trecho en trecho, sus puertas redondas, y los hombres de turbante que rondan a sus pies. ¡Oh! esta muralla es la misma que estaba dibujada en aquel libro con estampas. Tan regular y limpia se ofrece, que parece ser de cartón recortado. ¡Cuán linda, blanca y admirable es! Aunque sólo fuera por ver a Soussa, debería hacerse este largo viaje. Hay que seguir a pie hasta el mar, a lo largo de la

muralla, porque no pueden entrar coches en las estrechas y caprichosas calles de esta antigua ciudad. la muralla sigue hasta la orilla, idéntica y almenada, armada de sus torres cuadradas; luego describe una curva, continúa por la misma orilla, da otra vez vuelta, sube y sigue su ronda, sin modificar una vez siquiera durante algunos metros, su elegante aspecto de fortificación sarracena. Y sin terminar, empieza otra vez al modo de un rosario, en que cada cuenta es una almena y cada decena una torre, encerrando en su deslumbrante círculo, como en una corona de papel blanco, la ciudad aprisionada en su circuito, la cual tiene sus casas de yeso, escalonadas entre la muralla inferior, bañadas por el agua, y la muralla superior, que se dibuja en el fondo del cielo.

Después de haber recorrido la ciudad, trabazón de admirables callejuelas, como aún nos queda una hora de día, vamos a visitar, a diez minutos de las puertas, las excavaciones que hacen los oficiales en la necrópolis de Hadrumeta. Se han descubierto allí anchas cuevas que contenían hasta veinte sepulcros y conservaban huellas de pinturas murales. Estas excavaciones son debidas a los oficiales, los cuales son en este país arqueólogos apasionados que prestarían a esta ciencia grandísimos servicios, si la administración de las bellas artes no contuviese su celo con medidas vejatorias.

En 1860 descubrieron en estas mismas necrópolis un curiosísimo mosaico que representaba el laberinto de Creta, con el Minotauro en el centro, y cerca de la entrada una barca, llevando a Teseo, a Ariana y a su hijo. El bey quiso llevar a su museo esta notable obra, que quedó totalmente destruida en el camino. Han tenido la bondad de ofrecermé una fotografía, sacada de un croquis de M. Larmande, dibujante de puentes y caminos. No existen más que cuatro fotografías hechas recientemente. No creo que aún se haya reproducido ninguna.

Volvemos a Soussa a la caída del sol, para comer en casa del interventor civil de Francia, uno de los hombres mejor

informados sobre las costumbre de este país, y a quienes con más gusto se puedo oír hablar de las mismas.

Desde su habitación se domina la ciudad entera, esa cascada de tejados cuadrados cubiertos de cal, por donde corren gatos negros y donde se alza en ocasiones el fantasma de un ser envuelto en telas blancas o de colores. De trecho en trecho, una elevada palmera asoma la cabeza por entre las casas y ostenta su verde ramaje por encima de la unida blancura de ellas.

Después, cuando apareció la luna, se tornó el panorama – una espuma de plata rodando hacia el mar – la realización de un prodigioso ensueño de poeta, la aparición de una ciudad fantástica, desde donde subía un misterioso resplandor al cielo.

Luego, anduvimos errantes por las calles durante largo rato. El aspecto de un café morisco nos tienta a entrar. Entramos. Está lleno de hombres sentados, ora en el suelo, ora sobre tablas adornadas con esteras alrededor de un cuentista árabe. Éste es un hombre viejo, grueso, de maliciosa mirada que habla con una mímica tan ridícula, que ella sola bastaría para divertir. Está contando una farsa, la historia de un impostor que quiso pasar por marabut, pero que fue denunciado por el imán. Sus sencillos oyentes están embelesados y siguen el relato con ardiente atención, sólo interrumpida por algunas carcajadas.

Después volvimos a emprender la marcha, no pudiendo decidírnos a dormir en esta deslumbradora noche.

En una estrecha calle me paro ante un hermoso edificio oriental, cuya puerta está abierta y deja ver una amplia escalera, adornada con porcelanas y alumbrada de arriba abajo por una luz invisible, por una ceniza, por un polvo de claridad caída no se sabe de dónde. Bajo este inefable resplandor, esperan a alguien los esmaltados peldaños, tal vez a un musulmán viejo y panzudo; pero y creo que a un pie de enamorado. Nunca he adivinado, visto, comprendido, sentido

mejor la espera, que ante esta puerta abierta y ante esta escalera desierta, donde vela una lámpara que no se ve. Al exterior, en la pared alumbrado por la luna, está suspendido uno de esos grandes balcones cerrados al que los moros dan el nombre de *barmakli*. Hay dos sombrías aberturas en medio, detrás de los ricos herrajes. ¿Es allí dentro donde vela, donde escucha y nos detesta la Julieta árabe, cuyo corazón se estremece? Tal vez sí. Pero su deseo sensual no es del que, en nuestros países, subirían hasta las estrellas en noches semejantes. En esta tierra debilitante y tibia, tan enloquecedora como la leyenda de los Lotofagos, nacida en la isla de Djerba, es más sabroso el aire que en parte alguna, más cálido el sol, más claro el día, pero el corazón no sabe amar. Las mujeres, hermosas y ardientes, ignoran nuestras ternuras. Su alma sencilla permanece extraña a las emociones sentimentales, y sus besos, según dicen, no engendran la ilusión.

FIN